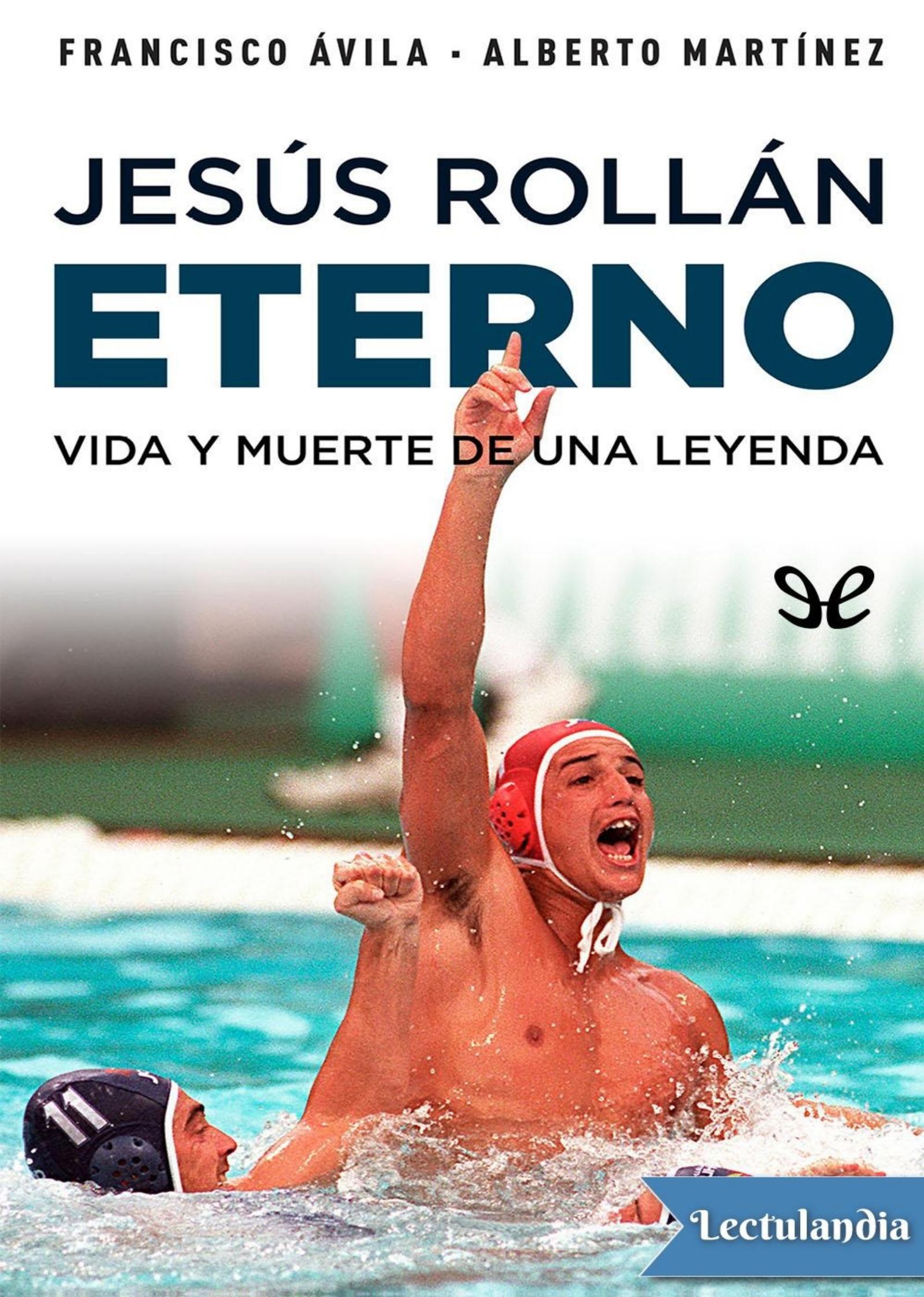


FRANCISCO ÁVILA · ALBERTO MARTÍNEZ

# JESÚS ROLLÁN ETERNO

VIDA Y MUERTE DE UNA LEYENDA



Lectulandia

El 11 de marzo de 2006 Jesús Rollán acababa con su vida en una clínica de tratamiento de adicciones en La Garriga. Tenía treinta y siete años. Sus ilusiones finalizaron en los Juegos Olímpicos de Atenas en 2004, cuando se retiró lastrado por las lesiones. Su carrera fue brillante.

Rollán logró ser campeón de todo y el mejor portero del mundo durante la década prodigiosa de la generación de oro del waterpolo, la primera gran selección española que se recuerda. Su vida transcurrió a toda velocidad. Persona generosa, querida y con un carácter ganador que fue trascendental para conseguir los éxitos deportivos, los que le conocieron comparan su pasión por el deporte y su competitividad con la de otros talentos como Rafa Nadal o Seve Ballesteros.

Su historia atrae como un imán. De su niñez en Aravaca a descubrir el waterpolo con un entrenador que les hacía cortar troncos con un hacha, de sus años locos en la Blume a sus recuperaciones milagrosas y a su aventura en Italia, todo ello pintado de oro y plata. Pero las piezas de aquel puzle completo en el agua vivieron otra vida fuera de ella. Para Jesús, siempre el más fuerte del equipo, el final fue el más trágico.

Francisco Ávila & Alberto Martínez

# **Jesús Rollán eterno**

**Vida y muerte de una leyenda**

ePub r1.0

Titivillus 12.01.2023

Francisco Ávila & Alberto Martínez, 2017

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

DEDICATORIA DE PACO

*A Carme, Aina i Maria, per la seva llum;  
a Euse, a qui li devia aquesta història<sup>[1]</sup>*

DEDICATORIA DE ALBERTO

A Tomás y Andrés, por mi infancia;  
a Andrés y Felisa, por todo

El mar tiene esas cosas: todo lo devuelve  
después de un tiempo,  
especialmente los recuerdos.

CARLOS RUIZ ZAFÓN

## Prólogo

**D**e todas las historias sobre Jesús que hemos tenido la suerte de escuchar, hay una que siempre consigue que nos brillen los ojos y que se nos ilumine el corazón.

Y es que Jesús, desde que era un niño, decía «yo voy a ser el mejor del mundo en el deporte que practique, sea cual sea». Creció con la absoluta convicción de que llegaría a ser un número uno, y así fue.

Esta historia dice mucho de él como deportista, pero aún dice mucho más sobre su persona. Y es que Jesús vivía en una realidad muy diferente. En su cabeza no existían límites ni fronteras, siempre supo lo que quería y nunca tuvo ninguna duda de que iba a lograrlo. Jesús tenía la mentalidad de un ganador, el alma de un niño y un corazón que no le cabía en el pecho.

Nosotras que tenemos la suerte de llevar su esencia en la sangre, lo único que podemos hacer es darle las gracias por ser padre, tío y referente. No nos ha hecho falta celebrar ninguna victoria para comprender que la más grande de todas, sin duda alguna, fue la forma en la que su alma nos conquistó a todos. Un solo pellizco de la autenticidad, alegría y humildad que llevaba incrustada en la piel es motivo suficiente para sentirnos orgullosas de poder llevar su apellido. Él nos enseñó que la clave de la vida también está en soñar despiertos, que alcanzar todas y cada una de nuestras metas es un camino duro del que se puede disfrutar cada milímetro.

Hemos admirado la pureza en la capacidad de amar desde la distancia y la ausencia. Gracias a él hemos aprendido a sentir lo que es querer a alguien hasta la médula.

Hoy por hoy, la simple presencia de su recuerdo es un grandísimo apoyo y guía en la familia, y ojalá todo el mundo pudiera sentirle igual de cercano, porque somos conscientes de que tenemos un guardián, en la piscina y entre nosotros.

Esta no es una historia triste, es una historia breve sobre una vida plena. Es un sinfín de emociones, una inspiración, un aprendizaje que hará que te dé

un vuelco el corazón. Porque aún no hemos conocido a nadie que no le recuerde con una sonrisa, porque siempre era capaz de llenar de vida, de luz y de alegría a las personas que le rodeaban, porque su esencia sigue y seguirá entre nosotros, y su recuerdo siempre será eterno, como él.

Firmado por su hija y su sobrina, Asia y Andrea Rollán.

## Introducción

*E*sta es la historia de Jesús Rollán, uno de los iconos del deporte español de los noventa. Pero también es la historia de la primera gran selección española, la de waterpolo, que en una década ganó todo lo que estuvo a su alcance. Un relato de muchos encuentros y de algún desencuentro. En una etapa de máximo esplendor y con los Juegos de Barcelona como motivación, la pasión de Jesús llevó en volandas a aquella selección, aunque casi siempre los titulares no fueran para él.

Nació el 4 de abril de 1968 en Madrid. Pese a que de joven destacó en diferentes deportes, empezó a despuntar en el waterpolo de la mano de Mariano García. Con dieciocho años se trasladó a Barcelona tras firmar un contrato con el C. N. Catalunya, club en el que jugó durante quince años y con el que conquistó una Copa de Europa, una Recopa, un par de Supercopas de Europa, seis Copas del Rey y siete ligas.

Entró muy pronto en la disciplina de la selección española y disputó cinco Juegos Olímpicos. Con España llegó a lo más alto al colgarse el oro en 1996 (Atlanta), competición que le encumbró como mejor portero del mundo. Veintiséis años después, ningún equipo español ha conseguido conquistar ese metal. Jesús también defendió la portería en la final de Barcelona 1992, perdida ante Italia. Además, fue el meta titular y máximo exponente en los títulos mundiales conquistados en 1998 (Perth, Australia) y 2001 (Fukuoka, Japón). Su palmarés con la selección lo culminó con dos platas en Mundiales (1991 y 1994); así como una plata (1991) y un bronce (1993) en Europeos.

Jugó dos años en el Pro Recco italiano, donde ganó la liga italiana, la Euroliga y fue nombrado mejor jugador del campeonato; y uno en el Sabadell antes de su retirada tras los Juegos de Atenas 2004.

Tras abandonar el waterpolo activo, Jesús Rollán sufrió una grave depresión, derivada de sus adicciones toxicológicas, lo que motivó su internamiento en un centro de desintoxicación en La Garriga (Barcelona), donde se suicidó el 11 de marzo de 2006.

La historia de Jesús fue consecuencia de un sistema imperfecto en el que los deportistas apenas tenían acompañamiento emocional, en el que los psicólogos no tenían incidencia en el día a día de los deportistas y en el que estos fuera de la piscina no daban, ni tampoco se les pedía, ningún tipo de explicación mientras todo funcionara en el ámbito deportivo. El impulso de esa tutela a la carrera del deportista se originó tras la retirada del eterno portero.

# 1

## Los ojos del pez

—*H*a picado, ha picado —gritó Jesús Rollán en la popa del barco, en algún lugar recóndito del mar Egeo.

Tiró de la caña, se levantó con fuerza y revisó el botín. Era un besugo con los ojos saltones y gelatinosos. Jesús lo cocinó, como se acostumbró a hacer los doce días que duró el viaje. Solamente despreció las espinas.

—Pero ¿cómo te puedes comer los ojos, Jesús? —le soltó Dani Ballart, su compañero de selección.

—¡Si es lo más bueno! —replicó convencido Jesús.

El 29 de agosto de 2004, unos días antes de aquella escena, habían finalizado los Juegos Olímpicos de Atenas, los últimos en la vida deportiva de una generación de waterpolistas irrepetible. Los Pedrerol, Rollán, Ballart o Chava Gómez no pudieron tener mejor epílogo que despedirse en el país que vio nacer los Juegos Olímpicos de la Antigüedad y en la ciudad que albergó los primeros de la época moderna. Pero el idílico decorado no correspondió con el rendimiento de un equipo en plena decadencia. La selección española se derritió bajo el calor griego con temperaturas que superaron los cuarenta grados y perdió en los cuartos de final ante Serbia y Montenegro (5-7). Después de ser plata en Barcelona 92, oro en Atlanta 96, cuarta en Sídney 2000, así como cuatro veces medallista mundial (dos oros y dos platas), en Atenas bajó un escalón. Y Rollán, ya mermado físicamente, apenas jugó.

En la fase de grupos ante Egipto, un rival menor, el seleccionador Joan Jané le brindó unos minutos. Jesús pudo participar en sus quintos Juegos, pero a sus treinta y seis años ya no era el mismo. Las lesiones habían sido su habitual compañero de viaje desde hacía más de una década. A sus operaciones de rodilla y a sus molestias en la espalda, se les había sumado una hernia discal que le impedía estirarse como antes.

De hecho, Jané lo incluyó en la convocatoria como recompensa por su brillante trayectoria y sus esfuerzos milagrosos por acudir a las

competiciones, pues no había lesión o molestia que impidiesen que el portero jugara. La madre de Jesús rogó también que lo incluyeran en la lista. Para el madrileño, el waterpolo y los Juegos lo eran todo. Incluso, por palmarés, con un oro y una plata olímpicas, Jesús aspiró a ser el abanderado en Atenas, reconocimiento que finalmente recayó en la yudoca Isabel Fernández, bronce y oro olímpico en los dos últimos Juegos Olímpicos, un palmarés inferior al del portero. Pero la alicantina ganó la votación que tuvo lugar en el COE entre los presidentes de las federaciones. Rollán y Arantxa Sánchez Vicario fueron los otros aspirantes a portar la bandera en la inauguración.

En esos escasos minutos que Rollán disputó ante Egipto, junto a la piscina en la que Michael Phelps había demostrado al mundo que iba a ser un deportista de leyenda (ganó ocho medallas), Jesús vivió sus últimos instantes como jugador en activo. Para evitar un gol, desafiando el dolor que le martirizaba, se lanzó bruscamente como un felino. Logró despejar el balón, pero sus compañeros aún recuerdan su grito y su mueca. Una vez más, puso al equipo por encima incluso de la salud, en la que fue su última parada. Siempre quiso ser el más fuerte y nunca aceptó la derrota. Una metáfora de su carrera.

Ya fuera del agua, renqueante y sin apenas aguantarse de pie, Jesús se despidió así ante los periodistas:

—No puedo más. Gracias a todos. Se acaba mi vida en el deporte y empezará la de Rollán el entrenador. Necesito llorar, desahogarme, pasear por mis recuerdos, revivir tantos momentos felices, tantos amigos, tantísima felicidad... ¡Han sido dieciocho años en el tajo! Quiero abrazar a mis padres, a mi mujer, a mi hija, a los amigos, a Ballart, a Pedrerol, a Chava, a todos.

Desde que debutara en 1987 con apenas dieciocho años, Jesús había sido el corazón de una selección que marcó una época en el waterpolo mundial y en el deporte español. Jugó más de seiscientos partidos y se le consideró uno de los mejores porteros del mundo. «Sin él no habríamos conseguido nada», repitieron sus compañeros una y otra vez en las numerosas entrevistas que concedieron en unos años noventa en los que fueron iconos de un creciente deporte español.

Sin embargo, la estancia de Rollán en Grecia no finalizó después de aquel encuentro. Antes de ese viaje a Atenas, en plena preparación olímpica en el CAR de Sant Cugat allá en el mes de junio, la waterpolista Sara Domínguez tuvo la iniciativa de organizar un viaje en barco por las islas griegas después de la clausura. Aunque Jesús vivía con su pareja, Leticia, y su hija, Asia, en Vallirana, decidió concentrarse en el CAR para recuperarse bien de su lesión

y poder preparar mejor los Juegos Olímpicos. Su carrera ya tenía una fecha final. En aquellas semanas de convivencia, su única motivación era el waterpolo, el deporte, el agua y sus amigos, lejos de cualquier tentación. Una especie de despedida desde lo que fueron sus orígenes.

Junto a Sara, se apuntaron a aquel viaje Jennifer Pareja, Dani Ballart, Rollán y su pareja. También la nadadora de sincronizada Raquel Corral y la estrella del waterpolo griego Kiki Lyosi, quien se encargó de contratar un velero con la ayuda del novio de una compañera de selección que tenía una empresa de embarcaciones.

Todos los tripulantes guardaban una relación distinta con Jesús. Ballart era uno de sus mejores amigos. Compañero de selección desde 1991, antes de los Juegos de Atenas habían jugado juntos en el C.N. Sabadell. Ballart conocía a fondo las peculiaridades de Jesús, al igual que Leticia, su pareja desde 1997. Para Jennifer y Sara, Jesús era un ídolo, un referente. De otra generación, ambas habían crecido entusiasmándose con las medallas de los chicos e iban al colegio con las carpetas forradas con sus fotografías.

El velero, que recorrió el Egeo y atracó en las islas de Mikonos e Idra, era blanco y tenía unos diez metros de largo. En su interior, unas escaleras barnizadas de madera oscura conducían a una cocina con una mesa alargada y cuatro camarotes diminutos en los que dormían los tripulantes y el capitán del velero, un ferviente seguidor de Olympiakos con un parecido razonable a Luis Figo que despertó las bromas sobre todo de Ballart. Tanto él como Jennifer, seguidores del Espanyol, izaron una bandera del equipo perico en la parte alta del mástil blanco de cinco metros, que ondeaba sin parar por el furioso viento.

Jesús pasaba las horas en la popa con su caña de pescar. Por momentos, le acompañaba Leticia. Apasionado de los animales, siempre sintió curiosidad por la naturaleza, y la pesca se encontraba entre sus divertimientos habituales en las salidas familiares. En la proa, en cambio, el resto de los tripulantes pasaba el tiempo tomando el sol, jugando a las cartas y bromeando.

Después de superar una tormenta en medio del Egeo que les hizo temer por la estabilidad de la embarcación, el velero atracó en Mikonos. Era el momento de hacer turismo y conocer la isla. Al principio, el atuendo de los hombres, ataviados con vestidos de cuero y bigotes, sorprendió a los tripulantes de la embarcación hasta que se dieron cuenta de que el lugar era uno de los enclaves gais por excelencia de Grecia. Acudieron a los bares, cenaron en restaurantes, vivieron la noche en Mikonos e incluso alquilaron unas motos para poder moverse más rápido y conocer las calas más recónditas.

En uno de esos paseos por las pedregosas calles, se encontraron con Ana Montero, Gemma Mengual y Javier Sánchez Toril. Las dos primeras eran nadadoras de sincronizada, que se habían quedado a las puertas de la medalla, mientras que el tercero era un compañero de selección. El grupo se agrandó en una noche interminable en la que todos vieron el amanecer desde la embarcación, obligada a atracar en el puerto durante varios días a causa de la tormenta.

A la mañana siguiente, el velero volvió a zarpar. Jesús siguió pescando en la popa, solo y pensativo, buceando entre un mar de recuerdos después de colmar sus sueños infantiles y de verse obligado ahora a reinventar su vida, con la mirada fija en el vacío de un mar sin horizonte.

## 2

### **Aquellos Sancheski naranja**

Nuestra vida era la calle. Salíamos y no volvíamos a casa hasta que nos llamaban para cenar.

**A** los nueve años, para Jesús, lo más emocionante era subirse en aquel patinete Sancheski naranja y bajar a toda pastilla por la calle Anita Vindel de Aravaca, mientras José Manuel o Nacho estaban atentos para avisar de la presencia de algún coche en el camino. La carrera sin freno acababa en la avenida de la Osa Mayor, apenas trescientos metros para descubrir nuevos mundos. Había que ir deprisa, deprisa, muy deprisa; y para ello buscaba la posición más aerodinámica posible, cruzar las piernas sobre el Sancheski y demasiadas veces frenar a base de estacazos contra el bordillo de la acera. Aquella tabla de fibra plástica fue el primer gran juguete de los hermanos, una pieza que costaba una fortuna (900 pesetas) para la paga semanal que recibían (35 pesetas) y que les supuso varios meses sin pasar por el quiosco de las chuches.

Los Rollán vivían en el número 26. En una casa de apenas setenta metros cuadrados, con tres habitaciones, un salón y un baño para siete personas: el matrimonio (Miguel y María Pilar), los cuatro varones, que compartían inicialmente la habitación, y el tío Miguel. Miguel, el padre, había llegado a Madrid desde Navamorales (Salamanca); María Pilar, de El Puente de Sanabria (Zamora), era once años menor.

Observando desde la distancia el juego de sus tres varones, Miguel recuerda el recorrido que le había llevado hasta este barrio de Madrid. Su llegada a la capital con catorce años procedente de un pueblo situado en el Alto Tormes que, cuando él nació, apenas tenía ochocientos habitantes y que hoy no llega al centenar.

Siempre pensó que las circunstancias que rodearon a su nacimiento, en aquel verano del 36, forman parte de ese porcentaje de casualidades que todos tenemos en nuestras vidas. Le contaron que aquel 16 de agosto un retén del

ejército iba a detener al médico del pueblo. Para su suerte, la de su madre y la del doctor en aquel momento estaba atendiendo el parto y se salvaron tres vidas.

Procedente de una familia con pocos recursos, Miguel aterrizó en Madrid, gracias a la generosidad de sus tíos Miguel e Higinia, a quien luego les ofreció cobijo en Anita Vindel cuando estos se hicieron mayores. Empezó a trabajar como maestro de escuela, sustituyendo a su tío en Aravaca.

Pilar llegó a Madrid con diecisiete años. Era la segunda de ocho hermanos. Su padre, Jesús, tenía tres coches de alquiler, y su madre, Pepita, era la encargada de una fonda. Entre todos regentaban un bar en El Puente de Sanabria, de donde procedía toda la familia.

Allí entre platos, vasos y echándole muchas horas, Pilar forjó ese carácter de mujer hecha a sí misma, capaz de llevar la barra del bar o de ayudar a su madre con toda la prole. Por eso, cuando aterrizó en Madrid y se puso a trabajar de administrativa, aquello le pareció una tarea muy sencilla.

Vivía con sus tíos abuelos, una hermana y una prima. Su tío era el conserje de la fábrica Tudor y su tía se encargaba del comedor. La relación entre Miguel Rollán y Pilar Prada se empezó a gestar en un autobús de línea. Desde hacía unas semanas, Miguel se había fijado en aquella estilizada muchacha que trabajaba en una oficina en Aravaca, hasta que un día venció la timidez y decidió pasar a la acción. «Al entrar en el bus, él me siguió y se sentó a mi lado. Hizo como que era un encuentro casual, que iba a la tintorería a llevar ropa, pero era poco creíble lo que me estaba diciendo porque eran las nueve de la noche y a esa hora estaban todas cerradas», cuenta, divertida, Pilar.

El noviazgo duró dos años y la pedida de mano fue en El Puente de Sanabria, un fin de semana en el que cayó una gran nevada. Los Rollán no eran una familia acomodada, pero tampoco les faltaba de nada. El padre empezó de maestro en Aravaca; Pilar se colocó en la Tudor.

Con el tiempo, las cosas aún mejoraron más. Miguel aprobó unas oposiciones de Iberia y se convirtió en *flight dispatcher*, diseñaba rutas para los vuelos. Un año después de la boda, nació Jesús Miguel Rollán Prada en la maternidad de Santa Cristina, en la calle O'Donnell de Madrid. Jesús tuvo siempre el toque de ingenuidad de un Rollán en un cuerpo de Prada, una familia con mucha planta; incluso uno de sus componentes (Paco) llegó a jugar al baloncesto con el Estudiantes.

Después de la boda, la pareja se instaló en las Canarias, primer destino del nuevo trabajo del cabeza de familia. Jesús Rollán pasó su primer año de vida

en las islas. «Jesús era el niño de todos, siempre estábamos rodeados de la gente de Iberia, éramos una gran familia», comenta Miguel.

Al año siguiente, la familia regresó a Madrid y se instaló en la casa de Anita Vindel. En 1969 nació José Manuel, el segundo hijo; dos años más tarde, Nacho. Jesús, José Manuel y Nacho (1971) pasaron la infancia en la calle, algo habitual en la España de los setenta, y mucho más viviendo fuera de una gran ciudad. A falta de recursos, lo que se premiaba era la imaginación, y la calle se convertía en un improvisado polideportivo, a veces era un campo de futbito; otras se recreaba una cancha de tenis pintando con tizas del colegio las rayas sobre la tierra. Se jugaba al bote-bote, y si llovía, al clavo, y siempre existía la posibilidad de visitar la explanada a espaldas de la casa para capturar todo tipo de pequeños insectos, otra de las grandes aficiones de los hermanos.

Después del colegio y hasta la hora de la cena, la calle era el escenario de sus aventuras. Los tres hermanos se criaron juntos. Después llegó otro varón a la familia: Marcos, en 1975. Todos ellos nacieron con el gen competitivo, especialmente Jesús, que era un superdotado para todos los deportes. «En el Liceo Sorolla, el colegio al que íbamos, se hacía una ficha con las pruebas evaluables por curso, y Jesús estaba primero en todo», recuerda José Manuel. Nacho comenta que su hermano siempre fue un referente deportivo, de afán de competitividad y también de superación personal.

Pero también ambos señalan que para Jesús ganar era el fin primordial, la manera era lo de menos. «Te ganaba o te hacía trampas para ganarte», resumen. Uno de los problemas de Jesús, como bien averiguó tiempo después Pedro, *Toto*, García Aguado, su inseparable compañero en el waterpolo, es que se pasaron buena parte de su vida compitiendo, tenían que ser los mejores dentro, pero también fuera de la piscina. A veces, cuando todo es pura competición, se pierde la perspectiva y la noción de que existen otras cosas importantes en tu vida.

La situación de los Rollán les permitía viajar mucho por todo el mundo, pero también realizar muchas salidas de fin de semana, principalmente a Navamorales, Sanabria, Flores de Ávila o a una casa que habían comprado en la sierra de Madrid, en aquel Renault 12 en el que los tres hermanos se turnaban la posición que ocupaban en la parte de atrás del auto. Aunque teóricamente todo era por sorteo puro, a Nacho siempre le tocaba refugiarse en el suelo de la parte trasera; José Manuel se instalaba en la bandeja de atrás y, curiosamente, el mejor sitio siempre era para Jesús, que hacía todos los viajes tumbado cómodamente sobre los asientos.

Antes de descubrir el mundo del waterpolo, los hermanos probaron muchas disciplinas deportivas. La familia tenía un abono para el Tejar de Somontes, un club con más de cincuenta mil metros cuadrados de instalaciones, ubicado en el monte de El Pardo y el río Manzanares «a tan solo diez minutos del centro de Madrid», como rezaba la publicidad de la época.

En aquella piscina, los Rollán aprendieron a nadar, pero también empezaron a jugar al tenis, otra de sus pasiones; aquello permitió que uno de ellos, Marcos, consiguiera una beca universitaria en Estados Unidos, país en el que reside desde hace años.

En aquella etapa de monopatines, piscinas, partidos de tenis en la calle y en el Tejar, los Rollán solían acercarse hasta una urbanización cercana donde vivían muchas familias de militares norteamericanos que estaban destinados en la base de Torrejón, una de las mejores zonas en Aravaca y que destacaba por el color rojo de los ladrillos de las fachadas de los chalés. Los hermanos, como muchos otros vecinos, esperaban que los inquilinos sacaran las pertenencias que no querían para venderlas en los típicos *yard sale*, una buena oportunidad para conseguir material diferente y a muy buen precio.

El imán que tuvieron los animales para Jesús Rollán le persiguió toda su vida. Para él fue una pasión, los protegía, pero también los cazaba. Fue un enamorado de aquella naturaleza que empezaba más allá del muro trasero de la casa y poco le importó que sufriera alergia a los insectos.

Cuando tuvo más edad cazaba con una escopeta de aire comprimido, pero antes se las ingeniaba con métodos más caseros, como botes de Nescafé que agujereaba y medio enterraba a la espera de que en su interior cayera algún grillo, escarabajo, araña o lagartija.

Después de cazarlos, Jesús los disecaba con alcohol, los pinchaba en superficies de corcho y los guardaba en cuadros. Había tal cantidad por la casa que sus padres ya no sabían qué hacer con ellos.

Desde el primer día que pisó el Liceo Sorolla, Carolina, la profesora de gimnasia, se dio cuenta de la facilidad que tenía para los deportes. Jesús destacaba en todo: corría y jugaba bien al fútbol y al baloncesto, se le daba bien el tenis y prácticamente era el mejor en todas las actividades físicas que probaba. Cuando ya se había decidido por el waterpolo, al buzón de la casa Rollán llegó una carta con el membrete del Real Madrid: le invitaban a hacer una prueba en las categorías inferiores. Sin embargo, para entonces Jesús ya tenía claro cuál sería su camino deportivo.

Los primeros éxitos y también los primeros sinsabores estuvieron ligados al deporte. Una de las tardes más recordadas en aquel final de curso del Sorolla fue la competición de salto de altura. José Manuel no había podido superar el listón más allá del 1,45. El segundo finalista se quedó en 1,55; Jesús fue superando alturas, primero 1,60, después 1,65 y luego 1,70.

En el momento culminante del concurso, Jesús, con quince años, experimentó seguramente por primera vez la soledad que vivió muchas veces después como portero de waterpolo. Frente a frente, se midió al listón y al récord del colegio, ciento setenta y cinco centímetros, en poder de un alumno dos o tres años mayor que él. Suplió la falta de técnica con ímpetu y decisión. El listón no aguantó; los ligamentos de su rodilla, tampoco. Aquella fue su primera gran lesión, un punto débil que le persiguió durante su carrera profesional.

### 3

## Ceașescu, Carrillo y el waterpolo español

Ceașescu le regaló un Cadillac a Carrillo, pero no estaba dispuesto a dejar escapar a su mejor entrenador de waterpolo.

Aunque el waterpolo en España empezó a contar en el panorama internacional en la década de los cuarenta, el impulso definitivo llegó a finales de los ochenta, con la llegada de un rumano (Cornel Marculescu) para dirigir al equipo nacional.

Después de que en una reunión Lolo Ibern, seleccionador nacional, y Quim Pujol, director técnico de la federación, decidieran en noviembre de 1979 quién debía ser el hombre, ambos ya sabían a lo que se enfrentaban.

Marculescu era el director técnico de la Federación Rumana de Waterpolo, pero, por aquel entonces, salir de la Rumanía de Nicolae Ceașescu para trabajar en el extranjero era una quimera.

Así que Pujol e Ibern recurrieron a vías extraoficiales para conseguir el fichaje. Viajaron a Madrid después de pedir día y hora para reunirse con el secretario general del Partido Comunista de España, Santiago Carrillo, y solicitarle que ejerciera de mediador en este caso.

Por entonces ya se conocía la afinidad existente entre Carrillo y el *conducator* rumano, que incluso le había regalado al secretario general del PCE un Cadillac 75 Imperial blindado; llegaron a compartir vacaciones estivales en una residencia del mar Negro. Carrillo, sorprendido, les hizo ver que su ascendente sobre Ceașescu no llegaba a tanto y les sugirió un plan B para poder expatriar a Marculescu, diplomado en Educación Física y Deportes por la academia rumana, olímpico en Tokio 68 como waterpolista y árbitro, y hombre fuerte del waterpolo rumano.

A la policía secreta del régimen de Ceașescu le llegó el rumor, y vigilaba de cerca los movimientos de Marculescu, sobre todo cuando acudía a seminarios en el extranjero. Había que buscar el momento adecuado para

burlar el cerco, y el trabajo de la mujer del técnico, que era azafata de Austrian Airlines, facilitó la huida.

Ibern y Pujol llevaban tiempo contactando con Marculescu; cuando la selección rumana fue a jugar en Holanda un torneo amistoso, todo se desencadenó. La mujer del técnico estaba en Viena asistiendo a un curso y desde la capital austriaca voló a Ámsterdam. Allí llegó Pujol con su coche y recogió al matrimonio.

España buscaba en Marculescu la pieza que necesitaba para que su waterpolo evolucionara. Cornel tenía la información, y aquí no había formación ni evolución técnica para ello. Además, Marculescu conocía de primera mano el hermético sistema de trabajo de rusos y húngaros.

Ya como director técnico del waterpolo español, el rumano se instaló en Madrid. Allí entró en contacto con Mariano García, el técnico de referencia de la escuela madrileña de waterpolo, un deporte que hasta entonces solo se había desarrollado en Cataluña. De ese modo, los chicos de Madrid, y Jesús Rollán entre ellos, entraron en el círculo virtuoso.

Mariano García es quien conecta la gran generación madrileña de waterpolistas con la élite, es un nombre importante en la historia del waterpolo español, que antes de Marculescu tuvo a otro protagonista de primer nivel: Andrés, *Bandy*, Zolyomi.

Para muchos expertos, Bandy es el padre del waterpolo español. Dirigió al equipo nacional en dos etapas (1948-52 y 1966-72). Zolyomi se apunta a la teoría de que los waterpolistas tenían que ser, sobre todo, buenos nadadores.

Al principio, el técnico lo centralizaba todo desde el C. N. Barcelona, el club que nutría a la selección. Con el húngaro, España empezó a sacar la cabeza en el concierto del waterpolo mundial y cosechó un octavo puesto en Londres 1948 y Helsinki 1952, así como un noveno en México 1968 y un décimo en Múnich 1972.

«Zolyomi se casó con una nadadora catalana (Carmen Segura) y poco a poco empezó a contar con nadadores que no fueran del Barcelona e integró a jugadores del Barceloneta o el Poble Nou. Cuando le decían que por qué lo hacía, si los del Barcelona son los que tenían más experiencia, Bandy siempre comentaba que claro que tenían mucha experiencia, que tenían la experiencia de perder siempre», cuenta divertido Quim Pujol, director técnico de waterpolo entre 1977 y 1984.

Bandy, Marculescu... Mariano García era la tercera pata, el técnico que sirvió de correa de transmisión para esa nueva generación de jugadores madrileños, entre ellos Jesús Rollán. «Como atleta ya con once o doce años

era un fenómeno, pero en el agua era malísimo, un paquete. Piensa que nadaba los cien metros en 2.45 minutos». Ese fue el diagnóstico que Mariano García hizo de Jesús Rollán el primer día que apareció en la piscina del CSD junto con su madre.

Mariano, un tipo que mostraba a quien quisiera ver una foto del Caudillo que siempre llevaba en su cartera y que de vez en cuando organizaba alguna visita al Valle de los Caídos con sus pupilos, fue el primer entrenador de Jesús Rollán, el padre de los grandes jugadores madrileños de aquella generación de oro, alguien que esculpió a fuego el carácter de Jesús, de Pedro, *Toto*, García, de Salvador, Chava Gómez y también de Miki Oca.

Era un tipo duro, con mucha personalidad y que tenía como modelo el sistema de preparación militar de rusos, yugoslavos o alemanes orientales. Alguien que era capaz de llevar al límite mental y físico a sus jugadores, aunque solo tuvieran doce o trece años, que les enseñó que la vida es una pura competición y que no había medias tintas: o valías y sufrías, o te marchabas de la piscina llorando. El miedo existía, las formas eran bruscas, pero en aquella España de los ochenta, recién estrenada la democracia, la principal forma para aprender era seguir la teoría de que la letra con sangre siempre entra.

Mariano absorbía como una esponja el conocimiento que transmitía Marculescu, que vio mucho potencial en los jugadores madrileños e introdujo un cambio de mentalidad, dejando de lado la cultura del miedo al rival, presente siempre en los jugadores catalanes. Mariano García era el brazo ejecutor como lo había sido siempre desde que se hizo cargo de la preparación de aquellos diamantes por pulir. Siempre fue un autodidacta, un preparador físico metido a entrenador que se formó asistiendo a congresos, leyendo todo lo que caía en sus manos sobre waterpolo y nutriéndose del boca a boca, todo ello en la era pre-Internet.

Y Jesús sufría tanto que al principio lloraba, lloraba mucho en los entrenamientos: «Era pequeño, no sabía jugar; cuando se lo dije, se llevó un disgusto enorme. Jesús era un tirillas, delgado, pero fuerte. Trabajamos muchísimo y mejoraba en cada entrenamiento», recuerda el entrenador.

El destino le llevó a la portería en un partido importante del Campeonato de España, jugando con la selección de Madrid. El meta titular se lesionó y no había recambio en el banquillo, así que Jesús se puso entre los palos y detuvo tantos disparos que Mariano decidió quién sería su nuevo portero. Ahí empezó todo.

Por aquel entonces, Jesús ya era un chico muy inquieto, muy bueno en todos los deportes, como repiten todos sus compañeros. Un tipo que cuando se puso por primera vez bajo los palos de la portería parecía que llevaba toda la vida allí.

«Era el centro del grupo, le gustaba hablar, era muy divertido», insiste Chava Gómez. «Con doce o trece años, cuando ya participamos en competiciones, empezó a tener nivel, pero para eso trabajamos muchísimo», comenta Mariano García.

Muy pronto, su entrenador se dio cuenta del valor de Jesús, de un tipo que podría haber jugado a lo que quisiera, algo que sus hermanos ya sabían. Su hermano José Manuel comenta que ambos empezaron a jugar al tenis en el Club Tejar de Somontes de Madrid, pero en Bustarviejo, un pueblo de la sierra de Madrid, fue donde descubrieron el waterpolo por medio de un primo, Vicente Alonso, *Tito*, que había sido internacional con la selección española y tenía una casa allí.

«Nos gustó el waterpolo, dejamos el tenis y la natación, y fue cuando entramos en contacto con el grupo de Mariano», añade José Manuel. Para aquellos chavales, Mariano, parapetado detrás de esa voz grave de teniente de película norteamericana, era un tío superduro.

En cuanto llegaban al vestuario, todo era una competición: para no quedarse sin gorro, para no llegar tarde, para no quedarse sin pelota... Si no eras de los más listos, todo estaba en tu contra, podías pasarte todo un entrenamiento lanzando un pesado balón medicinal contra la pared.

José Manuel, aquejado de problemas en la rodilla, tuvo que dejar el waterpolo; Nacho, a causa de la presión mental a la que le sometía Mariano García, también lo abandonó. Se quedó Jesús con Toto García, Chava Gómez y Miki Oca, entre otros.

Aquel diabólico juego mental que ponía en práctica Mariano, que mezclaba la autoestima de sus jóvenes jugadores con el dolor y la autoexigencia, fue un cóctel que con el paso del tiempo demostró su eficacia competitiva dentro de la piscina y, seguramente, mostró un carácter letal lejos de ella.

## 4

# Las mañanas en la Casa de Campo

Vi a tres gambas que tenían algo. Estos tíos, aunque hubieran estado en Tanzania, saldrían adelante.

*E*ra entrenador y en algunos casos tutor de unos chavales de entre doce y diecisiete años, la edad en la que se fijan hábitos y vicios, en la que se desarrollan filias y fobias y que te marcan para toda la vida.

En la escuela madrileña de waterpolo, Mariano García enseñó a sus chicos a luchar contra sus miedos, a buscarse la vida, pero también a convivir con una insatisfacción absoluta y continua, porque esa exigencia que les imponía y esa pose de entrenador duro que exhibía le impedía reconocer a sus jugadores el gran trabajo realizado.

Así que ya en los primeros años en Madrid, aquello era una mezcla solo apta para chavales duros mentalmente, motivados ante la idea de progresar en el waterpolo, que, en algún caso, era la válvula de escape ideal ante la situación familiar, como le ocurría a Toto García.

Así era el equilibrio en la relación entre el profesor y sus alumnos, que vivían en la frontera del síndrome de Estocolmo. Mariano García tenía un máster en INEF y utilizaba métodos de entrenamiento peculiares, multidisciplinarios, muchas veces fuera del agua; era algo poco común en aquel entonces.

Mariano vio la necesidad de ganar poderío físico para competir con los mejores. En una época en la que para un jugador de waterpolo la piscina era prácticamente su único escenario, el entrenador introdujo el trabajo en el gimnasio, las pesas y también con un juego de hachas de entre cinco y veinticinco kilogramos que aquellos siete chavales de doce años manejaban con una mano.

«Era espectacular cómo se te ponían los hombros», recuerda Toto García. La Casa de Campo, especialmente en verano, era un gigantesco gimnasio al

aire libre. Una hora, dos horas y muchos fines de semana. Siete pequeños deportistas sin camiseta, golpeando troncos en un circuito diseñado para la ocasión, realizando ejercicios de multisaltos y corriendo.

Entre ellos, Toto, Jesús y Chava Gómez. «Eran métodos que no tienen nada que ver con los de hoy en día. Mariano era bruto, pero cariñoso; se podía estar cagando en tu padre durante el entrenamiento y al acabar invitarte a una Coca-Cola», rememora este último.

Los entrenamientos en piscina también eran de una dureza extrema y siempre se castigaba a los perdedores haciéndoles bucear un largo de la piscina y esperar a que asomaran sus cabezas para que los ganadores pudieran bombardearlos a balonazos. Tampoco faltaban las series de entre cuatro mil y ocho mil metros. Mariano era especialmente duro con los más débiles, que tenían que seguir el paso de los más fuertes, o, como ocurrió en muchos casos, abandonar el waterpolo.

Insultos, balonazos y algún que otro banderín roto. «Ahí está el hijo de puta de tu padre, que viene a buscarte», resonaba en la piscina; los padres tuvieron que acostumbrarse a esa manera de funcionar. Muchos de ellos seguían los entrenamientos desde las gradas de las piscinas. Y, de hecho, algunos de ellos optaron por cerrar la puerta y llevarse a sus chicos de aquel grupo.

«Nunca tuve un problema con los padres. Quedábamos los sábados con ellos. Era irrepetible, estábamos todos muy unidos», recuerda Mariano García. Quien acompañaba a Jesús en los desplazamientos era su padre, Miguel, al que cariñosamente el entrenador le llamaba «el huevonazos», por su parsimonia conduciendo aquel Volkswagen escarabajo. «Coño, que llegaremos tarde», le gritaba entre las risas del resto.

Esta generación de jóvenes madrileños llamó la atención del mundo del waterpolo cuando con catorce o quince años fue capaz de ganar el campeonato de España de la categoría. Ellos, que siempre habían tenido a Barcelona y a Cataluña como referentes, habían acabado con el mito tras ganar a equipos del potencial del Barceloneta o del Montjuïc. A partir de ese momento, el destino del waterpolo español cambió.

Los hilos los movía Cornel Marculescu, que seguía muy atento las evoluciones de los chavales de Mariano, pero que tuvo que ir improvisando ante las bajas en el puesto de seleccionador, primero de Lolo Ibern, y después de Kálmán Markovits. El rumano, director técnico de la Federación Española desde 1980 y seleccionador júnior —España fue por primera vez campeona del Mundial en 1983 con Marculescu en el banquillo—, quería cimentar las

bases del crecimiento del waterpolo español, justo antes de una gran cita: la del Mundial 1986 que se disputó en Madrid.

Ibern le había dado a España su primera medalla en una gran competición en el Europeo de 1983 (bronce, tras la URSS y Hungría); un año después se quedó con la miel en los labios en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles, donde fue cuarta tras Yugoslavia, Estados Unidos y la República Federal de Alemania.

A la vuelta de Los Ángeles se hizo cargo del equipo Kálmán Markovits, después de que Ibern abandonara al aceptar un puesto en la Administración Pública. El mítico Markovits, doble campeón olímpico con Hungría, había resucitado al C. N. Barcelona, que se convirtió en 1981 en el primer equipo español en conseguir la Copa de Europa, con un joven Manel Estiarte como actor destacado.

Pero Markovits estuvo al frente del combinado español poco tiempo. Adujo un problema de salud y solo dirigió al equipo en el Europeo de Sofía (1985). Para entonces, Marculescu ya tenía planes con un técnico joven y emergente, Toni Esteller, que desde 1984 era el seleccionador júnior. Su pegamento con Mariano García fue el punto de arranque para la conexión Madrid-Barcelona, una relación prácticamente inexistente hasta entonces.

«Una mañana se presentó Jesús con su padre y me dijo que al día siguiente se iban a Barcelona porque habían aceptado una oferta del C. N. Catalunya. No pudimos ni discutirlo. Les dije que se fueran mejor al Real Canoe, pero nadie movió nada, ni becas ni ayudas... Madrid era la cola, una buena cantidad de chavales se habían ido a Barcelona y luego se habían perdido. A nadie se le pide responsabilidades», recuerda Mariano García.

La oferta para Jesús Rollán y Toto García era una propuesta de Toni Esteller, entrenador entonces del Catalunya: casi cuarenta mil pesetas para dos pipiolos con dieciocho años recién cumplidos.

«El poder catalán siempre ha ganado, todo el waterpolo se hacía aquí, pero en Madrid había un reducto y tiene mucho mérito», comenta Esteller, quien recuerda divertido que durante la dictadura de Franco siempre había un equipo madrileño en la división de honor, y que nunca descendía.

Esteller conoce a los jugadores madrileños en 1984. Como entrenador júnior se encuentra en Alemania con Mariano García para dirigir al equipo en un torneo de las Seis Naciones. Allí queda sorprendido por el potencial de Chava Gómez, Toto García y Jesús Rollán.

«Me quedé impactado. España tenía jugadores para dar el gran salto», dice Esteller. La primera vez que vio en acción a Jesús Rollán se llevó las

manos a la cabeza: «Pero ¿esto qué es?». Más allá del círculo de Madrid, nadie conocía a aquellos diamantes en bruto que jugaban en segunda división (La Latina) ni tampoco a Chava, jugador del Canoe.

Había llegado el momento: Jesús Rollán y su inseparable amigo Toto García hicieron las maletas para instalarse en septiembre de 1986 en la Residencia Blume de Barcelona.

## 5

# Un viaje en Vespino

La vida era un juego de niños divertido, y eso al final te pasa factura.

**U**n mes antes de que Barcelona fuera elegida la ciudad que albergaría los Juegos de 1992, con la eterna frase de «*a la ville du Barcelona*» del desaparecido presidente del Comité Olímpico Internacional (COI) Juan Antonio Samaranch, Jesús, Chava y Toto llegaron a la Residencia Blume dispuestos a comerse el mundo. La Blume era un paraíso para los deportistas y estaba dirigida por Ricardo Sánchez, hombre afable y de voz áspera, quien desde 1960 se encargaba de la gestión del centro.

En su época de deportista, don Ricardo, como se lo conoció luego, fue un destacado atleta. Después de la posguerra, fue campeón de España de lanzamiento de peso y disco, entrenador del F. C. Barcelona de balonmano y directivo del club y de distintas federaciones como la de atletismo o natación. Un pasado que le ayudaba a ponerse en la piel de los jóvenes, aunque su edad cercana a la jubilación añadía a su mando una alta dosis de condescendencia. Más que un director fue un abuelo para deportistas desconocidos en aquel momento como Mateo Garralda, Iñaki Urdangarin o Pepote Ballester.

En su primer día, como si fueran caballos desbocados, aquellos tres impetuosos madrileños ascendieron a toda velocidad por las escaleras del centro. Tuvieron que separarse, aunque fuera por poco tiempo. Jesús se alojó en la quinta planta, compartiendo habitación junto con dos tenistas, mientras que Toto y Chava acabaron en la cuarta.

Las habitaciones contaban con tres camas, tres pequeños armarios y un ventanal que daba a la calle Països Catalans de Esplugues, a escasos metros de Barcelona. El espacio era tan pequeño que Jesús se percató rápidamente de que no podría guardar todas las cosas que se había traído de Madrid. Algunas de ellas eran recuerdos de su niñez, como un Scalextric con el que solía jugar en su casa de Anita Vindel. A los pocos días se lo regaló a María, que junto

con Geno eran las encargadas de la limpieza y de que a los deportistas no les faltara de nada en la residencia.

«Para tu hijo», le dijo el portero, ante la incredulidad de María por recibir un regalo tan caro de un recién llegado.

«¡Jesusito, eres un torero!», recuerda Geno, que le animaba habitualmente. Unas muestras de cariño que se fueron repitiendo a diario. «Gracias, Geno. Yo ganaré una medalla de oro. Y cuando la consiga, os la traeré», le insistía Jesús, que trataba a Geno y a María como si fueran sus propias madres. Y así era en parte, porque ellas se encargaban de ordenar unas habitaciones que eran un desmadre juvenil; y de prepararles comidas incluso fuera de horas, como cuando regresaban de los entrenamientos pasadas las once de la noche.

Jesús apenas permaneció unas semanas en esa quinta planta. Por primera vez, la residencia iba a alojar a chicas, una decisión que los residentes del centro acogieron con gran entusiasmo; incluso prepararon una fiesta sorpresa para conocer a sus nuevas compañeras. Las catalanas más prometedoras de voleibol, baloncesto y balonmano serían las pioneras de la Blume. Y entre ellas estaba Montse Balsebre, de diecisiete años.

Nacida en Barcelona y educada en el colegio Santa Isabel, donde empezó a jugar de colocadora con apenas seis años, esta chica tímida, alta y morena se convirtió en la primera novia de Jesús en su nueva vida en Barcelona. Aunque sus hermanos y sus padres lo visitaban muchos fines de semana, Montse fue para Jesús su principal respaldo a seiscientos kilómetros de casa y en una etapa de ilusiones olímpicas y de tentaciones juveniles, como la que le llevó a acudir solamente a la primera clase del curso de COU en La Salle, colegio ubicado en el barrio de Gràcia.

La ruta y el destino de Jesús y sus compañeros eran siempre idénticos. Una furgoneta los esperaba por la mañana junto a la Blume y los llevaba al centro escolar. Sin embargo, al bajarse del vehículo, tanto Jesús como Toto desviaban su camino y acababan en un bar jugando al fútbolín con Sergi Pedrerol, natural de Molins de Rei y compañero en el C. N. Catalunya. Nadie se dio cuenta ni se interesó por esas repetidas ausencias del colegio.

Por las tardes, en cambio, no se saltaban sus obligaciones; más bien al contrario: su pasión por el waterpolo los llevaba a recorrer con avidez las calles de Gràcia hasta los pies del Carmel para entrenar con su club. Primero lo hacían en autobús y luego con unas vespinos que se habían comprado con las primeras mensualidades de cuarenta mil pesetas. La moto de Jesús era roja, tenía los puños blancos, estaba trucada y alcanzaba velocidades

superiores a los ochenta kilómetros por hora. Toto conducía un modelo AXL negra. Ambos se acostumbraron a competir por ver quién llegaba primero a la piscina, como si la avenida General Mitre fuera un circuito de velocidad.

Desde el primer día, la piscina del C. N. Catalunya fue su segunda casa. Esta entidad próxima e histórica, presidida por Ramon Geli, tenía el sueño de ganar la Copa de Europa y confiaba en que estos prometedores jugadores los ayudaran. Aunque Toto se consolidó antes que Jesús, ambos se convirtieron con apenas dieciocho años en imprescindibles en un Catalunya que ya comenzaba a jugar competiciones europeas de la mano del entrenador Gaspar Ventura. Ese mismo año, el equipo disputó la final de la Recopa contra el Molnar Split, entrenado por el croata Dragan Matutinovic, un nombre que poco después despertaría en Jesús y Toto sensaciones contradictorias.

La personalidad y el descaro de Jesús cuajaron entre los socios del Catalunya en una época de esplendor para los clubes deportivos. Sin un abanico tan amplio de entretenimiento y ocio, acudir a la piscina los sábados a seguir los partidos de liga se convertía en un buen plan, y los jugadores disfrutaban del reconocimiento del entorno del club. Especialmente Jesús, quien cayó de pie y adquirió una complicidad única con buena parte de los diez mil socios que llegó a tener la entidad. El portero nunca perdió el sentido del humor, ni cuando tropezaba su Real Madrid, club del que era seguidor y que en aquella época se mostraba invencible en el campeonato liguero. Natural y genuino, acudía a hurtadillas al gimnasio para gastarles bromas a los socios como si fuera un adolescente travieso o jugaba con los niños en la entrada de la instalación. Un particular don de gentes que le convertiría en el epicentro de todos los equipos en los que jugó.

## 6

# Las noches en Studio Ars

Mientras cumplan, que hagan lo que quieran con su vida.

**U**n año y medio después de la llegada de Jesús a la Blume, el Catalunya pasó a ser el equipo hegemónico de la división de honor de waterpolo. El club de Gràcia ganó la liga y la Copa por vez primera (1987-88), después de una temporada de avances en el deporte. Toto y Jesús aprovecharon los éxitos y la coyuntura política y económica para exigirle al presidente Geli que les subiera el sueldo, previa amenaza de regresar al Real Canoe de Madrid. Su entrenador, Pepe Alcázar, les hizo una oferta suculenta (150 000 pesetas), pero el Catalunya contraatacó. No quiso dejar escapar a dos talentos, en su afán por llenar las vitrinas.

Era un momento de vacas gordas para el deporte, que empezó a profesionalizarse. Los Juegos de Barcelona dieron vitaminas a la economía y todos se beneficiaron. Toto y Jesús pasaron de ganar 40 000 pesetas a ingresar casi 200 000 al mes: su poder adquisitivo se quintuplicó.

El presidente Geli les entregaba un sobre el último jueves de cada mes con el salario, pero poco les duraba en las manos. Para empezar, Jesús, Toto, Pedrerol y otros integrantes del equipo acudían a celebrarlo al restaurante Tíbet, al otro lado de la calle Ramiro de Maeztu, junto al club. Al local se entraba por una puerta negra que rompía la tonalidad de un muro de piedra marrón, irregular y antiguo. En el interior, las mesas eran de madera y la luz entraba por un amplio ventanal con vistas al Park Güell. El menú se basaba en vino y carne a la brasa. Siete mil pesetas por barba.

A los éxitos en el club se le añadió una presencia cada vez más importante en la selección. Jesús había empezado a entrenarse a las órdenes de Esteller en enero de 1986, cuando aún apuraba sus últimos meses en La Latina. Todos los lunes hasta abril, diecinueve seleccionables debían acudir a la piscina Sant Jordi de Barcelona o a la del Consejo Superior de Deportes de Madrid.

Allí, con apenas diecisiete años, empezó el contacto de Rollán con la absoluta, lo cual se acrecentó con su llegada a Barcelona. En abril de 1987, Esteller ya incorporó de manera definitiva a Jesús. «Este año, en el Europeo de Estrasburgo, podemos sufrir las consecuencias de estos cambios, pero era necesario incluir en el equipo a gente joven y con la categoría que han demostrado estos chicos en el equipo júnior», dijo el seleccionador.

En efecto, la generación de Jesús iba como un cohete. En agosto, España fue sexta en ese Europeo y cumplió el pronóstico después del cambio de piezas, pero el meta ya ofreció algunas pinceladas de lo que era capaz de hacer. «Con Rollán podemos asegurar que hay un portero de primera categoría, que puede llegar a ser un crac mundial», explicaba la crónica de *Mundo Deportivo*. El 15 de septiembre de ese mismo año, Jesús abanderaba el oro en el Mundial júnior celebrado en Brasil. Esta generación, cultivada por Mariano García y su avanzado sistema de entrenamiento, congenió con el talento catalán. La máquina ya funcionaba en categorías inferiores. Ahora solo quedaba que ese cemento también fraguara en la absoluta.

En el verano del 88, antes de viajar a Seúl a vivir sus primeros Juegos, el equipo se preparó en la piscina de Montjuïc, donde ya un adolescente Dani Ballart, sobrino del internacional Jordi Sans, participaba en los descansos intentando batir al portero. Marcarle era misión imposible. «No hay defensa, debes pararlo tú», le repetía una y otra vez el seleccionador Toni Esteller, que mantenía la mentalidad que le había inculcado Mariano en Madrid.

La llegada de los «madrileños» y su rápida ascensión en el equipo supuso una catarsis en el equipo nacional. Hasta la fecha, los catalanes habían llevado el peso en un deporte donde, salvo excepciones, contaba con la mayoría de los clubes bajo su federación. Incluso hasta la década de los setenta la selección la formaban solamente jugadores del C. N. Barcelona. Las mejores escuelas estaban tradicionalmente en Cataluña, donde se formaban unos waterpolistas refinados, técnicos y de buen nado. Pero el buen trabajo del Centro de Tecnificación de Madrid equilibró la selección. «Hay tres chicos que son muy buenos». Y el mensaje llegó a Barcelona. Eran Chava, Toto y Jesús, quienes empezaron a compensar los déficits de la España capitaneada por Estiarte.

Los recién llegados de Madrid iban a ser el complemento perfecto; solo quedaba que las piezas del puzzle fueran encajando con naturalidad. La simbiosis entre estas dos escuelas, la de Mariano y la de Esteller, se puso a prueba por primera vez en una Seúl que acogió los primeros Juegos de la normalidad y de esta generación prometedora.

España debutó ante China y ganó (13-6), con seis goles de Estiarte y una actuación destacada de Jesús, que detuvo dos penaltis. Por primera vez en la historia, logró ganar a la que entonces era subcampeona olímpica, Estados Unidos (9-7). Luego perdió ante Yugoslavia (9-7) y empató ante Hungría (6-6). Una victoria ante los magiares le hubiese otorgado la clasificación matemática para las semifinales. Pero ya solo quedaba un escenario posible: ganar a Grecia y que Hungría y Estados Unidos empatasen. España hizo los deberes (12-9) y Hungría equilibró el encuentro a falta de quince segundos (9-9). Los jugadores españoles se levantaron de las gradas, eufóricos, tocando ya su pase para luchar por las medallas. Pero Hungría, a la que solo le valía ganar por dos goles a Estados Unidos para pasar de ronda, decidió no defender la siguiente y última jugada del partido.

La gran estrella de Estados Unidos, Schroeder, marcó. Quedaban tres segundos. España se quedó fuera. Aficionados y técnicos tuvieron que detener a los jugadores españoles, que bajaron por las gradas descontrolados, humillados y enfadados por la oportunidad que se les acababa de esfumar. Fueron de nuevo, como ascendiendo la habitación de la Blume, caballos desbocados, aunque en esta ocasión dominados por la rabia, ya no por la curiosidad. Esteller cargó contra Hungría y los árbitros. En el viaje de vuelta el sentimiento era de frustración, pero nadie dudó de que tras la corteza de aquella experiencia había pepitas de oro.

La Blume recuperó su aspecto tras el largo verano del 88. La habitación de Jesús se había convertido en «la Suite». Allí se ingeniaban las quedadas nocturnas, atrapados sus compañeros por el imán del portero. Jesús y Toto se compraron un equipo de música y una televisión, que ubicaron en un espacio cada vez más ingobernable. Jordi Neira, otro waterpolista y compañero de habitación, había abandonado ese año la residencia para casarse con la hija de don Ricardo, mientras que Jesús, amante de los animales, se compró una tortuga y un loro que repetía una y otra vez «hala Madrid».

En la segunda planta, otra habitación se convirtió en referencial, la del jugador de voleibol Rafa Pascual y el jugador de vóley playa Javier Bosma. El primero invirtió trescientas mil pesetas en comprarse un equipo de música Luxman, que resonaba en todo el edificio. Esa era la antesala de las juveniles salidas nocturnas, a las que se sumaban la mayoría de los jóvenes deportistas. Pedían taxis cuando llegaba la medianoche y burlaban la frágil seguridad saltando directamente de las ventanas de la planta baja a la calle. Los más cautos empleaban ese mismo camino para regresar, mientras que los descarados entraban por la puerta principal como si no hubiera pasado nada.

Algunos, incluso, despertaban a voces a los compañeros que no habían salido para que les lanzaran ropa de deporte por la ventana, cambiarse y decirle al guarda de seguridad que venían de correr.

Entre ventana y ventana, el lugar habitual de salida estaba ubicado en la calle Atenas, 27, de Barcelona, junto a General Mitre. El músico César de Melero había inaugurado la discoteca Ars Studio, en el lugar donde anteriormente se encontraba el cine Ars. Aquel fue uno de los locales de moda de una Barcelona que empezaba a abrirse al mundo y estaba especializada en la nueva moda musical: el *acid house*. El alcohol y el tabaco eran habituales en el grupo de la Blume.

La rutina de entrenamientos también cambió a partir de la vuelta de Seúl. A las sesiones con el C. N. Catalunya, entre una y dos por día, se le sumó una iniciativa más para formar a los jóvenes en la Blume. Se creó un centro de tecnificación para potenciar el vagón de cola de la selección, para tener otro grupo de entrenamiento potente. Rafa Aguilar, retirado recientemente, fue el entrenador. La idea surgió de Lluís Bestit, en aquel momento vicepresidente de la Federación Catalana, quien logró la financiación gracias a la intervención del político Joan Riera. Tanto Quim Pujol, director técnico, como Lolo Ibern lo aprobaron. Esteller incluyó en este grupo a Rollán y Toto, quienes debieron entrenarse a las siete de la mañana cada día.

Acostumbrados a la «caña» de Mariano García en Madrid, a los madrileños a veces les sabían a poco los entrenamientos en el club, por lo que también acogieron con buenos ojos la iniciativa. Miki Oca, que asimismo se había incorporado a la residencia ese año, era otro de los jugadores que debía acudir. Para ellos el entrenamiento era voluntario, y entraban y salían en función de sus días y sus noches, aunque siempre que Rafa Aguilar requiriera su presencia allí él estaba para disfrutar bajo los palos.

Dos años después de empezar a vivir en Barcelona, con una experiencia olímpica en el bolsillo y un buen sueldo, las ayudas económicas del Estado (el plan ADO) se instauraron a medida que se acercaban los Juegos. Con ese dinero, Jesús quiso comprarse un coche para moverse por la ciudad y hacer excursiones con Montse, pero antes debía pedirle una autorización a Quim Pujol, recientemente nombrado director técnico de la Federación Española. El concesionario le pedía a Jesús un certificado que acreditara lo que iba a percibir anualmente.

«Me parece bien, pero voy a llamar primero a tu padre para que dé el consentimiento», le contestó Pujol. Miguel dio su visto bueno y Jesús se compró un Volkswagen Golf blanco. Aquella respuesta de Pujol supuso la

primera vez que alguien controlaba a Jesús después de su llegada a Barcelona. No sería la última. La Blume cambiaría rápidamente su decorado.

## 7

### ¡Viva don Ricardo!

Nunca pensó que eso se iba a acabar y que había que hacer otras cosas.

*H*ortensia, *Tensi*, Graupera iba a ser a partir de ese momento la directora de la Blume después de la jubilación de don Ricardo. Llegaban nuevos tiempos para un centro libertino. En su primera toma de contacto, la nueva responsable acabó prácticamente taquicárdica. Tensi observó el desorden de las habitaciones, con la ropa tendida por los pasillos con unas perchas de hierro sujetas a los tubos de cobre. También descubrió rápidamente cuál era la famosa «Suite». El olor era particular, y el sonido, enigmático. Al abrir la puerta, la directora vio pájaros, un loro y una tortuga cuyo caparazón estaba pintado totalmente de blanco. Parecía una selva.

Cuando descendió a la primera planta, se encontró con un deportista enfadado que no paraba de preguntar:

—¿De quién es ese coche que está aparcado en la esquina derecha?

—Es mío —contestó Tensi.

—Pues muévelo, que ese es mi sitio —le replicó el deportista.

—A partir de ahora, será el mío —sentenció Tensi, que recuerda la conversación al dedillo.

Después de tal bienvenida, Tensi quiso conocer el control académico que el padre Matas debía efectuar sobre los residentes. No había papeles. Luego se interesó por los registros de entrada y de salida del centro, especialmente por las noches. Pero tampoco quedaba rastro. En ese momento, observó cómo Mateo Garralda aparcaba su coche en el parterre al no encontrar otro sitio y entraba en el centro como si fuera su casa. El descontrol era tal que había deportistas mayores de treinta años casados y que seguían utilizando las habitaciones cuando querían, incluso a modo de picadero.

Tensi decidió ejercer sus funciones. En los años sesenta había sido campeona del mundo de socorrismo y salvamento, y ahora debía rescatar a la

residencia, que estaba en manos de los jóvenes deportistas. Su primera medida fue ordenar recoger toda la ropa y amenazar a los huéspedes becados con que la próxima vez la tiraría al contenedor. Decidió llevar un control de las salidas y de las entradas para que todo el mundo respetara los horarios, lo que sentó muy mal. Obviamente, la reacción de los internos no se hizo esperar y estuvo liderada por Toto, el más beligerante con las nuevas reglas.

Después de aquel conflicto de intereses, Toto y otros dos compañeros acudieron a una droguería cercana a comprar spray. Por la noche, cuando el centro permanecía en silencio, dejaron su mensaje con letras grandes en una de las paredes del pasillo: «Fuera la gorda, viva don Ricardo».

La pintada levantó mofas entre los deportistas, pero no amedrentó a Tensi, que acudió a la droguería a preguntar quiénes se llevaron los espráis. Por la descripción que le dio la dependienta, supo que los del waterpolo estaban detrás, y Toto debía ser el instigador. En la lavandería, además, vio ropa manchada de color amarillo, el mismo que se utilizó para pintar aquel desafío, y una ropa que tenía nombre y apellidos. A las pocas semanas, con las tensiones aún a flor de piel, Toto fue expulsado de la residencia.

Los primeros cuatro años de hábitos en la Blume empezaban a cambiar también para Jesús, aunque los recuerdos permanecerían toda su vida. Muchos fueron los atletas que pasaron por el centro desde que el portero madrileño llegó allí, en 1986, y en todos ellos dejó huella. No hubo nada que Jesús no diese a sus amigos. El último en aparecer fue Ricardo Sánchez, de apenas diecinueve años, una promesa del waterpolo español que procedía del Real Canoe. Como hizo Jesús en su día, Ricardo cogió el puente aéreo para triunfar en su deporte, a las puertas de los Juegos de Barcelona. Apasionado, Jesús lo adoptó, le aconsejó en los entrenamientos, le acompañó, le mimó, le invitó a todo... Y también lo reclutó para salir una noche de sábado a divertirse después de la competición. Una noche que pudo acabar en tragedia.

Jesús se subió en su Volkswagen Golf GTI blanco y se dirigió con Ricardo, Rafa Pascual y una atleta a Terrassa, uno de los lugares que frecuentaron en esos primeros meses de los noventa. Alrededor de las cinco de la mañana, decidieron regresar a Esplugues. Jesús cogió el coche. Ricardo se sentó detrás, mientras que Rafa Pascual ocupó el asiento del copiloto. En una curva de entrada a la AP-7, Jesús circuló con una marcha más larga de la habitual cuando el coche, de golpe, se precipitó hacia la cuneta. Pisó el freno y viró, resistió en el asfalto, pero finalmente perdió el control y dio tres vueltas y media de campana. Los cristales se rompieron y el vehículo quedó totalmente boca abajo.

«Joder, ¿estamos todos?», recuerda Rafa Pascual que dijo un nervioso y dolorido Jesús, que se aguantó en el asiento con el cinturón. El propio Rafa estaba a su lado, con un pequeño trozo de cristal incrustado en su costado derecho. «¿Dónde está Ricardo?», preguntó Rafa, que salió por la ventana, haciéndose hueco entre cristales con sus casi dos metros. Dominado por los nervios, Jesús no fue capaz de quitarse el cinturón. Rafa corrió hacia atrás, siguiendo el derrape de los neumáticos hasta que encontró a Ricardo entre unos matorrales, a unos treinta metros de donde estaba el coche. Otros vehículos empezaron a parar, mientras Jesús lloraba en el interior. Pascual observó a Ricardo inconsciente. «Parecía muerto», recuerda. De golpe, tosió. Todo quedó en un susto, el mismo que se llevó Montse cuando vio a Jesús, ya en la Blume, con algún trocito de cristal incrustado en la piel, con sangre y desencajado por lo ocurrido. Durante muchas semanas, Jesús no pudo quitarse lo sucedido de la cabeza.

La rutina para Jesús no solo cambió en la Blume. En los Juegos de la Amistad celebrados en Seattle en 1990, sin Manel Estiarte en el equipo, España se quedó en semifinales tras perder ante Yugoslavia y Hungría. El clima no fue el apropiado. Esteller, en el vuelo de vuelta, en un caluroso día de agosto, decidió aceptar una oferta del C. N. Barcelona y dejó la selección. Alegó que no veía las condiciones necesarias para lograr la medalla en los Juegos. El entrenador, el principal valedor de esta simbiosis entre las escuelas madrileña y catalana, abandonaba el barco a menos de dos años de Barcelona 92.

A la vuelta del verano, todo partía de cero para Jesús. Su camino se había separado del de Toto después de diez años compartiendo experiencias y locuras en el agua. Una oferta del C. N. Barcelona, entrenado ya por Esteller desde ese mismo verano, se entrometió entre ambos. Tan temperamental como siempre, sin vacilar, Toto cambió el Catalunya por el Barcelona, una decisión que sentó como un tiro en el seno del club del Carmel, que perdió a uno de sus mejores jugadores.

Jesús, quien también recibió cantos de sirena de otras entidades, decidió quedarse. Para él, el club de Ramon Geli era acogedor, familiar; el portero estaba a gusto. No necesitaba mucho más, solo sentirse querido. Económicamente también salió beneficiado de una época de cambios disruptivos, en la que encontró el equilibrio en Montse, con quien compartió momentos en la Blume y en algunas escapadas por Barcelona, así como en sus amigos de la residencia, con los que seguía divirtiéndose. Todo el mundo quería estar a su lado.

Hubo más cambios. Trascendentes. Dragan Matutinovic se había convertido en el nuevo seleccionador español. Jesús y el resto del equipo lo conocían, pues era el entrenador del C. N. Montjuïc. Desde los veintiún años, cuando era aún jugador en Yugoslavia, Matutinovic empezó su carrera de entrenador. Por encima de todo, creía en la disciplina y el trabajo. Pero nadie sabía qué planes tenía en la cabeza este croata de treinta y seis años nacido en Split y que, nada más asumir el cargo, prometió que la selección jugaría la final de Barcelona 92.

## 8

### La doble mili de Jesús

Jesús era emoción, no razón. Era pura vida.

«¡¡¡*E*l paso, Jesús!!!», gritaba el sargento, fuera de sus casillas, con la divertida sinfonía de fondo de las risas de sus compañeros. «¡¡¡Jesús, mantén el paso!!!», refunfuñaba enfurecido el suboficial, mientras Chava Gómez no podía aguantarse más y explotaba a carcajadas. Cuando lo recuerda, tantos años después, aún se ríe.

En la primavera de 1991, Jesús y Chava realizaron el servicio militar en Gavà con los privilegios de ser deportistas de élite con una beca ADO importante. Solamente acudían algunas mañanas a efectuar labores de limpieza o de servicios, como recoger colillas o cortar la maleza en espacios públicos. Tareas de las que intentaban escaquearse echando la siesta en el polideportivo de la ciudad o recurriendo a alguna treta, como la de inventarse concentraciones o entrenamientos. A diferencia del resto de sus compañeros de mili, Chava y Jesús podían dormir en sus casas. Una situación permisiva a la que se le añadió la simpatía de Jesús, quien desde el primer día se metió a los oficiales en el bolsillo por su carisma y carácter.

Aunque el waterpolo no había alcanzado aún cuotas de popularidad como las que iba a cosechar en el futuro, ni tampoco la cara del portero era la más conocida del equipo, Rollán y Chava ya podían presumir ante el sargento de ser medallistas mundiales. Lo habían logrado ese mismo enero en Perth, donde el talento español superó la barrera de cuartos de final bajo las órdenes de Dragan Matutinovic y de su militarismo.

«Tranquilo, Quim, jugaremos la final ante ellos», le espetó el entrenador croata al director técnico de la Federación Española después de perder con estrépito ante Yugoslavia en el estreno (8-3). Su seguridad fue pasmosa, como la reacción del equipo. España ganó sin complejos a China (21-9) y sufrió ante Rumanía (11-10); fueron unas victorias que valieron para clasificarse

para la siguiente fase. El primer rival sería Italia; un hueso duro de roer que finalmente se partió ante una España muy confiada en ataque (8-7).

Solvente en todo el torneo pese a su juventud, Rollán, de veintidós años, se agigantó en el siguiente encuentro ante la URSS, que estuvo dieciséis minutos sin anotar un gol. España, que ganaba en el tercer cuarto 4-0, acabó 7-4. Pocas exhibiciones se habían visto hasta entonces como aquella de la defensa española y del meta madrileño en una ronda tan avanzada de una gran competición. Cada parada de Jesús iba acompañada de su grito intimidante y de su beso al balón, cosa que despertaba en los rivales una incredulidad que los afectaba psicológicamente a la hora de lanzar. Por primera vez en la historia, España iba a pelear por las medallas en semifinales ante Hungría.

El partido que se le puso cuesta arriba. En el tercer parcial el resultado era de 3-7. En ese momento, lejos de tirar la toalla, el sufrimiento de los chicos de Matutinovic emergió para igualar el encuentro e imponerse finalmente por un gol (9-8) con una participación destacada de Estiarte, autor de cinco tantos. España se metió en la final por la puerta grande.

La última ronda ante Yugoslavia, el rival por el oro que había vaticinado Matutinovic, fue dura e igualada hasta que en el tercer cuarto los balcánicos la desequilibraron. Se llegó con 8-7 al último minuto; España cayó con todos los honores, aunque quejándose del arbitraje. El entrenador croata se encaró con varios miembros del cuerpo técnico de Yugoslavia, con la guerra de los Balcanes aflorando. Una tensión que no empañó la hazaña de una selección española que, a un año y medio de Barcelona 92, iba directa al anhelado podio.

Expiró esa temporada y el deporte se adentró ilusionado en los Juegos de Barcelona, que lo monopolizó todo. La Federación Española de Natación necesitaba tener las mejores condiciones para que el waterpolo se subiera a lo más alto del podio y cumpliera las expectativas. Para facilitar el trabajo de Matutinovic, todos los jugadores seleccionables debían jugar en España. Surgió un problema con Manel Estiarte, que llevaba años haciendo carrera en Italia. Quim Pujol trató el asunto personalmente con Ramon Geli, presidente del Catalunya: Estiarte reforzó la corta temporada al club del Carmel. La federación asumió una parte de su sueldo, mientras que Rollán, Pedrerol o Payà compartieron vestuario con su capitán meses antes de embarcarse en la primera gran aventura de sus vidas.

En la mente de los dirigentes, el waterpolo no solo debía reunir las mejores condiciones deportivas, sino que tenía que convertirse en un deporte de masas. La televisión era el mejor escaparate. Ante la negativa de

Televisión Española de incluir en su programación el campeonato liguero, Pujol habló con Tatxo Benet, jefe del Departamento de Deportes de la Televisió de Catalunya, para ofrecerle la retransmisión de un partido de liga a la semana. Con «un maletín» solucionaron los desacuerdos y el waterpolo formó parte de la parrilla de los sábados.

Mientras en la trastienda se sucedieron esas decisiones, la figura de Matutinovic marcó la preparación de una selección que empezó a vivir un auténtico calvario en las concentraciones que diseñaba el croata.

«Si no eres capaz de soportar el infierno de los entrenamientos, nunca podrás soportar el infierno de un campeonato olímpico», explicaba Dragan, que decidió llevar a sus jugadores a Andorra, lejos de los focos, aislados, con unas temperaturas frías, sin distracciones.

A mil metros de altura, en medio del Pirineo, la selección de waterpolo pasó los días en Anyos Parc. Se alojaron en el hotel Font del Marge en habitaciones dobles; iban a nadar a la piscina Els Serradells, situada a un kilómetro y medio, corrían por las montañas de los alrededores e incluso jugaban al fútbol en el Comunal. Los waterpolistas se dividían en dos equipos, unos con la camiseta del Barcelona y otros con la del Real Madrid; estos últimos eran Rollán y los madrileños.

El portero actuaba de jugador y su destreza con el balón le recordaba aquella infancia en la calle Anita Vindel, cuando era el rey en cualquier deporte e incluso el Real Madrid le envió una carta para hacer una prueba. Eran tan extremistas que convertían el día de descanso que les ofrecía el seleccionador en una batalla de fútbol en un campo reglamentario, jugando a todo trapo y durante más de dos horas. Nadie quería perder.

Aquella preparación física no respondía a una base científica, sino a una prueba durísima que los llevaba al límite. Los jugadores solo estarían preparados para ganar el oro si lo resistían. Mariano García recuerda su conversación con Dragan, de una vez que coincidieron en Madrid.

—Dragan, ¿puedo preguntarte por qué haces un entrenamiento tan exigente? Me gustaría saber el objetivo —preguntó inquieto Mariano en un encuentro antes de los Juegos de Barcelona.

—Para quitarles la voluntad. Una vez que lo consiga, puedo obtener de ellos lo que quiera —respondió el entrenador fríamente.

«Vamos a jugar partidos que se van a resolver en el último segundo de la prórroga. Y hay que llegar frescos física y psicológicamente», les decía Matutinovic a sus jugadores, quienes nadaban varios kilómetros por las mañanas con una camiseta (algunos se la ponían más estrecha y pequeña para

que pesara menos), realizaban trabajos en el gimnasio e incluso corrían, prácticamente sin descanso, en jornadas de hasta ocho horas.

«Vamos, chicos, si no podéis con las piernas, corred con los ojos», vociferaba Matutinovic, con su voz bronca y profunda, al grupo de cola mientras conducía su vehículo con las gafas de sol puestas, viendo el paisaje con calma. Unas frases que aún nadie ha olvidado y que han generado traumas en los deportistas.

«Esto es muy fácil, Dragan, pan comido. Muy flojo», le respondía siempre Jesús, que le dejaba desconcertado, sin entender el seleccionador si estaba bromeando o si realmente ese portero imprescindible y vital para el equipo creía que sus entrenamientos eran blandos. Pero lo cierto es que, en aquel momento, las ya mermadas rodillas de Jesús no estaban para demasiadas bromas.

El entrenamiento de Matutinovic no solo era físico, sino mental. Al margen de resistir el sufrimiento, el entrenador llevó a la concentración a un jugador más de la cuenta para tener otro as bajo la manga. Habría un descarte a escasos días de los Juegos, lo que añadía mayor ansiedad y presión.

En las habitaciones, en cambio, el grupo se unía más que nunca, con problemas musculares y físicos, cansados por el duro entrenamiento, pero conscientes de que para conseguir una medalla se debía pagar ese precio. El carácter áspero del entrenador había fortalecido sus relaciones; en aquel sufrimiento compartido, las conexiones se hicieron indestructibles, cosa que acabó por unir a un equipo que no tenía fisuras cuando se lanzaba a una piscina.

La vida de Jesús también dio un paso adelante. Lejos quedó la Blume y el primer piso en Esplugues que compartió con Montse y otros amigos. En un *jacuzzi*, como recuerdan sus compañeros, el portero les explicó que se había comprado una casa en Vallirana, una localidad situada a veinte kilómetros de Barcelona. Con el sueldo del C. N. Catalunya y la beca ADO, administrada esta última por su madre, Pilar, el meta iniciaba una nueva etapa personal junto a su novia pocos meses antes de los Juegos.

## 9

### Barcelona 92 y el adiós de Matutinovic

¿Qué estoy haciendo? Quiero eliminarlos como personas, quitarles la voluntad. Una vez que lo consiga, puedo obtener de ellos lo que quiera.

**D**icen los más grandes deportistas que la manera en la que sales del túnel de vestuarios marca buena parte del éxito o del fracaso ante el reto que se plantea. Ocurre en las cámaras de llamadas, donde además los atletas se retan con miradas antes de hacerlo sobre el tartán. Sucede en las piscinas, cuando algunos nadadores escuchan música para inhibirse de la presión. Dicen que la selección española de waterpolo aprendió a ganar la final olímpica de 1996 en el túnel de vestuarios de la Picornell, horas antes de perder el partido por el oro de los Juegos Olímpicos ante Italia, mientras los jugadores de Dragan Matutinovic se dedicaban a increpar a los imperturbables jugadores italianos.

Como pasaba siempre, minutos antes, Jesús se había refugiado en los servicios. No había cita importante en la que el madrileño no tuviera que descargar sus nervios en forma de vómito. Incluso en algún partido de su carrera tuvo que empezar el segundo portero porque Jesús se demoraba demasiado. Sus compañeros conocían el ritual y lo respetaban. Hay jugadores que quieren salir los últimos al campo, otros que siempre dan el primer paso con el pie derecho, él tenía que cerrar la puerta del servicio, evacuar y salir con energías renovadas.

Y aquella fue la primera gran cita. Habían pasado cinco años desde que Toni Esteller y Mariano García habían puesto sus ojos en aquellos descarados jugadores madrileños, y aquel fue el primero de los muchos grandes días que llegarían a partir de entonces.

Precisamente por esa amalgama de caracteres, el equipo tenía muchas debilidades. Un psicólogo hubiera tenido mucho trabajo tratando a cada uno de ellos, pero, como grupo, todo encajó como un guante, sin fisuras.

El éxito tardó en llegar porque el equipo estaba dividido: dos modos de ver el waterpolo y la vida. El segundo paso fue que cada uno de ellos respetó la visión del otro; primero se aceptaron, después se admiraron. Todos eran disciplinados, a su manera, y el punto de prepotencia que aportó el grupo madrileño, que inicialmente era calificado como intolerable por el núcleo catalán, se demostró como el ingrediente que hacía falta para ligar la salsa.

Por unir a esos dos mundos, seguramente el waterpolo español está en deuda con Esteller y García, que supieron ver hacia dónde evolucionaba el juego y encontraron las piezas necesarias. Muchos de los jugadores de aquella época consideran que, si en vez de Matutinovic o Jané, se hubiera confiado en Esteller, los éxitos hubieran llegado igual, aunque seguramente de una manera menos traumática para los deportistas.

Porque Esteller era más un teórico. Pedía a sus jugadores sacrificio en la piscina, pero formación fuera. «Nosotros escuchábamos Ketama, pero no leíamos nada. Él nos decía: “El mundo es otra cosa”, entonces no le creímos», recuerda un componente de aquel equipo.

Sin embargo, con Matutinovic en el banquillo y jugando en casa, el objetivo era ganar a cualquier equipo que se pusiera por delante. La presión y la exigencia del anfitrión resultaban máximas; además, estaba aquel entrenador croata, criado en la antigua Yugoslavia, un especialista con una única misión: llevar al equipo hasta el oro olímpico. Sus métodos militares convirtieron a sus jugadores en autómatas, en máquinas perfectas dentro de la piscina, como muchos de los protagonistas recuerdan. Pero su mérito fue otro y no se vio hasta pasado un tiempo: sin querer, tejió una relación indestructible entre todos ellos que fue el principio de los éxitos posteriores.

Y eso que Matutinovic no era la primera opción. Del primer puesto partió Toni Esteller, que dirigió a la selección nacional entre 1986 y 1990. Esteller es un tipo particular, alguien que asegura que las mejores tácticas siempre las ha ideado conduciendo su moto hasta la Barceloneta, donde se ha pasado treinta años dirigiendo al C. N. Barcelona. «En movimiento se piensa mejor, como decía Montaigne», advierte, y en alguno de aquellos trayectos vio que su periodo al frente del equipo nacional se había acabado, porque el deseo de la federación era contratar a un entrenador extranjero.

Recuerda Quim Pujol, presidente de la comisión de waterpolo de la RFEN por aquel entonces, que se dio cuenta de que Esteller nunca llegó a creerse que España podía ser campeona olímpica, pese al extraordinario rendimiento del equipo en los Juegos de Seúl. En 1990, tras los Juegos de la Amistad en Seattle, Esteller envió un telegrama y renunció para volver a su casa: el CNB.

Fue entonces cuando todos los esfuerzos se centraron en convencer a Ratko Rudic, entrenador de la selección yugoslava, oro en los dos últimos Juegos (Los Ángeles 1984 y Seúl 1988). El plan se vino abajo cuando Rudic aceptó semanas antes la oferta de Italia, con la que también ganaría el oro en 1992. El serbio se colgaría otro oro más en Londres 2012, esta vez al frente de la selección croata.

Lo cierto es que a Pujol no le quedaban más cartas; entonces es cuando apareció el nombre de Matutinovic, que por entonces dirigía al C. N. Montjuïc. Pujol no tenía contactos en el panorama internacional, y en un partido liguero entre el Barceloneta y el Montjuïc se decidió. El croata vio que era su momento y le dieron «carta blanca» para hacer lo que quisiera con tal de sacar lo mejor del equipo. Pidió un millón de pesetas mensuales, y se lo concedieron; un segundo entrenador, y lo contrataron; un médico, y lo tuvo...

Los resultados empezaron a llegar en 1991 con la plata en el Mundial de Perth, en una final perdida ante los yugoslavos, pero muchos jugadores no estaban convencidos. La percepción de alguno de los integrantes de aquel equipo es que desde que la federación contrató a Matutinovic es cierto que España empezó a ganar medallas, algo que nunca había conseguido, pero otros tienen la idea de que con él «España perdió oros, no ganó platas». Y en medio de todos ellos estaba Jesús, que al principio no era un líder y vivía a la sombra de Estiarte y de Chiqui Sans, rodeado en su zona de confort por Toto, Chava Gómez o Miki Oca. Hasta que llegó su momento.

Esteller cree que Jesús tenía el síndrome de Peter Pan y que se hacía querer por todos. «Los porteros en deportes de sala son medio equipo y su crecimiento hizo que creciera el equipo. Sin Jesús, España nunca habría sido campeona olímpica», asegura el técnico.

Sin embargo, el camino hasta Barcelona 1992 fue complicado, no solo por los métodos de Matutinovic. A pocos meses de los Juegos, Toto García, cuando conoció que un positivo acarrearía la descalificación definitiva de todo el equipo, admitió que consumía cocaína en sus múltiples salidas nocturnas.

Un gabinete de crisis formado por el presidente de la federación, Enrique Landa (el director de Deportes del Ayuntamiento de Barcelona y hombre fuerte en el waterpolo), Lolo Ibern, Matutinovic y Pujol decidió apartarlo del equipo y hacerlo entrenar con los juniors. Toto se tuvo que someter a análisis de orina cada dos días y lo aislaron en el hotel Núñez, donde el doctor Miquel Masgrau lo controlaría las veinticuatro horas. Además, para evitar

tentaciones, le dieron otra nueva vuelta de tuerca y pasó a vivir en el domicilio y con la familia del segundo entrenador, Rafa Aguilar.

En el inicio de la temporada, los jugadores se descolgaron con unas peticiones económicas extraordinarias (diez millones de pesetas por cabeza en el caso de ganar el oro), pero se equivocaron de interlocutor, ya que intentaron negociar con la RFEN, cuando la llave de la caja la tenían el COE y el Consejo Superior de Deportes (CSD). Matutinovic amenazó con alinear a los juniors y los jugadores tuvieron que recular.

En lo extradeportivo, el régimen militar de Matutinovic, bautizado como «Míster Alloh» por los jugadores, porque era su forma de saludar cuando sorprendía a alguien en un renuncio, alcanzó su máxima expresión al decidir que, durante los Juegos, los waterpolistas no podían ni visitar a sus familias. Durante aquellos días, solo lo pudieron hacer en un par de ocasiones y a escondidas.

En cuanto empezó la competición, el equipo fue como un tiro. Rollán era un muro en la parte defensiva, y Estiarte no paraba de anotar tantos. Por lo demás, los automatismos funcionaron desde el principio. 12-6 frente a Holanda y 11-6 contra Grecia para empezar; el primer partido serio fue ante Hungría, a la que dejaron seca (8-5), después llegó un 9-9 frente a Italia y un 12-10 contra Cuba, donde despuntaba un joven Iván Pérez. De aquel modo, se aseguraron el primer puesto del grupo.

En semifinales, España solo permitió anotar cuatro goles a Estados Unidos (6-4). Por el otro lado del cuadro, Italia se deshizo (9-8) del Equipo Unificado, que fue la denominación que utilizó el COI para los equipos de las antiguas repúblicas de la Unión Soviética. La final soñada era ya una realidad. La víspera nadie pudo dormir: a las cuatro de la mañana, los jugadores aún estaban dándole vueltas en el comedor del apartamento de la Villa Olímpica, mientras a lo lejos escuchaban los gritos de «campeones, campeones» del equipo español de fútbol, que acababa de ganar el oro.

Llegaron a la final con el guion perfecto, pero sobreexcitados, empachados de adrenalina. Era el último día de aquellos maravillosos Juegos para España. Catorce mil personas en las gradas de las Picornell, el túnel de entrada temblaba por los saltos sobre el mecanotubo de la estructura y las pieles se erizaban ante el día que tenían que hacer historia.

Italia dominó la escena desde el túnel de vestuarios. Se tiró a la piscina y controló la situación. Ganaba 1-4 en el segundo cuarto. Aquello no era un partido, sino una guerra Matutinovic contra Rudic; tensión en la piletta y

golpes, muchos golpes. A treinta y cuatro segundos para el final, Miki Oca llevó el 7-7 al marcador y el partido a la prórroga.

En la primera, un penalti transformado por Estiarte puso el oro al alcance de la mano a cuarenta y dos segundos de la conclusión (8-7), hasta que llegó un error táctico que muchos no perdonan a Matutinovic. Ordenó *pressing* para alargar el ataque de los transalpinos, sus jugadores dudaron y el oficio de los italianos les permitió provocar una exclusión y forzar una segunda prórroga tras una conexión entre Campagna y Ferretti.

Muchos piensan que con cuarenta y dos segundos para el final, un 8-7 a favor y Jesús Rollán bajo los palos, el *pressing* fue el peor recurso. Cuenta Manel Estiarte en su libro *Todos mis hermanos* que al mejor portero del mundo, en juego posicional y en esa situación, los italianos no le hubieran marcado un gol ni por asomo:

Dos días antes de los Juegos, al término del entrenamiento, Matutinovic nos dio permiso para seguir un rato tirando al portero. Nos quedamos Toto, Chava y yo, tres de los mejores lanzadores del equipo, a tirarle pelotas a Jesús; tirar significa los tres a la vez, con una sola pelota; nos la vamos pasando y lanzamos. Sin reglas, sin acuerdos, lo que significa que podemos amenazar, amagar, hacer fintas las veces que queramos, podemos devolver la pelota a otro para que tire él o la devuelva a quien quiera. Te vamos a volver loco, no vas a parar ni una... No pudimos meterle ni un gol, yo al final lo quería matar, le arree un pelotazo en la cara, no había manera; y él encima se coñeaba de nosotros: «Que estáis acabados, niñas, que no tenéis...».

Gandolfi, a treinta y dos segundos de la tercera prórroga, porque en la segunda el marcador se mantuvo inalterado, puso el 9-8 tras un gol desde la boya. Y el tiempo pareció detenerse en la Picornell cuando Miki Oca recibe el balón... Siete, seis, cinco segundos... La bola describe una parábola, supera los brazos de Campagna y de Fiorillo; Francesco Attolico gira la cabeza hacia la izquierda, temiéndose lo peor. Por un segundo, la Picornell se pone en modo pausa... y todo acaba con un imperceptible chasquido en el travesaño y el balón fuera de la red.

Todo había finalizado y el ogro Matutinovic entró en el vestuario entre los gritos, los sollozos y algunas sillas destrozadas por sus jugadores: «No hemos perdido, hemos ganado una plata». Ese argumento recurrente divide el paso

del croata por el banquillo español. ¿Fue quien permitió a España entrar en la élite del waterpolo mundial para siempre o hizo que el equipo fuera siempre subcampeón?

La noche fue larga, muy larga, para el equipo, acompañado únicamente por su tristeza. Como existe la soledad del corredor de fondo, también existe la del perdedor, la de dar vueltas una y otra vez a situaciones vividas durante el partido y la imposibilidad de cambiarlas para que el resultado sea otro.

La final del Europeo de Atenas en 1991 y la del Mundial de Perth, también de ese mismo año, perdidas ante Yugoslavia, ahora la final olímpica y en casa, donde más duele, ante Italia. No obstante, el equipo de Matutinovic aún tendría otra oportunidad: el Europeo de 1993 que se disputaba en Sheffield.

Los métodos del croata llevaron al equipo a una mejora, pero también al límite de su resistencia mental. Sea como sea, los errores tácticos cometidos por el técnico eslavo, sobre todo aquel *pressing* en la última jugada de la final olímpica, le marcarían para siempre.

Aparecieron las primeras voces críticas, pero nadie tomó la decisión. Al final, el adiós de Matutinovic tuvo que ver con su mala cabeza y con una chiquillada. En uno de los juegos infantiles habituales entre Toto y Jesús, el portero se cayó y se rompió el escafoides. Fue baja para todo el torneo.

España, sin Rollán, por aquel entonces con veinticinco años y en su plenitud física, consagrado como el mejor portero mundial, quedó tercera, aunque era de nuevo la máxima favorita para el oro.

Los federativos, necesitados de una excusa para deshacerse del incómodo técnico croata, se encontraron con la solución sin querer. Matutinovic zarandeo a un árbitro en la grada de la piscina de Sheffield y fue suspendido por doce partidos. Ya no volvió a dirigir más al equipo español.

Sin embargo, nunca admitió su culpa ni consideró la necesidad de ceder ante los jugadores: «Yo no necesito tener buena relación con ellos, me conformo con que me amen esos diez segundos mientras se suben al podio y celebran un título. Yo también quiero la medalla, pero también que me respeten».

La Federación Española, presidida entonces por Rafael Blanco, acabó la etapa de Matutinovic y abrió otra con Joan Jané. Un cambio de estilo, de paradigma y con el que España ya fue el *Dream Team* mundial, con Jesús Rollán como principal estrella.

La elección de Jané fue muy consensuada con los jugadores. Se realizaron muchas consultas a los integrantes del equipo antes de decidir la contratación

de Jané y no se tuvo claro su perfil. De hecho, el primer contrato que firmó era anual y con unos parámetros económicos muy alejados de los que percibía Matutinovic.

Y es que el sufrimiento de aquellos años había unido al grupo. Jané, que fue uno de los olímpicos españoles más jóvenes (jugó con España en México 1968 con quince años), venía de otra época, tenía otra perspectiva; en el fondo, aquellos jugadores que a partir de entonces iba a dirigir estaban en el álbum de cromos que guardaba en la mesilla de noche.

Seguramente, los waterpolistas se liberaron de la presión y ejercieron más la autogestión. Aquel equipo, genuino y excepcional, que se apoyaba y mordía, dio el gran paso. Encajó el puzle de personalidades. De las diferencias iniciales, se pasó a la aceptación, a la admiración y a la necesidad de unir esfuerzos para llegar a lo más alto; por tal motivo, cuando cada uno tomó su camino, aparecieron las fragilidades personales.

## 10

# El milagro de las rodillas

La fuerza de una persona es capaz de determinar a todo un equipo.

Coincidió casualmente en el tiempo con la marcha de Matutinovic y la llegada de Joan Jané a la selección nacional. Finales de 1993 y los persistentes dolores en las rodillas de Jesús Rollán eran insoportables, un problema que arrastraba desde hacía tiempo.

Acostumbrado a antiinflamatorios y analgésicos cada vez más potentes y en más cantidad, Jesús nunca dejó de pensar que todo aquello lo arrastraba desde hacía una década, un recuerdo de aquella tarde en la que con quince años y en el patio del Liceo Sorolla había intentado batir el récord de salto de altura del colegio, 1,75 metros, y se había lesionado gravemente la rodilla.

El doctor de la selección, Albert Estiarte, ante los continuos problemas en sus rodillas, decidió hablar con Jesús y consultar el problema con algunos colegas médicos. Había que buscar una solución.

La extraordinaria capacidad atlética del portero, que aguantaba las mil y una fintas de los lanzadores a base del trabajo muscular con los cuádriceps y el impulso de las rodillas, le estaba pasando factura.

El tiempo se les echaba encima. A principios de septiembre de 1994 había otra fecha marcada en rojo en el calendario: el Mundial de Roma; la primera gran competición del nuevo entrenador, Joan Jané, y la presencia de Rollán era imprescindible para el crecimiento del equipo.

Así que el verano de 1993 empezó con una fractura en el escafoides que lastró su última competición a las órdenes de Matutinovic y acabó con la idea de que había llegado el momento de solventar el problema en las rodillas.

Por eso, Estiarte, «Berti Doc» para el mundo del waterpolo, se puso en contacto con Lluís Bestit, hermano de Carles Bestit y que hasta septiembre de

1993, cuando murió a causa de un cáncer, había sido jefe de los servicios médicos del F. C. Barcelona.

Lluís Bestit, exwaterpolista y vicepresidente de la Federación Española de Natación, fue quien puso en contacto a Berti Doc con Josep Borrell, uno de los mejores traumatólogos por aquel entonces y el encargado de llevar a cabo la intervención.

El problema de Jesús radicaba en las rótulas de las dos rodillas, que tenía desalineadas: eso le provocaba continuas sobrecargas. Como portero, y aunque no hubiera impacto en el agua, la extensión y flexión es fundamental; más en su caso, pues era capaz de sacar todo el cuerpo fuera del agua para cubrir el máximo espacio posible a los lanzadores.

Jesús Rollán necesitaba forzar mucho la zona; después de tantos años, la lesión derivó en una condropatía bilateral de las dos rótulas. A cuatro meses del Mundial, el diagnóstico estaba claro: intervención. No obstante, la solución era compleja.

Si se operaba, ¿llegaría al Mundial? La idea del doctor Borrell era operar una rodilla y posteriormente la otra, pero Jesús, en su empeño de recuperarse antes, pidió que le operasen las dos a la vez. El cirujano accedió. La operación se llevó a cabo en la clínica Sant Josep de Manresa, debido al vínculo existente con Albert Estiarte, pero antes necesitaba que Jesús perdiera algo de peso y ganara musculatura en los cuádriceps.

«La cirugía fue bilateral, algo que no suele hacerse, pero se calculó que muy pronto podría hacer ejercicios de agua; de hecho al cabo de 4-6 semanas, ya estaba trabajando dentro del agua. Esa era la ventaja. En un deportista normal, no habría sido posible, pero en su caso sí; primero porque era un gran atleta, y segundo porque el trabajo en agua de flexoextensión de la rodilla controlado se podía hacer», recuerda uno de los doctores presentes en la intervención.

La intervención fue agresiva, pero la recuperación resultó espectacular, teniendo en cuenta que el doctor Borrell serró la parte de abajo de las rótulas, que previamente y como si fuera un rompecabezas se habían desmontado.

El cirujano las alineó, las desplazó hacia dentro y reforzó la parte superior con la musculatura del cuádriceps, para que la rótula no tendiera a irse otra vez hacia fuera.

Anteriormente se había provocado una fractura a nivel de la tibia para que se consolidara en una posición determinada con unos tornillos. Al mes, Jesús ya estaba haciendo ejercicios en el agua, gracias a su extraordinaria naturaleza y al persistente trabajo de recuperación que se realizó; dos fisioterapeutas se

encargaban a diario y de nueve de la mañana a una de la tarde a forzar la rehabilitación.

Un mes y medio antes del Mundial de Roma, Jesús Rollán ya estaba en el agua; bajo los palos de la piscina del Foro Itálico en el estreno del nuevo seleccionador.

Al principio, el método de Jané desconcertó al grupo. Acostumbrados a las (malas) formas y a las sesiones de entrenamiento militar del croata, el equipo español pensó que nada sería igual, pero Joan Jané intentó jugar a ser Matutinovic en los inicios.

De hecho, eligió el mismo lugar (Andorra) y la misma piscina de entrenamientos; exigió sesiones de cuatro horas a sus hombres, hasta que fueron los mismos waterpolistas los que le hicieron entrar en razón y cambió un método que no iba con su carácter.

En el estreno en el Foro Itálico, Jesús Rollán jugó al cincuenta por ciento de sus posibilidades, un éxito teniendo en cuenta que lo habían operado cuatro meses antes. España debutó en un partido complicado ante Croacia (11-6), que prácticamente le dio el pase a la siguiente ronda, ya que los dos partidos siguientes los solventó con facilidad: 10-5 (Australia) y 26-2 (Nueva Zelanda).

En la siguiente fase, otro abultado triunfo frente a Holanda (16-7) los llevó a semifinales, pese a la derrota ante Estados Unidos en el último partido de la segunda fase de grupos (10-9). En las semifinales, Rusia cayó por 9-6 ante el equipo de Jané, que volvió a encontrarse con Italia en una final, esta vez del Mundial y con los papeles cambiados.

El *Settebello* no dio ni una opción y se impuso a España por 10-5. Era la segunda derrota consecutiva en una final ante los italianos. La primera y más dolorosa, en Barcelona 1992; la segunda, dos años más tarde. No obstante, fue la última de aquel equipo español formado por unos jugadores que eran pura transgresión y mostraban su genialidad en la piscina.

## 11

### Un ingeniero agrónomo en la portería

Él nunca culpaba al compañero. Él asumía que era culpa suya, y eso es poco valorado, el mérito es tremendo.

«¿*E*studios? Ingeniero agrónomo. Me costó, pero acabé la carrera hace poco. La he disfrutado, mucho». Fue una broma que muchos todavía hoy se creen y cuyo origen procede de un test al que se sometieron los deportistas españoles antes de unos Juegos Olímpicos.

Jesús no solo se inventó los datos sobre su formación académica, sino la totalidad de las respuestas del cuestionario: «¿Afición? Las carreras de caracoles. ¿Libro que más te ha gustado? *El libro gordo de Petete*».

Quince años después de su muerte, el caché de Google está repleto de informaciones que apuntan a estas respuestas, aunque Jesús Rollán, como buena parte de sus compañeros de aquella generación, apenas pasaron por las aulas en su periodo de juventud.

El problema venía de lejos. La formación académica de buena parte del equipo había sido deficiente y nunca habían asistido a clase. Los que habían estado becados en la Residencia Blume rara vez acudieron al instituto de Gràcia en el que estaban matriculados, ni después a la escuela de la Gran Vía. En el caso de los residentes, los clubes eran los tutores, pero solo interesaba su rendimiento dentro de la piscina, no lo que hicieran fuera de ella.

Y así una temporada tras otra. Jesús, con veintiocho años, había triunfado como jugador profesional, pero no tenía herramientas para el día que decidiera subir por última vez la escalerilla de la piscina. Ni él ni la mayoría del equipo. La falta de formación se unió al desorden personal que muchos de ellos arrastraban; por eso, Jesús, a pesar de su nulo expediente académico, decidió inventarse un título, seguramente lo que le hubiera gustado ser de mayor.

En realidad, con sus íntimos, Rollán fantaseaba con la posibilidad de retirarse algún día en una isla del Caribe donde se dedicaría a regentar un chiringuito y a ver pasar el tiempo. Tales pensamientos le vinieron a la cabeza mientras intentaba evadirse antes del primer gran compromiso en los Juegos de Atlanta 1996. Enfrente el equipo norteamericano y diez mil almas que gritaban sin desmayo: «¡U-S-A!», minutos antes del partido de cuartos de final.

Jesús fue el artífice de buena parte de los éxitos de aquella selección, especialmente en aquel verano en Estados Unidos. Por ejemplo, en el último cuarto de hora de la final olímpica de Atlanta 1996, de la que hablaremos más tarde, se puede resumir su carrera, se puede entender por qué es el mejor portero de la historia de este deporte; es el momento en el que dejó de ser un nombre para convertirse en la cara del waterpolo. ¿Qué porcentaje de éxito tiene un portero en un deporte de sala (de piscina en este caso)? ¿Cincuenta, sesenta, ochenta por ciento? En su caso, puede que más.

Los españoles llegaron a la cita estadounidense en buena disposición, pero sin la etiqueta de favoritos, con el recuerdo de la derrota sufrida en la final olímpica en Barcelona y en la del Mundial de Roma de 1994, las dos frente a los italianos.

En el Europeo del verano anterior en Viena (1995), una derrota ante Alemania dejó al equipo de Joan Jané fuera de las semifinales; pero en la competición de clubes, las cosas habían ido mejor: el C. N. Catalunya había conquistado por primera vez la Copa de Europa ante el Újpest TE húngaro, al que ganó en los dos partidos. El «Cata» también se llevó la Supercopa Europea al vencer al Vasas magiar. En aquel conjunto del barrio de Gràcia de Barcelona jugaban, entre otros, Jordi Payà, Jordi Neira, Toto García, Tato García, Sergi Pedrerol y, claro, Jesús Rollán.

Así que, seguramente, la selección española se tiró a la piscina de la Universidad de Georgia Tech con más dudas que certezas. Les sorprendió la grandiosidad de la instalación principal (catorce mil plazas), pero, en cualquier caso, la primera fase de la competición sirvió para corroborar que los jugadores no llegaban con la confianza plena. España quedó tercera de su grupo con victorias sobre Alemania (9-3), Holanda (8-7) y Rusia (8-6); y derrotas ante Hungría (8-7) y Yugoslavia (9-7), lo que los dejaba en una difícil situación antes de los cruces decisivos.

Y llegó el partido ante los estadounidenses, la primera de las tres clases magistrales que el equipo de Joan Jané ofreció en aquel verano. Los anfitriones solo habían perdido un partido en toda la competición (un 10-7 en

el estreno ante Italia) y se habían deshecho de rivales de entidad como Grecia o Croacia, pero ante España no tuvieron ni una opción.

En realidad, todo se resolvió en apenas un cuarto de hora: 5-1. Jesús recibió solo un gol antes de llegar al descanso. El resultado final (5-4) es engañoso, porque los de Jané se dedicaron a agotar posesiones y a esperar a que llegara el final del partido.

El camino aún se empedró más en la semifinal. Enfrente, el equipo húngaro, los inventores del waterpolo, los más laureados. Se habían paseado por la competición. Pleno de victorias por diferencias superiores siempre a los dos goles, pero era un equipo que se le daba bien a España y a Jesús Rollán. La estrella de los magiares, Tibor Benedek, que fue el máximo goleador de aquel torneo olímpico y luego gran amigo de Jesús, cuando coincidieron en el Pro Recco italiano, no quería ni ver en pintura al meta español, que lo superaba siempre en el uno contra uno; mentalmente, no podía resistir ver como el madrileño besaba el balón que detenía una y otra vez, mientras levantaba el dedo índice señalando al cielo.

España ganó por 7-6, pero fue perdiendo durante buena parte del partido; junto con Jesús, el jugador decisivo fue Chava Gómez. Marcó cinco de los siete goles, entre ellos el que empató el partido en el último cuarto, y evitó el empate de los húngaros en una fantástica acción defensiva. El efecto Rollán, la idea de los magiares de que la gesta era imposible y la aparición de dos invitados sorpresa acabaron por decantar el partido.

A tres minutos para el final, Iván Moro, debutante olímpico, puso a España por primera vez por delante en el partido con un lanzamiento desde diez metros. Sus veintidós años no supusieron ningún problema para coger la responsabilidad y anotar seguramente el gol más importante de su vida. Otro de los invitados fue Sergi Pedrerol, que en una acción de hombre de más marcó el 7-5 dibujando un tiro con un ángulo imposible para el meta centroeuropeo.

Después de un recital de paradas de Jesús, a cuarenta segundos del final, Hungría anotó el 7-6. España se encontró en la misma situación que cuatro años antes cuando pudo cerrar la final olímpica ante Italia. Apuró su ataque y dejó quince segundos para que Hungría forzara el empate: un tiempo en el que pasaron muchas cosas.

Chava Gómez se dio cuenta de que Estiarte, con mucho menos físico, se había quedado en un cambio defensivo con el gigante Benedek. El húngaro frente a Rollán, el magiar ante la gloria, hasta que apareció Chava y le quitó el balón para finiquitar el partido. Aquel día, Chava fue decisivo, como Jesús,

como Iván Moro o Sergi Pedrerol. España, contra todo pronóstico, se encontró con una nueva oportunidad de alcanzar el oro; esta vez el otro finalista no sería Italia, sino Croacia, que había vencido al *Settebello* en la semifinal.

La noche anterior de la final, dormir volvió a ser complicado en la Villa Olímpica. Los apartamentos de los deportistas estaban situados en la Universidad de Georgia Tech, a muy poca distancia de la piscina donde se iba a jugar la final. Jesús compartía espacio con Dani Ballart y Ángel Andreo. Las horas pasaban y los ojos seguían abiertos. Ni Ballart ni Andreo pudieron conciliar el sueño hasta que oyeron de Jesús: «Anda, id a descansar, que mañana vamos a ganar».

Y así fue, con Jesús mostrando al mundo del waterpolo quién era el nuevo rey. España perdía en el descanso (3-1), pero él estaba convencido del triunfo, una idea que trasladó a sus compañeros: «Echa el cierre a la portería y tira la llave», le decían, y él solo les pedía calma y confianza.

Nada más empezar el tercer cuarto, evitó el 4-1 en una gran intervención; en una acción en superioridad, Miki Oca puso el 3-2, un gol que le cambió la vida, aunque en aquel momento no lo supo. Aquel tanto le sirvió en el futuro como punto de anclaje para visualizar la imagen del éxito, la de su mejor momento como jugador, una idea a la que recurrió en sus peores días y que aún hoy le inspira. La icónica imagen de Miki Oca abriendo los brazos y animando a sus compañeros le salvó en los días en que su luz también estuvo muy cerca de apagarse.

A 4.30 minutos para el final del tercer cuarto, Manel Estiarte lanzó un latigazo con bote que se coló en la escuadra para el empate a tres. Rollán volvió a realizar una nueva parada de mérito, pero no evitó el 4-3, obra de Krekovic a tres minutos del final del periodo.

Un penalti que transformó Estiarte supuso el 4-4. Entonces Rollán volvió a aparecer, igual que Chiqui Sans, que con un fantástico reverso puso la primera ventaja para España a 1.24 para la conclusión del tercer cuarto. Bukic anotó el 5-5 y lo dejó todo abierto para la hora de la verdad.

En esos ocho minutos finales, Jesús Rollán había encontrado la llave para cerrar la puerta, se había cansado de besar el balón y de levantar el índice señalando el cielo. Toto García, en una acción en la que se adelantó a toda la defensa, capturó un rechace para el 6-5, pero aún quedaba mucho.

Jesús paró, se anticipó en la siguiente y Chiqui Sans firmó seguramente el mejor gol en una final olímpica. De espaldas a portería y con el defensor

pegado, realizó un reverso que supuso el 7-5. Aún quedaba mucho, casi cinco minutos.

En ese tiempo, Rollán realizó una nueva parada; el palo se alió con él en una ocasión; Pedrerol recuperó una nueva posesión; los croatas cometieron una falta en ataque. Entonces, a treinta segundos para el final, Jesús realizó la parada definitiva. Se quedó con el balón entre las manos y después las levantó hacia el cielo. Se abrazó con Toto García, su amigo del alma, y la alegría se desbordó.

Las estadísticas al término del partido determinaron con pocas dudas quién había sido el factor desequilibrante de aquel partido, quién decantó el fiel de la balanza: Jesús Rollán paró ocho de los trece disparos que realizaron los croatas (61,5 %), la mayoría de ellos en la segunda parte del partido.

Aquel oro olímpico transformó a Jesús. Ya era reconocido por la calle. Era famoso, era la cara del waterpolo. Dicen que eso fue el principio del final. Empezó a tomar decisiones equivocadas y su autoconfianza aumentó, tanto que le jugó una mala pasada.

En el entorno del equipo empezaron a ver «cosas raras», y sus compañeros observaron que cada vez se separaba más de ellos. Todas las alarmas saltaron cuando en una discusión con alguno de ellos repetía la misma respuesta: «Yo controlo». Intentaban hacerle ver que el camino que tomaba no era el correcto, pero no servía de nada.

Por aquel entonces fue cuando sus adicciones afloraron y actuaron como alivio ante tantas alucinaciones, voces perdidas en su cabeza y continuos brotes psicóticos, pero eso fue unos meses después. Lo primero iba a ser celebrar el oro olímpico, un éxito aplazado durante cuatro años y que se festejó por todo lo alto en Atlanta. Su primera mirada se fue hacia la grada.

## 12

### Una aventura «real»

Siempre debía estar enamorado de alguien o de una idea.

*D*esde la grada del Georgia Tech Aquatic Center, la infanta Cristina animó como una aficionada más, se mordió las uñas y no paró de corear «oé, oé» cuando los árbitros señalaron el final del partido. Estaba acompañada por el presidente del Comité Olímpico Internacional, Juan Antonio Samaranch, quien entregó las medallas de oro a los jugadores españoles, y por su tía, la infanta Pilar. El rey Juan Carlos I llamó por teléfono y le dio la enhorabuena a Estiarte. Cuatro años antes había vibrado y sufrido en la grada de la piscina Picornell y ahora veía desde la distancia que el sueño del equipo de waterpolo se había cumplido.

Pasadas las seis de la tarde empezó una fiesta que se prolongó hasta las diez de la mañana del día siguiente. Todos los campeones olímpicos, además de la infanta Cristina y la infanta Elena, acudieron al hotel Holiday Inn para celebrar una cena de gala. El momento más divertido fue cuando Rollán y Estiarte revelaron la promesa que se habían hecho antes de viajar a Atlanta si cumplían el sueño de ganar el oro. Ambos querían pasar una noche en la cárcel. Su plan era ir directamente a la comisaría y explicar a los guardias que querían dormir entre rejas; en caso de no salirse con la suya, se bajarían automáticamente los pantalones, a ver si de ese modo cometían algún delito que los condujera a su propósito. La disparatada idea causó rubor (y risas) entre la familia real.

Más tarde, embriagados por el oro, se desplazaron al barrio de Lenox, el más marchoso de la ciudad, donde a altas horas seguían bailando al grito de «campeones».

Otros deportistas olímpicos se pasaron por la cena y la fiesta del equipo de waterpolo, el más divertido de la delegación española. Entre ellos, Iñaki Urdangarin, quien conoció a la infanta por medio de Rollán, que tenía una

gran relación con el jugador de balonmano después de sus años juveniles y alocados en la Residencia Blume.

Desde el primer momento existió gran afinidad entre Rollán y Cristina, dado el magnetismo del portero y su poder de seducción. «Jesús te enamoraba», recuerda un compañero, quien compartió con él momentos en la selección, en el waterpolo nacional y en las noches barcelonesas.

Pese a su noviazgo con Montse, que se había iniciado cuando coincidieron en la Blume en 1986, ambos tuvieron una relación abierta. Hubo varios ejemplos, como la aventura del portero con una nadadora en el Mundial de Roma de 1994. Jesús fue tan apasionado que la fue a visitar a Florida, donde estudiaba. Incluso se intercambiaron cartas desde la distancia que la propia Montse encontró en uno de los armarios de la casa. Esa relación no prosperó, y Montse perdonó a Jesús; compartían casa en Vallirana, pero la convivencia se iba deteriorando.

Jesús vivía como en aquella época juvenil de la Blume, pese a que la casa se convirtió en un hogar y en un zoológico en el que nunca aburrirse. El primer huésped fue Graham, un perro gran danés. Jesús decidió ponerle ese nombre en honor a Graham Bell después de que el perro mordiese los cables telefónicos y se llevara una pequeña descarga eléctrica. Velvet era un bulldog, que hacía pareja con Bilma. Mientras que Einstein era un gato de angora que vivía la mar de tranquilo entre la casa y el jardín. Todos ellos estaban acompañados por un loro que entonaba el «hala Madrid» y por unos pájaros que no paraban de cantar en sus jaulas.

Los animales siempre estuvieron presentes en la vida de Jesús, como la pintura en la de Montse. La barcelonesa, alejada de la ciudad, pasaba muchos días en soledad con su caballete y las pinturas cuando Jesús iba a entrenar. Uno de sus mejores cuadros, del que guarda un recuerdo imborrable, es el que le dedicó al portero: un mono vestido de blanco con el número uno y con la palabra Jesús en la parte delantera de la camiseta; el animal alza los brazos con un plátano abierto en una mano y un trofeo en la otra. Un fondo azul y negro rayado, y Jesús subido en una tarima de madera. En la parte superior, una frase: «Para el mejor portero del mundo y el más bello del planeta». Y abajo, a la izquierda, su firma.

Jesús y Montse viajaban juntos durante las vacaciones de verano a lugares comunes de la familia como El Puente de Sanabria, donde el portero era un ídolo. Su abuelo Jesús no se perdía ninguno de sus partidos y contagió su entusiasmo a todos los vecinos, que hicieron vivir al portero momentos inolvidables, como el recibimiento que le dieron a la puerta de su casa cuando

regresó después de ser medallista olímpico. Incluso fue pregonero de las fiestas de Puebla de Sanabria, la capital de la comarca. Jesús era una persona muy querida y disfrutaba de sus aficiones junto al río Tera. Aunque donde Jesús había encontrado un refugio más cercano a Madrid era en Flores de Ávila.

Allí, en la granja de sus tíos Clarita y Adrián, el tiempo se detenía. Pasaba las horas ayudándoles en sus tareas; su conexión con Adrián era muy especial. Con su tío pasó muchas horas al raso mientras cazaban pájaros, jugaban a las cartas y se reían ante cualquier ocurrencia o compitiendo por cualquier excusa.

Si durante los veranos, siempre que sus respectivas competiciones se lo permitieran, Montse y Jesús pasaban mucho tiempo juntos, de octubre a mayo solían salir cada uno por su cuenta, con sus propios amigos.

Jesús nunca quiso estar solo; le daba cinco mil pesetas a Montse para que siempre volviera en taxi a casa. Una de sus últimas aventuras llegó tras el oro olímpico. Junto con Pedrerol, Toto y sus respectivas novias realizaron una ruta de doce días por la costa oeste de Estados Unidos: visitaron Las Vegas y Los Ángeles, e hicieron un inolvidable viaje en helicóptero por el cañón del Colorado. Fueron unos días tranquilos y divertidos, lejos de la tensión olímpica.

De vuelta a Barcelona, la amistad del portero con la infanta Cristina se alargó unos meses más. Cristina lucía una coleta y se escondía tras unas gafas para que no la reconocieran. Era una habitual de los partidos del C. N. Catalunya en el otoño de 1996. Eran épocas en la que el waterpolo tenía tirón en el club de Gràcia, con campeones olímpicos y europeos, por lo que la infanta se exponía a que la descubrieran. Ambos compartían momentos a solas y en grupo. El carácter gamberro de Jesús solía poner en apuros a la seguridad de la Casa Real. Una noche, por la Diagonal, el portero viajaba con Cristina en su coche; Jesús, para perder de vista a los escoltas, se saltó un par de semáforos en rojo, por lo que los guardas de seguridad de la infanta tuvieron que llamar a Cristina para que advirtiese a Jesús de que no volviera a hacerlo.

En otras ocasiones, Cristina llamaba a la casa de Jesús para hablar con él y fijar una cita; ante las preguntas de Montse, el portero respondía que era una periodista pesada que quería acceder a cierta información. Aquello fue el preludio del final de la relación con Montse, una chica con la que se imaginaba envejeciendo, una imagen que nació en Jesús de ver a sus abuelos cada vez que acudía a Zamora o Salamanca. Pero ese sueño se desvaneció.

En las noches que proseguían a los partidos solía ir al restaurante Fritz, junto al Otto Zutz, en la Via Augusta. Allí cenaban antes de ir a la discoteca, donde la infanta intentaba pasar lo más desapercibida posible. Una noche se presentaron Iñaki Urdangarin y Fernando Barbeito, quienes se unieron al grupo de manera imprevista. Aquella fue la primera de varias fiestas en las que Rollán y Urdangarin compartieron momentos con la infanta. Urdangarin, incluso, se aficionó a ver los partidos de waterpolo para estar en la grada con Cristina; él, según ciertos testigos, solía dar la nota al protestar constantemente las decisiones de los árbitros. Pero ambos perseguían objetivos distintos: Rollán solo quería divertirse. Seis meses después, Urdangarin y Cristina anunciaban su boda para el otoño de 1997.

Acabados sus encuentros con la infanta, Jesús empezó a verse con Beatriz Ferrer-Salat. «Necesitaba estar siempre enamorado de alguien o de una idea», resume uno de sus compañeros cuando habla de Jesús. Con la amazona, que posteriormente ganaría dos medallas olímpicas en Atenas 2004, los encuentros también duraron unos meses.

Ferrer-Salat conoció a Jesús en Barcelona 92. Esta barcelonesa, hija de Carlos Ferrer-Salat, presidente del Comité Olímpico Español e impulsor de las becas ADO, no logró clasificarse para esos Juegos tan especiales, pese al duro trabajo que realizó en Alemania, pero pudo acudir como espectadora a varios acontecimientos acompañando a su padre. Uno de ellos fue la final del waterpolo. Cuatro años después, en Atlanta, los equipos interactuaron más entre ellos, y el de waterpolo era un grupo excepcional, divertido y único. Beatriz vivió en el Georgia Tech Aquatic Center ese histórico oro.

Después de la noche de la celebración en el barrio de Lenox, Jesús acudió a ver la hípica al Georgia Internacional Horse Park y se encontró a Beatriz en la grada. Ambos conversaron y el portero le preguntó por qué no había ido a la fiesta el día anterior. Ya en Barcelona, Beatriz se topó con Jesús una noche en el Otto Zutz. El meta le pidió su número de teléfono. De febrero a abril vivieron una intensa relación, pero de la noche a la mañana y de manera imprevista se rompió.

Pasada la resaca pos-Atlanta, la vida de Jesús cambiaría en un vuelo rumbo a Bilbao; era el mes de julio de 1997 y viajó hasta el País Vasco para disputar el tradicional Torneo de Portugalete. Desde 1990, la competición empezó a congregarse a diferentes selecciones gracias al empeño del alcalde de Durango y, posteriormente, director de Deporte y Juventud de la Diputación de Vizcaya Juan José Ziarrusta. La de waterpolo fue la única selección

española que jugó en Euskadi en aquel periodo histórico tan marcado por los atentados de ETA.

En el vuelo, los jugadores conocieron a un grupo de cuatro chicas que estaban sentadas unos asientos más atrás. Empezaron las bromas. Los veteranos enviaron a Gabi Hernández, uno de los más jóvenes, a entablar conversación. Una de esas chicas respondía al nombre de Leticia, pero esa noche bilbaína ella no salió a divertirse con el equipo de waterpolo. «Vosotras no sabéis quiénes somos», comentó Jesús.

Meses después, en otoño, su empresa envió a Leticia a vivir a Barcelona. Pocas semanas más tarde, el destino volvió a cruzar su camino con el de aquellos jugadores de waterpolo.

## 13

### Hostal Rollán Manzanares

Necesitaba sentirse querido y por eso ayudaba a todo el mundo.

*L*eticia Ortega Elorriaga era una chica vasca, «divertida y explosiva», que procedía de una familia con posibilidades venida a menos en lo económico. Su abuelo paterno era el dueño de Radio Ortega, una empresa de electrodomésticos de la zona norte con tiendas en numerosas provincias. Su abuelo materno fue Dionisio Elorriaga, propietario también de una empresa de motores que sufrió una crisis económica y tuvo que pagarles a sus empleados con su patrimonio.

Era la mayor de cuatro hermanas, como Jesús; una coincidencia que divertía a ambos y que dio pie a constantes bromas con lo que les había deparado el destino.

En julio de 1997, en un vuelo Barcelona-Bilbao se produjo el primer encuentro entre ellos, pero el flechazo vendría después, en septiembre.

Leticia trabajaba para London Metal Exchange, una empresa de materia prima que operaba en bolsa. La trasladaron a Barcelona. Primero vivió en la Diagonal y luego en Sant Cugat. Un fin de semana la visitaron unas amigas y decidieron salir por la noche al Otto Zutz. Ahí se encontraron de nuevo con aquellos waterpolistas, «ligones y divertidos», pero ahora Leticia estaba sin novio. Habló con Jesús, se intercambiaron los números de teléfono y quedaron para el día siguiente. A las pocas semanas, ambos emprendieron una nueva vida en Vallirana, una «revolución de pasión» de dos personas intensas.

Otra casualidad del destino hizo que una noche en el Otto Zutz, Jesús y Leti se encontraran con Montse y su novio, Massimo, un italiano que había sido portero de discoteca y que ahora trabajaba importando acero a países sudamericanos. Jesús intentó volver a quedar con Montse después de ese encuentro casual, pero enseguida vio que ese capítulo estaba ya cerrado.

La casa de Jesús y Leti se convirtió en el *hostal Rollán Manzanares*, parodiando a aquel *Hostal Royal Manzanares*, la famosa serie de comedia de televisión protagonizada por Lina Morgan y estrenada en 1996. Por esa casa pasaron muchos compañeros, como Chava Gómez, que residió cinco meses tras su divorcio. La casa fue un lugar de encuentro y de fiesta. En la parte trasera había un patio con una barbacoa, una mesa de madera y unas sillas, que permanecían semanas llenas de restos de comida y bebida, porque la nueva pareja no es que llevara demasiado bien el tema de la limpieza.

Todos sus compañeros destacan la generosidad y el buen corazón de Jesús, una cualidad que le acompañó hasta su último día. No tenía un no para nadie, y el dinero le salía como le entraba. Jordi Sans recordaba cómo después de un entrenamiento se le estropeó el coche y Jesús le prestó el suyo. «Ya voy yo en transporte público», le dijo el meta.

Hubo un día en que la generosidad de Jesús traspasó su círculo más íntimo y sensibilizó a toda España. A las puertas de la Navidad de 1996, Jesús fue la estrella del telemaratón solidario de Antena 3, que reunió a varios deportistas que habían obtenido medallas olímpicas en Atlanta. Allí se congregaron Demetrio Lozano (balonmano), Yolanda Soler, Ernesto Pérez Lobo e Isabel Fernández (judo), Nacho Cobos (hockey), Begoña Via-Dufresne, José Luis Ballester y Fernando León (vela) y los waterpolistas Chava Gómez, Ángel Andreo, Chema Abarca, Sergi Pedrerol, Jordi Payà, Miki Oca, Dani Ballart, Iván Moro y, cómo no, Jesús Rollán.

Cada uno de ellos llevó un objeto para vender por treinta mil pesetas (ciento ochenta euros): el chándal del equipo de balonmano, un *stick* firmado, un traje de neopreno o el albornoz del equipo de waterpolo. También donaron objetos Severiano Ballesteros y Martín López Zubero: dos camisetas firmadas valoradas en cincuenta mil pesetas (trescientos euros).

En ese momento, y después de los aplausos del público, el presentador, Carlos García Hirschfeld, preguntó:

—¿Alguno de vosotros trae algo más?

Jesús, vestido con una americana negra, dio un paso adelante y sacó una pequeña caja azul.

—Quería colaborar con la causa con la medalla de oro original.

El plató quedó asombrado, como todos los presentes y los telespectadores en sus casas. Era el primer deportista que decidía, apenas cinco meses después de conseguirla, donar su medalla olímpica por una causa solidaria.

—No sé lo que vale, pero no tiene precio. Llegar hasta ahí es lo más a lo que puede llegar un deportista. Esto es muy importante y espero que llame

mucha gente; ha sido lo más importante en nuestra carrera deportiva —dijo un Jesús visiblemente emocionado.

Los presentadores valoraron la medalla en un millón de pesetas (seis mil euros), pero finalmente, ante el entusiasmo del equipo de waterpolo, se dobló el precio a dos millones (doce mil euros). Era de oro macizo. Minutos después, Constantino Romero llamó de nuevo al guardameta. Jesús se tuvo que despedir de la medalla. Se vendió a un aficionado que residía en Zaragoza y que posee el mejor recuerdo en la vida del meta español.

Antes de esa tarde en Madrid, como había prometido, visitó la Residencia Blume para enseñarle la medalla a Geno y a María, las mujeres de la limpieza; era por lo que había peleado en aquellos años de intenso trabajo y de juvenil diversión una década antes. La generosidad de Jesús no tenía límites.

Cuando viajaba a las competiciones, compraba compulsivamente recuerdos en las tiendas de los aeropuertos para regalar a sus familiares y amigos. Incluso en una ocasión adquirió un reloj de cuco tan grande que no se lo dejaron pasar por la aduana, por lo que decidió romperlo. No había aeropuerto en el que no comprara alguna cosa. Como hizo después de aquel oro en el Mundial de Perth (Australia) de 1998.

—Ya dije quince días antes de venir a Perth que íbamos a ganar todos los partidos. Parece mentira que en España a los pocos campeones que hay se los machaque a las primeras de cambio. Indurain ganó cinco Tours, y se le machaca porque no logró el sexto; y nosotros lo hemos ganado todo y se nos ha echado en cara que éramos unos viejos y que estábamos acabados. No me gusta hablar así, pero está claro que más de uno tiene mucho que aprender de esta medalla. Tiene que aprender que la edad se demuestra en el agua.

Jesús Rollán respondió así, aún remojado y con el oro al cuello, a las críticas que había sufrido la selección tras el Europeo de Sevilla de 1997, en el que finalizó en la quinta posición.

Apenas cinco meses después, ese Mundial de Perth significaba una oportunidad para los chicos de Joan Jané. España había visto como en los últimos años el crecimiento de selecciones como Hungría o Yugoslavia ponían en peligro su supremacía. Una amenaza que se hizo más real con la evolución del propio equipo español. Algunos pilares entraban en esa edad en la que los torneos de dos semanas se hacían cuesta arriba. Estiarte contaba ya con treinta y siete años, y Jordi Sans tenía treinta y dos. La generación de Rollán se acercaba a la treintena con mucho desgaste a sus espaldas, tanto en lo deportivo como en lo personal.

Sin embargo, el puzzle español se completó una vez más. España firmó un Mundial perfecto en Perth. Se celebró en el mes de enero a temperaturas altísimas. Los jugadores habían decidido, en una de sus extravagancias, pintarse la cara con rayas negras o rosas como los jugadores de fútbol americano que veían por la televisión. Fueron desafiantes y rebeldes, como siempre, pero más en Perth tras aquellas duras críticas. Se quitaron de encima a Brasil (9-3), Sudáfrica (13-3) y Grecia (7-6). En la siguiente fase hicieron lo propio con Australia (5-4), Eslovaquia (15-8) y Estados Unidos (5-4). Yugoslavia fue el rival en las semifinales, donde España demostró ser más fiable gracias a una extraordinaria defensa liderada por Jesús (5-3). En la final, Hungría también se estrelló ante la que sería su bestia negra en los años noventa: un 6-4 para colgarse el primer oro mundial para un equipo que seguía abanderando el deporte español.

En aquel campeonato, España pudo contar al final con un jugador diferencial. «El waterpolo es un deporte de boyas y de porteros», subraya Gabi Hernández, quien tres días antes de viajar a Australia decidió abandonar la selección por desacuerdos con Jané. Ese jugador del que todos hablaban, que se convirtió en otro de los rostros reconocibles durante quince años, era Iván Pérez. De hecho, con Rollán y Pérez en plenitud, España consiguió ganar los Mundiales de 1998 y 2001, por lo que el valor diferencial del boya, temido en todas las latitudes, quedó demostrado.

Hijo de waterpolista y judoca (su padre, Ernesto, participó en tres Juegos y fue un destacado atleta en los momentos más brillantes del deporte cubano bajo el amparo económico de la URSS), Iván Pérez ingresó en el equipo nacional muy joven. En Barcelona 92, cuando tenía veintiún años, ya compitió con Cuba; allí conoció a los jugadores españoles. «Nos vendía puros», recuerdan. Una oferta del Poblenou de Barcelona fue el clic que necesitaba Pérez para dejar Cuba y venirse a España. Después de un duro proceso de nacionalización, el boya ya estaba en condiciones de unirse a la selección dominante. Jesús, anfitrión de los recién llegados, fue quien más se preocupó de su integración y de que fuera una pieza importante cuanto antes.

Sin embargo, la vida de Jesús lejos de la piscina empezó a emitir señales preocupantes. Una de ellas ocurrió en la fiesta de su trigésimo aniversario, cuando sus hermanos José Manuel y Nacho lo visitaron para celebrar tan gran acontecimiento. Se alojaron con unas amigas de Leticia en el hostel Rollán Manzanares. La fiesta, celebrada en la discoteca Up and Down, se prolongó hasta altas horas de la madrugada. Los hermanos de Jesús decidieron finalmente volver a Vallirana, pero entonces se percataron de que había en

Jesús una efusividad diferente; en aquel momento la achacaron a la fiesta por el aniversario, pero poco después empezaron a advertir el problema real.

Después de Atlanta y de que los jugadores de waterpolo se convirtieran en reclamos para relaciones públicas que los introdujeron en ciertas fiestas, desfiles de moda y otros mundos subterráneos, Jesús empezó a consumir sustancias con más frecuencia. «Cada noche que salías, la puerta estaba abierta», resume un jugador. Y fue una puerta que cruzaron tan habitualmente que acabó por formar parte de su rutina. A Jesús se le juntaron otros problemas. Ya no era extraño que, de vez en cuando, sufriera alucinaciones con las medallas de oro olímpica y mundial colgadas del cuello.

## 14

# Oro y benzoilecgonina

Éramos genuinos, excepcionales y transgresores.

Campeones olímpicos y del mundo, la selección de waterpolo seguía insaciable. Desmotivada en los Europeos, veranos en los que el equipo no se mentalizaba tanto, como el de Florencia en 1999 cuando acabó sexta, los Juegos de Sídney iban a ser especiales por varios motivos. Manel Estiarte, a sus cuarenta años, había anunciado que aquella sería su última competición. También Jordi Sans, otro de los veteranos, quedaría excluido del relevo generacional posterior, y aunque no lo sabía en ese momento Toto García se vería obligado a despedirse por sus problemas de adicción.

Pero el viaje a Sídney no solo estuvo marcado por esas despedidas. También por una ausencia. Y no fue la de un cualquiera. Iván Pérez, clave en el oro de Perth 1998, quedaba excluido de los Juegos por el veto impuesto por el Gobierno cubano. Las autoridades españolas estaban en conversaciones con Cuba para conseguir que la atleta Niurka Montalvo pudiera acudir a Sídney. Para ello, el país caribeño debía levantar el veto. Pero la reacción cubana fue peor. No solo la saltadora se quedó sin viajar, también le ocurrió lo mismo al boya.

Una llamada del ministro de Deportes cubano, Umberto Rodríguez, a Juan Antonio Gómez Angulo, presidente del Consejo Superior de Deportes, confirmó la noticia. Los países podían ampararse en un punto de la carta olímpica para prohibir la participación de los deportistas si no habían residido oficialmente al menos tres años en su nuevo país. Y Cuba no estaba dispuesta a ceder ante los que consideraba desertores. Quería aplicar la norma a rajatabla. «Hemos hecho cuantas gestiones han estado a nuestro alcance dentro del ámbito deportivo para que esta negativa pudiese ser revisada. No ha sido posible y solo cabe ya apelar a un gesto magnánimo, generoso, de Cuba, porque no hay amparo legal», dijo Gómez Angulo.

El presidente del COI, Juan Antonio Samaranch, especificó que la única solución era que el rey Juan Carlos I llamara personalmente a Fidel Castro para pedir ese «gesto magnánimo», pero finalmente no se dio ese paso ni se agotaron las medidas legales. El piragüista cubano Ángel Pérez se nacionalizó estadounidense y pudo acudir a los Juegos después de recurrir al Tribunal de Arbitraje Deportivo (TAS) y que el fallo fuera a su favor. «Tras esta noticia, tengo la sensación de que alguien podía haber hecho algo más. A lo mejor los estamentos ignoraban que existía el tribunal. No lo sé. Habría que investigar a fondo para ver hasta dónde llegó el Comité Olímpico Español. A mí me han jodido, aunque me alegro de que Ángel Pérez pueda competir en Sídney. ¿Será porque es norteamericano?», dijo el waterpolista.

Sin Iván Pérez, España viajaba a Sídney a repetir su oro olímpico obtenido cuatro años antes en la mágica Atlanta. Nada más llegar a Australia sorprendieron a Jesús con un control *antidoping* a la conclusión de un entrenamiento. El portero entró en pánico cuando lo avisó el doctor Albert Estiarte, consciente de que unos días antes había consumido cocaína. Todos los controles por aquel entonces eran de orina, y para intentar enmascarar la benzoilecgonina, el principal metabolito de la cocaína, Jesús empezó a beber agua..., hasta seis litros en apenas unos minutos. El resultado del test fue nulo.

Uno de los miembros de la Comisión Médica del Comité Olímpico Internacional era Jordi Segura, un químico barcelonés que había sido desde 1985 el jefe del Laboratorio Antidopaje de Cataluña, ubicado junto al hospital del Mar. Los métodos para detectar el dopaje en los años noventa estaban a años luz de los actuales, no tanto en los protocolos como en la capacidad de descubrir las sustancias prohibidas.

«La sensibilidad de los aparatos es ahora cien veces superior», explica Segura, que sigue inmerso en distintas comisiones, entre ellas la de la Federación Internacional de Natación (FINA). El antidopaje siempre va un paso por detrás de los burladores del sistema. «Pero ahora lo tienen más difícil», apunta.

El Comité Olímpico Internacional impulsó en 1968 esta comisión, que se encargaba de controlar a los deportistas y velar por el juego limpio. Para ello, se sustentaba en un código médico de sesenta y cuatro páginas redactado en francés y en inglés, los idiomas oficiales del COI; allí se especificaban las sustancias prohibidas. No existía la WADA (Agencia Mundial Antidopaje), ni la USADA (Agencia Estadounidense Antidopaje). Todo era embrionario, y en el código ético se establecían las sanciones y las medidas que tomar si un

deportista daba positivo en los Juegos Olímpicos. Era automáticamente descalificado, desposeído de sus méritos y, en caso de pertenecer a un equipo, este también podría ser eliminado.

Por eso, a Toto García, a las puertas de los Juegos de Barcelona 1992, entró en pánico y confesó que consumía cocaína. Las sanciones por un positivo podían llegar a los dos años, incluso a los cuatro si había reiteración. Entre 1968 y 1998, cincuenta y tres atletas habían dado positivo en los Juegos Olímpicos de Invierno o Verano.

Sin embargo, fuera de esas tres semanas olímpicas, las federaciones internacionales y nacionales se encargaban de realizar los test y de comunicar al COI cualquier infracción. En el artículo V del capítulo I se especifica que «aquellas federaciones internacionales o nacionales que incorporan este código médico deberán aplicarlo a todas aquellas personas bajo su jurisdicción». Mientras que en el artículo IV del capítulo se añade que «cada cuerpo responsable deberá comunicar los resultados positivos que se registren».

En el apartado A de las sustancias prohibidas aparece la cocaína, que es punible durante la competición. El componente metabólico permanece entre dos y tres días en el organismo; es entonces cuando se puede detectar en un control. Por eso mismo, Jesús, Toto y aquellos jugadores que consumían con más frecuencia, y que empezaron su consumo para poder ingerir más alcohol por las noches, acostumbraban a hacerlo después de haber jugado los partidos de liga. Si competían los sábados, podían consumir hasta el miércoles para no correr riesgos en la siguiente jornada en caso de que hubiera algún control antidopaje ordenado por la Federación Española de Natación, que, en aquel momento y según los jugadores, eran escasos, y se ceñían principalmente a las fases de *playoffs* por el título y a la Copa del Rey.

Los controles se analizaban en el laboratorio de Madrid, adscrito al Consejo Superior de Deportes (CSD), y que estaba dirigido por la química Cecilia Rodríguez Bueno, que ocupaba el cargo desde su creación, en 1969, y por su marido, Francisco Rodríguez. Ambos estuvieron al frente hasta 2004, cuando empezaron los escándalos de dopaje derivados de la Operación Puerto. Este laboratorio analizaba todas las muestras que se realizaban en España y contaba con la exclusividad. El de Barcelona no tenía acceso a ellas, por eso mismo se vio obligado a internacionalizarse; actualmente, es una de las referencias mundiales.

En aquella época tampoco existía un control informático de las muestras y no quedaban registradas en un programa único. Todo se almacenaba en una

memoria escrita a mano. El Comité Médico del COI realizaba controles periódicos y por sorpresa de forma anual. En 1992 fueron positivos el 0,8 % de los controles que se realizaron, la cifra más baja hasta aquel entonces. La Agencia Estatal Antidopaje (AEPSAD) no se creó en España oficialmente hasta 2008, por lo que eran las federaciones las que encargaban los controles de la mano del Consejo Superior de Deportes.

Lo importante era la lucha contra el dopaje, pero no hacer frente a las adicciones o a los problemas psicológicos que se pudieran derivar de ellas. El consumo de cocaína entre algunos miembros de la selección era algo conocido. «Una vez les hicieron unos análisis y encontraron muchas cosas», cuenta un miembro del *staff* en los años dorados del waterpolo español. «Simplemente, hablaron con ellos», añade. Pero el equipo seguía ganando, síntoma de que todo estaba bajo control.

Como en esos Juegos de Sídney en los que España empezó dubitativa, con victorias por solo un gol ante Kazajistán (8-7) y Eslovaquia (7-6), derrotas ante Rusia (8-5) e Italia (6-5) y un empate ante Australia (7-7). Los cuartos de final fueron ante Croacia, que buscaba revancha de Atlanta 1996. Pero España marcó la raya nuevamente: 8-7. Se habían plantado en la lucha por las medallas por terceros Juegos Olímpicos consecutivos.

La selección se las tuvo que ver de nuevo con Rusia, que había sido superior en la fase de grupos. Pero el equipo de Estiarte y Rollán, un conjunto maduro y experto, sabía que la hora de la verdad llegaba ahora. El partido resultó equilibrado. España solo logró ir por delante con el tanto inicial, pero nunca se despegó del marcador y forzó la prórroga. Después de la maratónica final de Barcelona 92, en la que Italia necesitó tres tiempos extra para arrebatarse el título, se había instaurado el gol de oro como solución a las eternas prórrogas. De nuevo, el equipo de Joan Jané fue contracultural.

Hasta diez minutos necesitó Rusia para marcar ese gol. Los árbitros habían expulsado a Jané y a su ayudante Antonio Aparicio, mientras que Rollán se multiplicó en la portería, y Estiarte, que no logró anotar, estrelló un balón en el poste. No hubo milagro. España lo tuvo en su mano, pero había mucha igualdad en la piscina. Con Iván Pérez, nadie duda de que la final hubiera sido una realidad. Los Juegos se acabaron ahí. Exhaustos, no hubo fuerzas para pelear por el bronce, que recayó en manos de Yugoslavia (8-3).

Sídney podía suponer el punto final de la generación de oro del waterpolo. Ya sin Sans, Toto García o Estiarte, el equipo quedaba muy mermado para el Mundial de Fukuoka, que tendría lugar en el verano de 2001. Jesús Rollán se quedó como el gran estandarte del equipo, con un Iván Pérez que pudo

competir, otros miembros de la vieja guardia como Dani Ballart o Sergi Pedrerol, y jóvenes valores como Guillermo Molina, de apenas diecisiete años, que era el benjamín del grupo.

Meses antes de aquella cita, Jesús había decidido que se despedía del C. N. Catalunya y que pondría rumbo a Italia después del Mundial. Sin embargo, antes quería repetir título. Para aclimatarse a las condiciones húmedas y al horario japonés, Joan Jané ideó una concentración de algo más de dos semanas en un centro de alto rendimiento en una zona montañosa de Japón, un lugar tan inhóspito que nadie recuerda su nombre; allí, además, era imposible entretenerse con otras aficiones que no fueran el waterpolo.

Aquella decisión resultó determinante en el caso de Jesús, que pudo estar cien por cien concentrado en aquella competición, sin ningún tipo de distracción. Rollán firmó un campeonato sublime; según sus compañeros, es el mejor que le recuerdan: marcó la diferencia más que nunca. Primero, porque durante esa estancia tuvo que defender unas porterías más grandes de lo habitual, por lo que se acostumbró a otras medidas, a esforzarse aún más para no recibir goles. Siempre se crecía en la adversidad. Y, segundo, porque en esos días de preparación con sus compañeros la adicción de Jesús se limitaba a cazar insectos adentrándose de noche en la maleza.

Por un mes, entre la preparación y la competición, Jesús regresó a esa infancia en la calle Anita Vindel en la que el deporte era el único entretenimiento. En plena oscuridad, Jesús saltaba por la ventana y se adentraba en el bosque, en una charca en la que había hasta sapos. Regresaba con múltiples insectos que dejaba en la bañera con los mismos métodos que aprendió de niño. Los disecaba en alcohol y los pinchaba con un alfiler en un lienzo, y consiguió una colección muy completa y exótica.

«Recuerdo contar veintitrés ranas en la bañera, una araña amarilla, otra azul y otra negra. Las cubría con un vaso —explica un compañero—. Un día, una de las arañas no estaba. Yo le dije que ahí no dormía», rememora su cómplice de habitación. Incluso, Jesús cazó y mató un escarabajo que estaba en peligro de extinción, una especie protegida, lo que estuvo a punto de generar un conflicto diplomático. Le ofrecieron mucho dinero, pero prefirió quedárselo de recuerdo. Un auténtico zoológico de insectos que posteriormente le jugaría una mala pasada en el vuelo de regreso. Jesús no quiso facturarlos y los llevó en los pies del asiento. El cuadro se desplazó, se rompió y con los cristales hirió a un pasajero: «Se montó una gorda».

Perdió parte de su botín animal, pero no el oro mundial. España ganó sus tres partidos de grupo ante Croacia (6-4), Australia (8-1) y Japón (12-1). En la

siguiente fase, despellejó a Estados Unidos por 10-4, Holanda (10-5) y Rusia (9-8). Y, posteriormente, completó dos encuentros históricos. En las semifinales se impuso por 4-2 a Italia. Esa bestia negra que ya se había quedado a años luz del maravilloso equipo español. De nuevo 4-2 ante Yugoslavia en la final. Rollán selló la portería en la mayor exhibición que se le recuerda, ya con treinta y tres años, y Gabi Hernández anotó tres goles.

De vuelta, ya en Barcelona, Jesús seguía en la cúspide de su carrera pese a sus siete operaciones, sus adicciones y esos repentinos brotes psicóticos. Y no veía final a su éxito deportivo: «Tenemos la misma ilusión del equipo del 91. Hay gente nueva que ha demostrado ser tan buena como los que ya no están. Basta ya de hablar del pasado. Los que estamos merecemos respeto. He demostrado que tengo otra década», dijo el guardameta en una reivindicación que levantó algunas ampollas en los jugadores ya retirados.

Excitado por la victoria, iba a emprender junto a Leticia otro reto mayúsculo; mantenían una relación volcánica y apasionada, pero iban de la mano. Tomaron un vuelo con destino a Génova para jugar en el Pro Recco; los acompañó una tercera persona que conviviría en su casa por poco tiempo, su amigo Víctor Barriga. Los esperaba la Italia de Estiarte.

## 15

### Los extracomunitari

El mundo se basa en la traición.

**D**e 1985 a 1999, con el paréntesis de los meses que precedían a los Juegos de Barcelona, Manel Estiarte fue considerado el Maradona de la liga italiana, la mejor del mundo. El jugador de Manresa, capitán de la selección, fue un pionero en cruzar el Mediterráneo. También le ayudó la normativa aprobada por la Federación Española de Natación en 1988 en la que prohibía expresamente salir a jugar al extranjero a waterpolistas nacidos a partir de 1962.

Estiarte había nacido en 1961 y ya hacía algunos años que estaba en Italia. «Solo se produjo un caso y no creo que se dé ninguno más. La medida es disuasoria, no creo que perjudiquemos a nadie», comentó Alfredo Flórez, presidente por aquel entonces de la RFEN.

La medida impidió que jugadores como Jesús Rollán o Toto García, por aquel entonces de diecinueve años, pudieran dar el salto a un país como Italia, en el que los salarios eran mucho más elevados, así como era mayor la repercusión internacional. En el Europeo de Estrasburgo de 1987, varias entidades italianas se interesaron por ellos, pero la política de la Federación Española y el proteccionismo con vistas a los Juegos de Barcelona imposibilitaron que el interés prosperara.

Estiarte, por lo tanto, fue el único jugador español conocido en Italia hasta la llegada de Rollán. El excapitán era una institución en un país que le vio levantar en siete ocasiones el galardón de mejor jugador del mundo y que representó a esa España dominante y victoriosa que doblegó a la mejor Italia después del Mundial de Roma de 1994. Estiarte, persona popular y premio Príncipe de Asturias en 2001, era requerido en todos los rincones. Suya fue la apuesta para el Pescara de un jovencísimo Guillermo Molina, de apenas

diecisiete años y el *baby* de la selección que ganó el oro en Fukuoka, que jugó esa misma temporada y que posteriormente seguiría las huellas de su mentor.

Pero con Jesús hubo un malentendido que deterioró su relación y le acompañó hasta su muerte. Cuando el Recco fichó al meta español, Massimiliano Ferretti, quien fuera compañero de Estiarte en Savona, le pidió informes. La opinión de Estiarte enfadó a Jesús cuando su compañero italiano se la explicó meses después en un ambiente de confianza. Jesús, a sus treinta y tres años, ya no era el mismo de años anteriores pese al éxito de Fukuoka, castigado por unas lesiones que le habían empezado a martirizar desde 1994, como él mismo reconocía, así como por un ritmo de vida insano; no obstante, aún tenía cuerda, como demostró en sus dos años en Italia, en los que ayudó a la conquista de la Euroliga. Una conversación privada, la de Estiarte y Ferretti, que trascendió y que enfrió la relación fraguada en el agua, en los abrazos y en las lágrimas, entre sin duda los dos mejores jugadores de una selección histórica.

Veinticinco kilómetros al sur de Génova, en el bravo Mediterráneo, se ubica la ciudad de Recco. Un enclave costero de apenas diez mil habitantes en la región de la Liguria, donde el waterpolo (*pallanuoto*) es una religión. Con dos Copas de Europa en el pasado, en las cercanías del siglo XXI el Pro Recco sufre una mutación. Se convierte en una amalgama de estrellas justo antes de que la entidad pase a manos del magnate del petróleo Gabriele Volpi, un italiano que amasó su fortuna con la explotación de la costa de Nigeria y Angola. Antes de que el Recco diera ese salto definitivo en Europa, Jesús conquistó la Euroliga y ayudó a plantar la semilla. El impulso se lo habían dado un grupo de empresarios genoveses que fueron al rescate de la entidad: Fabrizio Parodi, Mario Giacomazzi, Filippo Gallo, Luigi Maniglio y Vittorio Figari.

Jesús se dejó tentar fácilmente. La idea de cambiar de aires ya le rondaba por la cabeza desde hacía años, y encontró en Recco el espacio idóneo. El club genovés era ganador, lo que le permitiría mantener el nivel competitivo. La ciudad lo tenía todo para vivir en un entorno idílico y estar tranquilo, al tener una casa como la de Vallirana. Y el sueldo también estaba acorde al nivel de vida que llevaban el portero y Leticia.

Todo se gestó entre Siracusa y Budapest ese mismo verano, y antes del Mundial de Fukuoka. En un torneo preparatorio para el Europeo de junio, Jesús conoció a Alberto Angelini, jugador de Pro Recco y de la selección italiana, quien le habló maravillas de la ciudad de Liguria y del equipo que aspiraba a ganarlo todo y que quería contar con el que en ese 2001 fue

considerado el mejor waterpolista europeo, primera vez que ese galardón recayó sobre un portero en la historia.

Unas semanas después, en el Ensana Termal Hotel de la Isla Margarita de Budapest, y un día antes de la disputa de las semifinales entre Italia y Hungría, Angelini recibió una llamada de Jesús. El portero, que se alojaba en el mismo hotel y ya estaba apeado de las medallas, le pidió a su nuevo amigo que le hiciera de traductor y agente en su negociación con los directivos de Recco, que se produjo esa misma tarde.

Los dirigentes del club italiano se reunieron en una sala con Jesús y Angelini. Hubo algún impedimento, momentos de tensión que Jesús siempre resolvió con su buen humor. Las diferencias económicas eran serias. Cuando la negociación estaba abocada al fracaso, Jesús sacó su confianza habitual, la seguridad en la victoria que siempre le había acompañado en su carrera. Se acordó de aquellas palabras de Angelini, del superequipo que se estaba creando, y lanzó su última propuesta. Acordaba percibir el sueldo que le ofrecía Recco, pero si alzaban el título de liga el primer año entonces percibiría lo que él reclamaba. Firmaron. Obviamente, ganaron el título meses después y Jesús fue escogido mejor jugador de la liga italiana; fue la primera vez (otro hito) que lo logró un portero.

Jesús y Leticia viajaron a Recco en un Opel Frontera blanco con Víctor Barriga, un amigo del entorno del waterpolo que visitaba frecuentemente la casa de Vallirana y que, de vez en cuando, les tiraba las cartas, una práctica que fascinaba al portero, muy creyente en todo lo que se refiriera al esoterismo y al más allá.

Era un día lluvioso y frío de septiembre, melancólico, y sus nuevos compañeros le esperaban en la que iba a ser su casa. Tenía dos plantas y en la de abajo vivían Jesús y Leticia, que rápidamente convirtieron su amplio jardín en el lugar de encuentro de todos los compañeros. Allí se organizaban las barbacoas, las cenas o simplemente se reunía el equipo para beber cervezas y ver películas. Arriba residía su compañero de equipo Luca Giustolisi junto a su mujer, Anna Caterina Antonacci, conocida *mezzosoprano*.

La casa se ubicaba a las afueras de Recco, en la Via Privata Figari, un complejo de parcelas de veraneo en la urbanización de Mulinetti junto a un acantilado que daba al Mediterráneo. Era un terreno demasiado caro, tanto que el Recco no la podía asumir por completo y era el propio Jesús el que pagaba la diferencia. La casa tenía un enorme jardín, y por unas rocas se podía bajar sin demasiado peligro hacia el acantilado, un enclave idóneo para pescar. Al margen de la pareja y de Víctor, también viajó con ellos uno de los

perros. El resto de los animales se quedaron en Vallirana bajo el cuidado de los hermanos Moro. Fichados por el Atlètic-Barceloneta, residieron en Vallirana hasta la vuelta de la pareja. Jesús les dijo que con pagar setecientos cincuenta euros era suficiente para una casa con jardín con todos los lujos. Hasta 2018, aún llegaban algunas facturas a nombre de Iván Moro a la casa de Vallirana.

Uno de los primeros encuentros de Jesús nada más llegar a Recco fue con el entrenador Marco Baldinetti, exjugador y persona de confianza de los nuevos propietarios del equipo. La cita tuvo lugar en una heladería de la ciudad y Jesús se fundió en un abrazo con el técnico. Un gesto que Baldinetti nunca olvidaría por su efusividad. Entre ambos, nació una química especial («veían la vida de la misma manera», dicen sus compañeros de equipo; «ya me hubiera gustado ser Jesús», remata el técnico) que proseguiría durante los dos años en Italia y posteriormente, cuando Jesús, ya retirado, regresó a Liguria como entrenador en un periodo breve.

Los planes con los que llegó a Recco cambiaron rápido. Jesús y Leticia vivieron apenas unos meses con Víctor, quien cocinaba para la pareja y los ayudaba en algunos trámites al hablar italiano, pero finalmente no se entendió con Leticia y tuvo que volver a Barcelona. Cuando salió por la puerta, fue la última vez que vio a Jesús.

El Recco era un equipo variopinto. Destacaban los italianos Angelini, Giustolisi, Alessandro Calcaterra y Ferretti; los serbios Danilo Ikodinović y Vladimir Vujasinović (este último era el alma de la fiesta junto con Jesús) y el húngaro Tibor Benedek. Rollán hizo de pegamento en un grupo de fuertes personalidades sometidos a mucha presión. La misión del equipo no era otra que quedar campeón de Europa. Rápidamente, todos se abrieron al portero español y a sus rituales.

En la presentación de la primera temporada, Jesús se metió a la gente en el bolsillo. En el teatro de la ciudad se puso a hablar una mezcla divertida de español e italiano que despertó las risas y levantó los aplausos de unos aficionados que se entusiasmaron con su naturalidad. Y luego, ya en el agua, con sus paradas y su carácter ganador.

Para sus compañeros, Jesús y Leticia eran los *extracomunitari*, dicho con cariño. La huella de Jesús fue perenne en muchos compañeros, como Angelini, una persona completamente diferente a él. «Éramos buenos amigos, aunque muy diferentes. Yo soy más cerrado y él era muy abierto a los demás. Le dije que no se entregara demasiado a todos, y él me dijo que fuera más sociable con la gente. Fue una pelea agradable entre dos personas que se

amaban mucho y se respetaban profundamente. Fuimos complementarios», explica.

Jesús frecuentaba un bar en Recco, el Hippocampus. Después de unas semanas, todos los miembros del equipo le siguieron. Al final ya no solo ellos, sino también los aficionados. Al expirar el año, aquel local era el bar con más encargos de cerveza Coronita de toda Liguria; era la que bebía Jesús, con aquel brindis que se hizo famoso en toda la región: «Arriba-abajo-al-centro-adentro». Sus compañeros debían ser rápidos porque, al menor despiste, Jesús pagaba todas las consumiciones en un pestañeo, incluidas las de los aficionados.

En lo deportivo, los dos años del Recco fueron soñados. En la campaña 2001-02 se adjudicaron el campeonato nacional dieciocho años después. Un título muy celebrado, como la Champions de 2003, en la que Jesús se agigantó ante el Mladost croata en semifinales y el Honved húngaro en la final. De nuevo, como en Fukuoka, el meta apenas recibió goles, cuatro en cada uno de los partidos. «Nuestro portero Rollán fue el protagonista absoluto, hizo dos partidos excepcionales. Recuerdo el discurso en el hotel ACI antes de la final. Sabía que no me quedaría, como muchos chicos, y todos teníamos muchas ganas de salir con un recuerdo positivo. Todos dimos lo mejor de nosotros y más», recordó, veinte años después, Baldinetti en *La Repubblica*.

Sin embargo, como apunta el entrenador, muchos jugadores tenían fecha de caducidad después de ese verano. También Jesús. Durante el año 2002, una decisión del Recco provocó una depresión en Jesús. El club quiso apostar por un joven llamado Stefano Tempesti, de veintitrés años. Lo ficharon y lo cedieron una temporada al Florencia. Al año siguiente, él ocuparía la portería y a Jesús no se le renovarían el contrato, situación que atormentaba al portero, que no quería ver el final a su gran trayectoria en un club ganador en el que seguía consiguiendo éxitos. La historia estaba escrita, fue en junio de 2003. Jesús salió y entró Tempesti, un digno sucesor. De hecho, ambos son los únicos porteros de la historia que han participado en cinco Juegos Olímpicos.

Pese a esa decisión traumática, Jesús mantuvo su compromiso con el proyecto de Recco y el amor por sus compañeros. Su predisposición a solucionar los problemas por el bien del equipo fue clave en aquella campaña que acabó con el título europeo. Federica, la mujer de Benedek, lo dejó y se fue con Calcaterra. El jugador húngaro estaba casado con ella y tenían una hija de nombre Ginevra. El episodio fue como la erupción de un volcán que Jesús se encargó de apagar con su humanidad y sus valores: poner siempre el

equipo y la victoria por encima de cualquier otra cosa. «Era una situación muy difícil. Habló con los dos. El grupo se volvió a reunir y pudo estar unido. Fue impresionante», destaca Baldinetti.

En 2020, Benedek falleció a causa de un cáncer; Calcaterra envió un vídeo con el siguiente mensaje: «Me has dejado un legado maravilloso, ella está aquí a mi lado, y haré todo lo posible para honrarla. Me esforzaré para no decepcionarte nunca porque sé que nos estarás mirando desde arriba. Te prometo que lo haré lo mejor que pueda. Te mando un beso enorme; un día nos volveremos a encontrar y nos contaremos muchas cosas».

La etapa de Jesús y Leticia en Italia transcurrió a toda velocidad. Después de aquella Champions, Leticia regresó a España, a punto de dar a luz. La pareja lo estaba buscando desde 2002 y a finales de ese año llegó la noticia en una reunión en casa de su compañero de equipo Vladimir Vujasinović. Mientras esperaban que regresaran los chicos del entrenamiento, Leticia y Federica se hicieron un test de embarazo. El resultado fue positivo.

Leticia colocó el test envuelto en un plástico en el plato de Jesús, que cuando lo destapó se encontró con la sorpresa. Todos sus compañeros estaban allí. Jesús lo socializaba todo. Pensaron en equipo el nombre. Si era chico, Leticia propuso que lo llamaran Asier. Si era chica, había más dudas. Leticia había estado recientemente de viaje por China y Bali. China, Bali..., Asia. Asia, como Asier, similar. Así salió el nombre que llevaría su hija.

El Recco también era un equipo sísmico en cuanto a comportamientos y adicciones. Con un 2002 prácticamente en blanco en la selección, llegó el Mundial de Barcelona 2003. Jesús Rollán regresó después de su triunfal paso por Italia, con la corona europea y como emblema de la natación española. Fue el abanderado. Pero su estado físico ya empezaría a apartarle de los grandes momentos del deporte, la verdadera ancla que lo sujetaba a la vida.

## 16

### El abrazo a Benedek

Yo le decía que no se entregara tanto a los demás.

*D*e entre los muchos recuerdos, paradas y títulos que Jesús coleccionó en la Liguria, nada como la huella que dejó en sus compañeros. Después de acudir a su entierro, en 2006, Baldinetti, Angelini, Vujasinović, Calcaterra, Bettini, Giustolisi y Benedek, un grupo liderado por el propio Angelini abrió una cuenta bancaria que recaudó más de veintidós mil euros para su hija Asia, dinero que recibiría cuando tuviera dieciocho años; así podría sufragar sus estudios universitarios. Es un detalle que magnifica la figura del portero, que, en solo dos años, formó una familia indestructible en Recco.

El macabro destino quiso que uno de ellos, quizá su mejor amigo en ese periodo, el húngaro Tibor Benedek, falleciera en junio de 2020. Antes de ese mal trago para su familia, los aficionados al waterpolo y toda Hungría, donde era un semidiós (triple campeón olímpico), Benedek quiso participar en este libro y enviar su recuerdo a Jesús, una persona que le marcó, que le enseñó a transportar los sentimientos al agua y a vivir encontrando la felicidad en las pequeñas cosas. Benedek recorrió la historia de Jesús desde Barcelona 1992 hasta su fallecimiento, desde la óptica del rival, del compañero, del amigo y de ese abrazo insondable que tanto le caracterizaba:

En los Juegos Olímpicos de Barcelona de 1992, el partido contra España fue a vida o muerte. Jesús detuvo dos de nuestros penaltis, lo que contribuyó a que Hungría quedase eliminada. Uno de los que logró parar fue — naturalmente— el mío; pero él ya era un guardameta con gran experiencia. En estos Juegos Olímpicos, España era una de las favoritas, pero la final fue una gran desilusión para Jesús. Ese encuentro es uno de mis partidos preferidos, tal vez el mejor de waterpolo que llegué a ver en mi vida; cada dos o tres años vuelvo a verlo.

Entre 1993 y 1995 jugué contra él en varios partidos en copas internacionales, cuando militaba en el C. N. Catalunya. Era imposible no ver su comportamiento curioso y extraordinario. En la selección húngara en aquellos tiempos jugábamos sin muchos sentimientos. Había mucha pelea y dureza, pero, por ejemplo, el festejo después de los goles no era muy nuestro. Y menos que alguien besara el balón como siempre hacía Jesús.

Por una parte, veíamos que después de parar un balón provocaba al adversario con una sonrisa burlona. Festejaba en voz alta todos los balones que paraba, pero pronto nos dimos cuenta de que a él también le podías mover de su zona de confort con el mismo método. En una ocasión, mi compañero Tamás Dala, cuando Jesús no pudo parar su lanzamiento, le mandó la misma mueca y vimos el desconcierto en su cara. No sabía qué hacer con esa situación.

Jesús a veces también era frágil, era fácil provocarlo, pero los jugadores de la selección española lo defendían como lo hacen los defensas en el hockey sobre hielo. En aquellos tiempos había una visión general de que se le podía marcar con balones lejanos que fueran por encima de su cabeza, aunque de cerca resultaba casi imposible. Tenía unos reflejos muy buenos.

En los Juegos de 1996, en Atlanta, los españoles se llevaron el oro. En aquellos tiempos circulaban leyendas sobre la unidad en su equipo y también sobre que salían mucho de fiesta. Jugamos dos veces contra ellos: en la fase de grupos ganamos, pero en cuartos nos tocó otra vez jugar contra España. Fue difícil, porque ¿cómo se podía ganar a un equipo como ese dos veces en un mismo campeonato?

Treinta segundos antes de terminar el partido, España tenía una ventaja mínima de un gol; era nuestro último ataque. Pensé que era lo suficiente bueno como para solucionar solo esta última posibilidad. Confiaba en mí mismo, pero quince segundos antes del final Chava Gómez me quitó el balón de la mano, y con eso se desvaneció la posibilidad de poder jugar por el oro. Fue una lección para siempre: no se puede ganar sin el equipo, uno solo no puede lograrlo. Años más tarde vi que Estiarte explicaba la importancia del juego en equipo y ponía ese ejemplo.

En el Mundial de Perth 1998 nos ganaron de nuevo, pero esta vez en la final. Jesús jugó muy bien ese partido. Nosotros estábamos tensos y preocupados. Los españoles ya tenían la experiencia de haber jugado la final en un Mundial. Antes del partido, las dos selecciones esperábamos en un pasillo angosto, todos estábamos bastante tensos, pero fueron ellos los primeros en despertarse. Empezaron a gritar fuerte para animarse a sí mismos,

pero también era parte de la guerra psicológica, una provocación. Nos quedamos paralizados: en la primera parte del partido fuimos incapaces de marcar. Me acuerdo de que logré meterle dos goles a Jesús, pero por entonces ya habíamos perdido el partido.

Fue en este año cuando, después de un partido de la liga italiana, Estiarte se me acercó y me dijo que iba a terminar su carrera, así que ya podría ganar algo yo también. Y tuvo razón. En 2000 empezó la serie de éxitos de Hungría, a pesar de que un año más tarde España se llevó el Mundial de Fukuoka, con la dirección de un Jesús fantástico. En la final recibió solo dos goles.

En 2001 me fui de Roma a Recco, donde se armó un equipo bastante fuerte con italianos, con serbios y, naturalmente, con Jesús. Me acuerdo de que cuando llegó lo esperábamos en la entrada de su nueva casa; vino en un Opel Frontera, con su novia y su perro. Adoraba Barcelona, pero también era una persona lo bastante abierta como para dejar atrás la ciudad y empezar una nueva vida.

Llegó con muchas cosas, se notaba que no tenía intención de volver a Barcelona. En muy poco tiempo sacudió la ciudad. Yo generalmente soy una persona bastante cerrada, un ermitaño, y en aquel tiempo vivía mi vida de deportista profesional, pero con él era imposible vivir al ritmo de siempre. No te dejaba aislarte, atraía a todos como un imán. Siempre tenía que suceder algo.

A pesar de que viví en esos tiempos un divorcio, fueron —tal vez— los dos años más felices de mi vida, algo que indudablemente he de agradecerle a él. Nunca tuve una experiencia como esa, cuando la fuerza de una persona es capaz de determinar todo un equipo. Siempre quería, sin cansarse, que todo el mundo lo pasase muy bien. Prestaba atención a todos y era muy amable a la misma vez. A veces no hacíamos nada más que ir a su piso ocho o diez personas con un helado para ver una película.

En Recco se juntaron muchos personajes fuertes, lo que era una fuente de conflictos serios dentro del equipo. La plantilla se creó para ganar y, a pesar de que nos sentíamos bien, siempre estaba allí esa responsabilidad. Esto requería mucho humor, y Jesús, gracias a su personalidad, muchas veces supo solucionar esos roces.

Generalmente, las fiestas y las reuniones se organizaban en su piso y había responsables de todo: quien llevaba la cerveza, los dulces o algo para picar. Después de las primeras vacaciones de Navidad volvió de Madrid con un tremendo jamón; desde aquel momento, todo el mundo iba a su piso para comer jamón. Leticia y él prácticamente no dormían, y no se podía llegar a su

piso lo bastante tarde como para molestarlos. Por ese motivo, por las mañanas necesitaba mucho tiempo para poder empezar el día. Siempre decía que se despertaba arrugado y tenían que pasar horas hasta que se le pasase el calambre de las piernas y los brazos.

Jesús tenía muy buena relación con nuestro entrenador de aquellos tiempos, Baldinetti. Ambos veían el mundo de una manera muy semejante, los dos amaban la vida. Las charlas que tenía con el entrenador eran muy importantes para Jesús, para que jugara mejor.

Jesús ya tenía suficiente edad y experiencia como para concentrarse más en los partidos que en los entrenamientos. Además, contaba con sus propios rituales. Antes de jugar no podía comer, siempre estaba muy nervioso y muchas veces hasta vomitaba. Hubo un día en que tuvimos que hacer tiempo para que el partido empezara tarde porque Jesús no podía salir a la piscina sin vomitar.

Al conocer a Jesús, uno se daba cuenta de por qué era tan fuerte el equipo español de aquellos años. Él me dio mucho. Muchas cosas que influyeron en mi carrera posterior. Antes de encontrarme con él, ya sabía mucho sobre waterpolo, tal vez era uno de los mejores del mundo, pero eso de llevar los sentimientos al agua lo he aprendido únicamente de él. Se puede reír o llorar durante un partido, uno puede discutir y polemizar, así como animar a un compañero; a mí también me sienta bien que me animen, me pongo contento con un gol mío, pero también con el de un compañero o con cada balón robado. Todo es una alegría como la alegría del gol marcado. Recibí todo eso de él.

En mi vida privada también fue una persona importante, ya que vivió la época de mi divorcio y el florecimiento de mi nueva relación. Conoció a mis dos esposas. Una vez me prestó su piso para que pudiera organizar allí una noche de cumpleaños romántica para mi novia, todavía en el inicio de nuestra relación. Ya hacía diez años que la conocía, pero siempre me olvidé de festejar su cumpleaños. Escondí diez regalos en el piso de Jesús, uno por cada uno de los cumpleaños olvidados.

Buceábamos mucho allí, junto a su casa. Como dos verdaderos *amateurs* armados con arpón, pero nunca capturamos nada. En una fiesta de fin de año, en Nochevieja, también buceamos en la oscuridad. Todo eso a pesar de que Jesús fumaba mucho.

Pasamos juntos la primera Navidad en Roma, y yo le regalé una linterna de buceo. Él me regaló una caña de pescar, aunque yo nunca tuve la suficiente paciencia para este deporte. A él no solo le gustaba el buceo, sino también la

pesca. Después de las fiestas, a veces nos sentábamos en las rocas para pescar, más de una vez me dormí allí, en ese mismo lugar.

Después de que se fuera de Recco, nos alejamos poco a poco y me enteré cada vez menos de sus cosas. Nos encontramos en los Juegos de 2004. La siguiente noticia que me llegó ya fue la de su muerte. En el entierro éramos muchos. A pesar de que fue una de las experiencias más tristes de mi vida, al final fue un almuerzo alegre, en el que revivimos y contamos viejas historias y recuerdos de Recco. Llorábamos y reíamos a la vez.

Si pienso en Jesús, se me viene a la mente un poema del húngaro Gyula Juhász; su título es «Anna eterna» y una frase dice: «Porque vives en todas mis corbatas mal atadas».

Los años vinieron, pasaron, tú desapareciste  
poco a poco de mis recuerdos, se apagó  
tu rostro en mi corazón, se borró  
el arco de tus hombros, fluyó  
tu voz y no fui tras de ti  
en el bosque cada vez más profundo de la vida.  
Hoy ya pronuncio tranquilo tu nombre,  
hoy ya no tiemblo ante tu mirada,  
hoy ya sé que eras uno entre muchos,  
que la juventud es locura, aun así,  
no creas, corazón, que fue en vano,  
y que todo pasó, ¡no lo creas!,  
porque vives dentro, en todas mis corbatas  
mal atadas, en cada palabra equivocada,  
y en cada saludo perdido  
y en cada carta rasgada  
y en toda mi vida errada  
vives y reinas eternamente. Amén.

No importa cuánto tiempo haya pasado ya desde que se fue, él está aquí conmigo. Cada vez que alguien besa un balón o cierra el puño después de hacer una parada se me viene a la mente Jesús, algo que ya no cambiará. Tenía algunos gestos inconfundibles, como, por ejemplo, esa forma de abrazar con un profundo cariño a sus compañeros.

TIBOR BENEDEK

## 17

### El fin de una carrera

Todos sabíamos que nunca volveríamos a ser tan felices como en aquella época.

*L*os hermanos Moro dejaron la casa de Vallirana, que recibió de nuevo a sus propietarios. Después de dos años en la Liguria, un Jesús campeón de Europa por segunda vez y una Leticia a punto de dar a luz regresaron a su hogar, custodiado por un matrimonio que fue para el portero sus ángeles de la guarda desde que en 1992 se trasladó a vivir a Vallirana. Manolo, taxista, y Manoli, su mujer, se encargaron de ayudar a Jesús siempre que lo requiriese; le cuidaban los animales y le invitaban a comer los fines de semana. La relación fue tan estrecha que Jesús fue el padrino de uno de los hijos del matrimonio.

Rollán se había comprometido por una temporada con el C. N. Sabadell, que esa campaña, la 2003-04, se iba a estrenar en la Euroliga. Tiró la casa por la ventana. El meta tendría uno de los sueldos más elevados, un año antes de que la liga de waterpolo entrase en una crisis económica que se llevaría por delante la viabilidad de algunos clubes como el C. N. Catalunya o el C. E. Mediterrani. Al margen del guardameta, sus amigos de la selección Sergi Pedrerol, Dani Ballart y Gustavo Marcos también formaban parte de una plantilla que aspiraba a ganarlo todo. Manel Silvestre, quien fue portero de la selección cuando Jesús entró en el equipo nacional, allá por 1987, era el conductor de un proyecto ambicioso. Sin embargo, antes de esa aventura, la última en la carrera del madrileño, Jesús se dio de bruces con las lesiones en el Mundial de Barcelona celebrado en julio. Su cuerpo dijo basta. Desde 1987 que el meta no desempeñaría un papel tan secundario en un gran campeonato. Tuvo que ver desde el banquillo el naufragio de la selección de Jané.

«Si ganamos la tercera medalla de oro seguida, me voy a morir en la piscina», aseguraba Jesús en la presentación del Mundial, que contó también con la participación femenina por primera vez. «Le pido a la gente que se comporte como en Hungría o en Yugoslavia. A veces nos pasamos de

caballeros», rogó el capitán del equipo español, que en la inauguración iba a portar la bandera en el Palau Sant Jordi.

El domingo 13 de julio, Els Comediants comandaron una ceremonia con un presupuesto de trescientos mil euros que mezclaba sonido, luces y agua. La infanta Cristina, otrora fan incondicional del equipo de waterpolo, presidió junto a Iñaki Urdangarin un acontecimiento en el que Jesús recibió los mayores aplausos cuando, con su polo azul, salió a la pista con la bandera de España, su mano abierta y su eterna sonrisa. Un Sant Jordi abarrotado lo recibió con una gran ovación.

Apenas dos días después, las sonrisas se convirtieron en llanto. Ante Brasil en el partido inaugural, Rollán acabó dolorido al sufrir unas molestias en el abductor derecho. Las pruebas médicas confirmaron que padecía una elongación. El meta fue duda para el resto de los partidos del campeonato. Joan Jané mantuvo la incógnita para no dar pistas a los rivales, pero Ángel Andreo jugó hasta la eliminación. El cuerpo de Jesús ya no obraba milagros, como en el Mundial de Roma de 1994. España, pese al apoyo del público, quedó apeada en los cuartos de final por Serbia y Montenegro por 3-7. Abonada al podio desde 1991, con Jesús en la portería, se despedía así dos oros y dos platas después. El 27 de julio, el día siguiente de la disputa de la final que ganó la Hungría de Benedek, Leticia daba a luz a Asia en una clínica de Barcelona.

La vida le daba a Jesús una motivación distinta al waterpolo, un aliciente para despertarse todos los días sin pensar en el balón amarillo y para dejar a un lado la nostalgia de aquellos maravillosos años en el agua, de convivencia en hoteles y concentraciones, salpimentados por la adrenalina de la competición y el sabor dorado de las victorias. Pero Jesús dejó de ver la luz en el túnel de su carrera aquella campaña 2003-04 y ya no encontró mayores motivaciones.

Al comienzo, el portero fue un soplo de aire fresco para el Sabadell («Si te cogía cariño, era como un hermano»). Pronto su vitalidad contagió al grupo. Lo primero que hizo fue invitar a toda la plantilla a su casa de Vallirana para celebrar una barbacoa con carne y vino. «Podías tener un mal día, que no entrara nada, que estuvieras cabizbajo. Pero él siempre encontraba las palabras exactas para animarte», recuerda Viktor Bondarenko.

El equipo empezó como un tiro la primera fase de la Euroliga. Como había ocurrido en Recco, el portero se convirtió en el mejor gestor de la plantilla. Dani Ballart y Bondarenko no se hablaban desde hacía meses. La rencilla fue a más después de un partido del curso anterior en el que el

jugador ucraniano le había roto la nariz a Jordi Sans, tío de Ballart. Fue una fisura que Jesús se encargó de soldar con su humanidad. Se tomó el asunto como algo personal. Una noche de sábado después de un partido, habló con Ballart, con Bondarenko y con Pedrerol, y se limaron las asperezas.

Pero aquellas buenas intenciones se torcieron rápido. Con once operaciones, dos hernias discales y un problema ya crónico en los abductores, el portero no podía ni acudir a todos los entrenamientos; los dolores le asolaban en cuanto se levantaba por las mañanas. Periódicamente, el entrenador o algunos de sus compañeros eran quienes acudían a su casa de Vallirana a sacarlo de la cama para poder empezar el día. «Tuvo fases de desaparecer, pero se lesionaba mucho y le entraba la tristeza», explican desde el club, ajenos a «otros problemas» que se hicieron públicos después y que estaban relacionados con su adicción y su depresión. «No sabíamos qué decirle».

«Ya no era san Jesús», recuerdan sus compañeros, a quienes no se les quita de la mente la imagen del portero tumbado en el autobús, con las agujas de acupuntura clavadas en una espalda que era como una roca. Jesús, dolorido, debía infiltrarse para salir a jugar a la piscina. Continuaba siendo un gran portero, pero ya no era el mejor. El C. N. Sabadell quedó apeado por el C. N. Terrassa de las semifinales de la Copa del Rey, tampoco pasó de los cuartos de final en la Euroliga en un último partido surrealista jugado en Rijeka. En Venecia, donde un autocar debía conducirlos a Croacia, retuvieron a Bondarenko y al director deportivo (que era su suegro) por el pasaporte del defensor de boya. No hubo solución posible y el equipo vallesano quedó eliminado al perder por 10-6 el partido clave. Tampoco se coló en la final de la liga, que finalmente conquistó el C. N. Barcelona, donde Iñaki Aguilar, portero de veinte años, comenzaba a destacar.

El partido definitivo de esa semifinal se celebró en la Nova Escullera de Barcelona. Junto al puerto, en la cuna de la natación española, donde Jesús se disponía a suavizar después de una derrota con sabor a final. De golpe, desde una grada ya semivacía, dos aficionados se dirigieron al meta en estos términos: «Jesús, que estás acabado». El portero los miró con la furia de quien se dispone a empuñar un arma. No dijo nada. Se fue en silencio. Todos los caminos le habían abocado a un único final deportivo que había hecho público semanas antes de aquella escena. «Oriol, convoca una rueda de prensa. Me retiro», le dijo Jesús un día de abril a Oriol Olivé, el director de Comunicación del C. N. Sabadell.

El día previo a Sant Jordi de 2004, Jesús celebró una conferencia de prensa multitudinaria en la sala de trofeos del club. No cabían más almas. Se acabaron las sillas disponibles en la instalación. Había gente de pie. Unas doscientas personas. En primera fila, la madre de Jesús, Pilar, junto a Leticia y Asia, que estaba en su carrito, con los ojos bien abiertos y una sonrisa como la de su padre. Sergi Pedrerol, Iván Pérez, Dani Ballart, Ángel Andreo, el siguiente capitán de la selección, David Martín, y deportistas de otras disciplinas, como las nadadoras de sincronizada Gemma Mengual y Andrea Fuentes, o las jugadoras de waterpolo Patricia del Soto o Jennifer Pareja. «Nunca vi a tanta gente de tantos deportes distintos en la despedida de un waterpolista», cuenta un excompañero. «Ha sido la mayor despedida que se ha hecho en Sabadell», dicen en el club.

En la mesa, Jesús, con una camiseta Lacoste. La marca de ropa le había enviado una caja con numerosas prendas para que las utilizara en su despedida. Lo que no empleó en ese acto, se lo regaló a sus amigos. Visiblemente emocionado, con los ojos llorosos, nervioso, se sentó junto al seleccionador español Joan Jané y el presidente del club, Carles Ruiz. Se hizo el silencio. «Yo siempre lo he dado todo, y, como he visto que ahora no puedo darlo todo, he decidido dejarlo. No soy un funcionario ni esto es un balneario. Una retirada a tiempo es una victoria —dijo el portero, que leyó un escrito—. Estaría diecisiete horas dando gracias. Del waterpolo me llevo muchísimos amigos. Es como una familia. Dejo muchos sentimientos».

El acto fue emotivo y largo, de más de hora y media que el portero aprovechó para agradecer a cada una de las personas presentes en la sala de juntas su cariño a lo largo de todos estos años. En ese epílogo recordó algunos momentos que le marcaron en su vida deportiva. Sorprendentemente, no habló del título olímpico o los dos títulos mundiales, sino del que vivió con quince años y que calificó como el más precioso de su carrera: «Mi mejor recuerdo es cuando ganamos con la selección de Madrid a Cataluña. Nunca se había conseguido, y además me eligieron mejor portero».

En aquella mesa de despedida estaba la solución a la gran incógnita del verano: los Juegos de Atenas 2004. Había tres candidatos claros a ocupar la portería, pero solamente dos de ellos irían citados. Ángel Andreo era el fijo, quien ya había sido titular en el Mundial de Barcelona y suplente de Jesús en todos los grandes eventos desde Atlanta 1996. Iñaki Aguilar, de veinte años, era la nueva sensación. Un portero en crecimiento que empezaba su aventura como la había empezado Rollán antes de Seúl. El tercero era, evidentemente, Jesús, cuyas lesiones le martirizaban.

«Él y yo lo hemos hablado y entiende que no puede ir arrastrándose. No irá a Atenas solamente por el nombre. Hay esperanzas de que se recupere, y espero que pueda salir por la puerta grande», explicó en ese mismo momento Jané, quien finalmente decidió convocar al meta después de consultarlo con los veteranos. Tras la preparación, acudieron todas las vacas sagradas. Jesús no había sido citado a las concentraciones previas, solo a la final de la Liga Mundial en Estados Unidos, donde no participó. En la lista definitiva, Aguilar quedó fuera y Jesús entró; en los Juegos, solo saltó al agua el último cuarto del último partido de la fase de grupos ante Egipto, cuando, de nuevo, se volvió a lesionar el abductor.

Más allá de Atenas, aquel día de Sant Jordi también se especuló con el futuro del meta una vez retirado. Rollán había estado todo este tiempo en contacto con Baldinetti, su entrenador en Recco, que ahora había fichado por el Chiavari, un club más modesto de la zona de la Liguria, al sur de Génova. Otra de las personas más próximas a Jesús, con la que tuvo una relación muy estrecha en la ciudad italiana, le estaba ayudando a reciclarse como entrenador. La idea de volver a Italia seducía a Jesús, que nunca quiso abandonar Recco, que se sentía a gusto en una región en la que había dejado huella y en la que todos querían estar con él. Por eso mismo, ya trascendió en esa despedida que tenía una propuesta encima de la mesa para entrenar en la pequeña localidad de Chiavari. Semanas después se fraguó el fichaje; Viktor Bondarenko se marcharía con él como fichaje estrella de aquel modesto club.

De Barcelona a Atenas. Y de Atenas a un viaje por las islas griegas con esa familia que le había dado el waterpolo. Y de ese velero a Chiavari, donde el vaso de sus problemas rebosaría definitivamente.

## 18

# Chiavari, donde se abre la caja de Pandora

Cuando hablé en pasado, me derrumbé.

**N**unca sabremos si Jesús quería reengancharse al waterpolo cuando aceptó la oferta para entrenar al Chiavari o si lo hizo por la insistencia de Marco, *Gu*, Baldinetti, que había sido su entrenador en los años de éxito en el Pro Recco y con el que desde el inicio le unió una relación especial. Cuando recibió la llamada de Baldinetti, Jesús seguramente recordó los buenos momentos vividos dos años antes en Recco, con la consecución de la Euroliga, aquellas reuniones en su casa de Mulinetti; con ese espléndido jardín colgado sobre el Mediterráneo, o los encuentros en la casa de Angelini o en la de Gu, ese amigo-entrenador.

Baldinetti había recomendado a Rollán a los directivos del Chiavari como su sucesor, y Jesús no se lo pensó. Una vez que anunció su retirada del waterpolo, ya tenía encima de la mesa una oferta para sentarse en el banquillo. En teoría, el madrileño lo tenía todo para ser un buen entrenador: experiencia y una gran capacidad de liderazgo; otra cosa era su estado mental y aquella capacidad de autodestrucción que acabó de explotar a mil quinientos kilómetros de Madrid, donde su familia ya estaba preparada para ir al rescate.

Vivir junto al mar podía ser una buena terapia para el atormentado Jesús, pero resistir en una pequeña población de treinta mil habitantes cuando se acercaba el invierno se convirtió en un reto mental. Además, sus problemas con Leticia fueron a más; con la llegada de Asia, la convivencia se complicó aún más.

Chiavari no era su lugar en el mundo y, a cuatro días del inicio del campeonato, Jesús se bajó del vagón. En la presentación oficial del equipo, la Associazione Sportiva Chiavari Nuoto anunció que Rollán abandonaba por «problemas personales».

Y eso que Jesús se instaló en Chiavari muy animado. Llegó de Sabadell con el ucraniano Viktor Bondarenko, un potente defensor de boya, que además fue su vecino, en aquella casa de dos plantas y con jardín que compartieron en la zona alta de Viale Devoto. También le ayudaron a un aterrizaje suave Alessandro Calcaterra y Alberto Angelini, excompañeros en Recco, que se encontraban por allí y con los que solía reunirse.

Todo se empezó a torcer cuando Jesús comprobó de primera mano las expectativas que en Chiavari se habían creado con su llegada. Claro que él era «*un campione*», pero venido a menos y con nula experiencia en el banquillo. Aquel Chiavari Nuoto era un equipo de la parte media de la tabla, repleto de jugadores jóvenes y sin posibilidades reales de aspirar a nada más que a repetir los resultados de las temporadas anteriores, es decir, acceder al *playoff* y caer a las primeras de cambio.

Y todo ello no iba con Jesús, acostumbrado a ganar o, si no era posible, a competir al máximo. Al cabo de un mes, Jesús ya se empezó a agobiar. Excusó su presencia en el primer torneo de pretemporada que se disputó en Cremona y también a muchas sesiones de entrenamiento. De hecho, en Chiavari se le recuerda dirigir muy pocas sesiones al equipo, por entonces guiado por su ayudante, el rumano Viorel Rus, que también había asesorado a Baldinetti.

Un año antes de la llegada de Jesús Rollán, el Chiavari Nuoto, el equipo *VerdeBlu*, había iniciado una profunda transición. Abandonó las vetustas instalaciones junto al torrente Entella en la frontera con Lavagna para instalarse en una zona más céntrica. Construyó la nueva piscina, la *Maró Rivera*, en los antiguos terrenos de un cine y cimentó su base en aquellos jóvenes (Simone Scannavino, Maurizio Felugo, Michele Luongo o Maurizio Felugo), que ya despuntaban en el equipo júnior del *Settebello*.

Baldinetti lideró la transición, y con Rollán tenía que producirse el salto definitivo. «Tengo miedo, no sé qué hacer con el equipo», le confesó Jesús a su entorno próximo, y a partir de entonces aparecieron todos los demonios. Dándole vueltas a todo, permaneció muchas noches en vela; solía bajar al jardín de la casa o decidía emprender alguna caminata para serenar los ánimos.

La relación con Leticia se tensó. Su pareja no sabía cómo reaccionar ante el estado de Jesús y no tardó en amenazarle con abandonar Chiavari junto con Asia y regresar a Bilbao. «Unos días estaban bien, otros no. La relación entre ambos era muy complicada», cuentan los amigos de la pareja.

Lo que en un principio parecía una amenaza buscando la reacción de Jesús, se convirtió en una realidad ante su inacción. El día que Leticia y Asia abandonaron la casa de Viale Devoto, Jesús se rompió por dentro, reventó, se multiplicaron las voces en su cabeza y se abrió la caja de Pandora.

Su madre, Pilar, en un intento desesperado por reconducir la situación, le llamó para que volviera a Madrid. Incluso fingió una grave enfermedad para forzar el regreso de Jesús, pero no lo consiguió. Había perdido la pasión por el waterpolo, lo único que parecía mantenerle vivo. Había dado toda su vida a aquel deporte, pero no estaba preparado para una abrupta salida.

Después de más de mil quinientos kilómetros en coche, su madre entró por la puerta de la casa de Chiavari, donde se encontró con un Jesús completamente abatido. Cargaron toda la ropa y los enseres que pudieron y viajaron de vuelta a Madrid en dos automóviles. Pilar recuerda que la Liguria los despidió con una fuerte tormenta; Jesús emprendió una carrera a toda velocidad de vuelta a España; su madre intentó no perderle la estela, pero para salvar su integridad física tuvo que levantar el pie del acelerador.

Ya en Madrid, la familia buscó soluciones. Jesús no se centró ni acabó de encontrarse. Vivía con su madre en un ático (Fernández de los Ríos, 86) en el barrio de Argüelles y pasaba muchas mañanas en Nor Edredón, la tienda que regentaba su madre. Se sometió a diferentes tratamientos, pero sin resultados positivos. Acudió al terapeuta de Pilar, se intentó agilizar su recuperación psiquiátrica, pero parecía que Jesús se había dejado ir, se había rendido a su suerte.

Al tipo que había sido el mejor del mundo en su oficio, nada le satisfacía; cualquier cosa que le ocurriera seguro que sería peor. Tampoco funcionaron los tratamientos con sueros y nada le animaba a seguir. Le trataron los brotes psicóticos con *electroshock* y sufrió pequeñas pérdidas temporales de memoria que luego se restablecieron. Los especialistas coincidieron en que, en este tipo de dolencias del alma, el paciente tiene que poner de su parte, pero Jesús ya lo había dado todo.

Sin embargo, la familia no estaba dispuesta ni mucho menos a tirar la toalla. Empezó a llamar a todas las puertas posibles (la Federación Española de Natación, el Comité Olímpico Español, el Consejo Superior de Deportes), incluso a contactos del más alto nivel para sacar a Jesús de aquel pozo. En aquella época, en los ámbitos institucionales de la capital, se empezaba a conocer a Pilar Prada como la «Madre Coraje».

Mientras tanto, Jesús ingresó en el Proyecto Hombre; uno de sus hermanos se puso en contacto con Toto García Aguado para explicarle la

situación.

Le preguntaron por el tratamiento que había seguido en el Marenostrom, donde llevaba tiempo tratándose, y por cómo había ido la cosa. Paralelamente, la familia siguió buscando soluciones con diferentes terapeutas; a veces a Jesús se le veía muy medicado; otras, el terapeuta de turno decidía retirarle la medicación psiquiátrica drásticamente.

En noviembre de 2004, en uno de sus paseos sin rumbo por el centro de Madrid, Jesús se encontró con su viejo mentor, Mariano García. Ambos se pusieron al día; Jesús se sinceró sobre su situación mental mientras visitaban una exposición de los guerreros de Xi'an.

Quedaron para volverse a ver al día siguiente en el Centro de Tecnificación de la Federación Madrileña de Natación que dirigía Mariano, pero Jesús no apareció: se había ido a Bilbao. En esta historia, siempre quedará la duda de cómo hubiera influido el ascendiente de Mariano García en las decisiones de los jugadores que él mismo crio, pero pensar en eso ahora es pura ficción.

## 19

# El laberinto de las instituciones

Me decía que estaba bien y era mentira.

«*T*engo treinta y siete años, desde los ocho llevo en la piscina y no sé hacer nada más». Alejandro Blanco, presidente del Comité Olímpico Español (COE), no olvidará nunca aquella conversación con Jesús Rollán. Los dos sentados en el sofá marrón de su despacho en la calle Arequipa, con aquel impresionante escritorio junto al ventanal como testigo. Fue una de las muchas puertas a las que Jesús y su familia tocaron, la primera que se abrió de par en par.

Antes, la Real Federación Española de Natación, presidida por Juan Konickx, le había ofrecido trabajar con jóvenes en los programas de tecnificación y promoción del waterpolo que se llevaban a cabo por toda España y que coordinaba Antonio Aparicio, preparador físico y entrenador de porteros con Joan Jané.

Dos o tres veces al mes, Jesús y Antonio viajaban por España. Es cierto que le gustaba trabajar con los niños y que tenía una conexión especial con ellos, pero Jesús no era constante, a veces acudía a la cita y otras no. Hasta que dejó de ir.

En 2004, la Federación Madrileña también intentó echarle una mano. Santiago Fisas, que fue vicepresidente primero del COE entre 2002 y 2004, y después consejero de Cultura y Deportes de la Comunidad de Madrid hasta 2009, llamó al entonces presidente, Fernando Carpena. La idea era que Jesús fuera el ayudante de Mariano García en el Centro de Tecnificación. Se produjo una primera reunión con un gran interés por parte del exportero. El proyecto consistía en tutelar a unos ciento cincuenta niños, colegios, quince entrenadores, y contaba con un presupuesto de seiscientos mil euros. En la segunda reunión, que se produjo tres semanas después, Jesús estuvo ausente, apenas abrió la boca; se empezó a cuestionar la posibilidad de reintegrarse

laboralmente. Por aquellas fechas, Jesús había recibido una citación por parte de un juzgado de Bilbao por un pleito sobre la custodia de Asia.

Volvamos al despacho de Arequipa, 13. Jesús informó a Blanco sobre sus circunstancias personales. Le pidió un puesto de trabajo relacionado con el mundo del agua y le hizo saber que tenía pensado marcharse a Bilbao. Por tal motivo, Blanco se puso en contacto con Iñaki San Juan, consejero de Deportes del País Vasco, que le buscó un trabajo en un pabellón de Zarautz.

Blanco llamó a Jesús. Rollán viajó en coche hasta Bilbao y después regresó. Del trabajo de Zarautz nunca se supo nada más, pues no llegó a presentarse. Un mes y medio de silencios. Jesús había entrado de nuevo en una profunda crisis. De nada le servían los servicios de atención al deportista que ya existían por entonces, ni el del COE, del CSD (PROAD, Programa de Atención al Deportista de Alto Nivel) ni tampoco los de la Generalitat de Cataluña (SAE, Servicio de Atención al Deportista).

Ya era tarde para aquellos cursillos de inglés o de informática que le proponían a Jesús Rollán desde determinados ámbitos. Acostumbrado a una vida a todo color, tampoco le servía el sucedáneo en blanco y negro que estaba viviendo, porque todo venía de muy lejos. Seguramente procedía de los años en los que aquella generación de jugadores había vivido lejos del núcleo familiar, gastando la vida entera entre la piscina y la noche; y de puertas a fuera solo se contabilizaban los éxitos colectivos en el agua, no los fracasos personales fuera de la pileta.

Para el COE de Blanco, el caso de Jesús Rollán fue el primero, tal vez el más complicado, pero no el único. Fue una angustiada llamada de rescate y la necesidad de salvar a uno de los suyos. El papel de intermediación de su madre, Pilar Prada, resultó determinante: pidió ayuda para someterlo a un internamiento que conllevaba un gran coste económico (unos doce mil euros al mes) y también para encontrar una solución para Asia Rollán, la hija de Jesús y de Leticia Ortega.

Por aquel entonces (2004-2005), las instituciones (COE y Secretaria General de l'Esport de la Generalitat) se dieron cuenta de que los deportistas, así como los exdeportistas, necesitaban apoyo más allá de las facilidades deportivas, y se pusieron a trabajar conjuntamente. Alfredo Gómez y Susana Regüela lideraban respectivamente las iniciativas y se dedicaron a estudiar diferentes modelos de gestión en el extranjero.

Alejandro Blanco se involucró al máximo en la búsqueda de soluciones para Jesús. Pero la ayuda del Comité Olímpico Español aún fue más allá: en

la actualidad, Asia Rollán dispone, ya desde el verano de 2021, de una beca universitaria para estudiar en la UCAM de Murcia.

El del COE era un sistema más finalista: encontrar soluciones cuando se producían disfunciones; el catalán fue más de proceso, de acompañamiento durante la carrera del deportista.

Los terapeutas se dieron cuenta de que, en los ochenta y los noventa, los deportistas vivían un proceso de endiosamiento, una exaltación del ego, muchas veces promovido por los medios de comunicación. Era una época de vacas gordas, con Barcelona 92 a la vuelta de la esquina; un tiempo en que los deportistas podían pasar del éxito a la jubilación sin un paso intermedio.

En sus currículos, nada más que éxitos deportivos. La experiencia laboral era una hoja en blanco. No se trabajaba qué suponía económicamente la retirada, ni para el deportista ni para su entorno. Ni mucho menos se tenía en cuenta el impacto emocional que hacía que se pasara de cien a cero en muy poco tiempo.

Todo eso, con el tiempo, se ha podido superar. Desde el COE aseguran que «por desgracia» ha habido muchos casos como el de Jesús, procesos «complejos y duros», donde las puertas se abren y se cierran, problemas que nacen de una pequeña bola de nieve y que acaban convirtiéndose en una avalancha.

El último acto público en el que Jesús Rollán apareció fue el 20 de abril de 2005. Participó como embajador olímpico para apoyar la candidatura de Madrid 2012, un acto multitudinario en el que tomaron parte, entre otros, Raúl González, Miguel Indurain, Manel Estiarte, Arantxa Sánchez Vicario, Manuel Santana, Gervasio Deferr, Fermín Cacho, Abel Antón, Marta Domínguez, Juan Antonio Corbalán, Miriam Blasco, Theresa Zabell, Mercedes Coghen, Beatriz Ferrer-Salat y Pau Gasol.

Aquel verano todo se desmoronó. Jesús oye cada vez más voces y pasa al menos por dos momentos especialmente complicados. Para entonces su espiral de autodestrucción parecía no tener fin. Su separación de Leticia le impedía ver a su hija Asia, y como le había confesado a su madre: «La vida para mí ya no tiene sentido, me he jubilado a los treinta y siete años y hasta ahora he sido muy feliz. ¿Qué más quiero?». Había llegado la hora de la verdad, el momento en el que los focos se apagan y los aplausos desaparecen.

## 20

# Marenostrum

El problema de Jesús estaba en su cabeza.

*E*ntre septiembre de 2005 y marzo de 2006, el balneario Blancafort, en La Garriga (Barcelona), fue muchos días la casa de Jesús Rollán. Allí estaba ubicado el centro Marenostrum, donde su amigo Toto García había seguido un largo y laborioso proceso de desintoxicación. Aquel era el último clavo ardiendo al que se cogió la familia de Jesús, que había intentado diferentes tratamientos para salvar la mente y el cuerpo de su ser querido.

A la vuelta de los Juegos de Atenas, después de intentar un tratamiento fallido en Proyecto Hombre, la madre de Jesús, Pilar Prada, llamó a Toto y a Sergi Pedrerol para que la ayudaran a convencer a Jesús de que Marenostrum era la mejor opción.

Las cosas no acababan de funcionar en su cabeza y no dejaba de repetirles a su madre y a su mejor amigo una idea recurrente: «Ya nada tiene sentido. Ya no quiero vivir, ya lo he conseguido todo. Mi meta era un oro olímpico, y ya lo tenemos». Era el peor presagio.

Cuando Toto llamó al Marenostrum supo que Jesús estaba viviendo en Bilbao con su pareja (Leticia Ortega) y su hija (Asia). Al principio se instalaron en la casa del padre de Leticia; más tarde, en una casita de alquiler en la zona de Neguri. Pero aquella convivencia se rompió: «Lo siento, he vuelto a caer. Me van a ingresar en un centro».

Llegó al Marenostrum de la mano de Toto y acompañado por uno de sus mejores amigos, Sergi Pedrerol. Sin embargo, primero Pilar tuvo que llamar a muchas puertas; algunas se abrieron, como las de diversas instituciones, pero el silencio al otro lado de otras generó cierta desazón, como la que conllevó la imposibilidad de ponerse en contacto con Iñaki Urdangarin, vicepresidente del COE entre febrero del 2004 y septiembre de 2005; el exjugador de balonmano y Jesús habían sido íntimos amigos, hasta el punto de que fue

Rollán quien le presentó a su amiga Cristina, la infanta Cristina. Por eso Jesús se mostró muy decepcionado con Iñaki cuando este ni siquiera le invitó a su boda, y eso que Jesús hasta se había comprado un traje para la ocasión, dando por hecho que no faltaría a la celebración por el vínculo que les unió durante tantos años.

La familia de Jesús pagó la primera mensualidad y estaba dispuesta a todo con tal de librarle de sus males. No importaba que tuvieran que vender propiedades o hipotecar lo que fuera. A los pocos días, Alejandro Blanco se puso en contacto con Pilar y les anunció que el COE podría hacerse cargo a partir de entonces de la situación de Jesús.

El Marenostrom era un centro innovador y de referencia por aquel entonces. Estaba dirigido por Sol Bacharach, viuda de Manuel Broseta, un político y profesor de derecho mercantil que murió asesinado por ETA en 1992. Adicta a los ansiolíticos y al alcohol durante quince años, se desintoxicó y decidió, con la ayuda de su marido, Vicente Muñoz-Pomer, convertir Marenostrom en su proyecto vital.

En sus mejores tiempos, el Marenostrom llegó a contar con más de cuarenta pacientes y diecinueve profesionales. Los terapeutas, en algunos casos, habían pasado por sus instalaciones y ayudaban con su experiencia previa. Era un centro privado y con unas instalaciones modélicas, un hotel de cinco estrellas para adictos. El lugar ideal para sacar la cabeza.

Al principio todo funcionó según lo planeado, pero llegó un momento en el que el mundo de Jesús se desmoronó de la misma manera que su entorno próximo, el de sus excompañeros; cada vez tenía menos noticias suyas e iba cambiando de actitudes y de amistades. Su vida estaba construida a base de excusas y mentiras, vivía en un continuo autoengaño. En su vida privada, iba aplazando decisiones y el paradigma era la educación de su bebé, que prácticamente llevaba los mismos horarios que los padres.

Aquel tipo generoso con todos seguramente no fue capaz de serlo consigo mismo. Su única vida era la del waterpolo; cuando todo aquello acabó, el drama se multiplicó, un paso por el que han pasado prácticamente todos los componentes de aquel equipo que lo había ganado todo en el agua, pero que fuera de ella se ahogaba.

En La Garriga, los terapeutas tenían como objetivo la reprogramación neuronal del individuo hasta conseguir que pudiera abandonar hábitos, costumbres y amistades nocivas para empezar prácticamente de cero. Es desmontar una vida, vaciar una mochila vital y llenarla a base de terapias de

grupo y otra serie de actividades, como cinefóruns, hidroterapia, partidas de juegos de mesa o arteterapia.

Jesús Rollán, como todos los pacientes, tuvo que pasar dos días incomunicado. Solo le suministraban vitaminas y sedantes. Dicen que el cuerpo se desintoxica al cabo de quince días, pero que la mente puede llegar a tardar hasta cinco años. Después llega la angustiada espera de vigilar cada paso; es como si el paciente fuera un bebé que tardará un tiempo en poder caminar solo.

Iba cumpliendo los plazos. Primero la desintoxicación y después la deshabituación. En este punto aparecieron los primeros problemas: Jesús tenía que recuperar rutinas anteriores, pero, sin el waterpolo, se había quedado vacío. La tercera etapa en el proceso es la rehabilitación. Sin embargo, cuando llega el momento de recuperar las habilidades perdidas, de disfrutar con lo que se sabía hacer antes del trauma, el muro vuelve a ser el mismo: sin el waterpolo, Jesús era un alma en pena.

Pese a ello, consiguió llegar al cuarto estadio: la reinserción. Se preparó para volver con su familia, para vivir sin consumir. Decidió instalarse en Madrid, no iba a volver a Bilbao con Leticia, pese al dolor que le causaba tener a Asia a tantos kilómetros de distancia.

Su familia le visitó a menudo en La Garriga. Su padre le acompañó en caminatas en grupos, en excursiones con otros familiares de internos, y siempre recordará los últimos momentos que pasó con Jesús, en las Navidades de 2005. Uno de sus hermanos, Nacho, y su madre compartieron la Nochevieja con él, sin saber que aquella sería la última cuenta atrás en el reloj de su vida.

Después de una vida disipada, con su familia a seiscientos kilómetros de distancia, y apenas compartiendo algunos días de vacaciones estivales y navideñas en aquellos años, Jesús se sintió solo en aquella burbuja de La Garriga. Y lo que más odiaba era estar solo: no lo soportaba, no quería estar solo, no podía estar solo; durante buena parte de su vida había decidido compartir todos y cada uno de sus momentos, incluso los más íntimos, con sus compañeros de piscina.

Sin embargo, ahora no tenía ninguna motivación; por eso se sentía débil, seguramente pensando en aquellas épocas pasadas de aplausos y de palmaditas en la espalda.

Todo aquello había quedado atrás. Sus compañeros de equipo no supieron adelantarse al gran problema y cada uno hacía su vida, pensando que antes o después todo se iba a solucionar, pero ya no había vuelta atrás.

## 21

### Un espejo sin rostro

Jesús era como un animal salvaje. Lo metes en una jaula y se pregunta: ¿qué hago aquí?

No conocía a aquella persona que se reflejaba en el espejo que tenía delante. Nada quedaba de ese tipo que se había paseado por las piscinas y había despertado la admiración de todo el mundo. El terapeuta se empeñaba en que mirara hacia atrás y buscara su mejor momento, cuando había sentido una plenitud absoluta, pero hacía tiempo que a Jesús se le había ido la luz.

La vida le había dado dos avisos, seguramente los últimos; un par de intentos para que todo se hubiera fundido en negro, dos momentos límite salvados con sendos ingresos hospitalarios. Todo el decorado que había sido su vida fuera de las piscinas se había venido abajo después de aquellos Juegos de Atenas.

Hacía tiempo que oía voces y que no le encontraba sentido a su vida. Había pasado por diferentes terapias, con y sin medicación, ingresos por trastornos mentales, sueros semanales y ni siquiera el TEC, la terapia electroconvulsiva, que únicamente se emplea en depresiones persistentes, logró activar su deteriorado cerebro después de los brotes psicóticos.

Se sentía débil, sufría pequeñas pérdidas temporales de memoria y no encontraba nada que le ayudara a continuar. Seguramente, si hubiera estado fuerte, hubiera buscado motivaciones en otra cosa, pero como no era capaz de encontrarlas llegó a un punto sin retorno.

Después de un periodo de vida en Madrid, Jesús no recondujo su situación y los terapeutas volvieron a recomendarle que se internara en Marenostrom. En el nuevo diseño de la terapia, Jesús Rollán debería alternar estadias en la clínica con otras en un piso cercano; por tal motivo, su madre llegó a La Garriga, para acompañarle en ese momento. Empezaron a barajar opciones y se enamoraron de una casa, un cuarto piso, pero Jesús le pidió a su madre que lo mejor era alquilar una planta baja.

Pese a que antes de acostarse pasaba el rato jugando al dominó con los internos, en su última noche no lo hizo y se quedó charlando con su madre. Al acabar el día se acercó uno de sus compañeros de partidas; como Jesús se iba a instalar al día siguiente en un piso, le regaló el dominó artesanal que tantas veces habían compartido. Antes de cerrar los ojos, sobre las 23.30, llamó a su hermano Nacho para felicitarlo por su cumpleaños.

Aquel sábado, 11 de marzo de 2006, Pilar y Jesús habían quedado para desayunar juntos en el Blancafort. La madre tenía preparadas dos maletas con la ropa de su hijo para ayudarle con la mudanza. La idea era alquilar la vivienda y volver al centro para empezar con las clases diarias, pero Jesús tenía en su cabeza regresar a Madrid.

Eran apenas las siete de la mañana. Jesús llamó a Pilar para que se diera prisa, porque después de desayunar tenían que ir a comprar algunos enseres para el piso. El sol aún se estaba desperezando, pero de pronto se fundió: una luz plomiza se filtró por las ventanas del centro y empezó a llover.

Como le venía de paso, Pilar llamó a la puerta de la habitación de Jesús, pero no recibió respuesta. Bajó hasta el comedor. Jesús no la estaba esperando y Pilar notó algo raro cuando preguntó por su hijo.

La madre salió al jardín y se encontró con los internos del centro, que tampoco supieron decirle dónde estaba su hijo. Apareció un recepcionista que la invitó a pasar a un despacho hasta que apareciera la directora del centro, que aquel sábado tenía el día libre.

En el peor de los pensamientos de Pilar, Jesús se habría escapado, como ya había ocurrido otras veces con algunos compañeros internos. Aquel tiempo que medió entre que entró al despacho y apareció la directora le pareció un siglo, pero nunca pensó en lo que se le venía encima.

Pilar se quedó paralizada cuando la directora le contó lo ocurrido. En un principio, pensó que no había procesado bien la información recibida. Lloró desconsoladamente.

Nadie sabrá nunca qué pasó por la cabeza de Jesús en aquel fatídico instante. Tal vez tuvo que ver con el miedo a enfrentarse a una nueva vida en la que tendría que tomar decisiones, y el vacío que le generó; o tal vez fuera la necesidad de dejar de sufrir porque no veía salida a su situación y tenía que asumir la difícil tarea de que no estaba bien, y eso le estigmatizaba. Nadie sabrá jamás qué rondó por la cabeza de aquel que quería ser el mejor portero del mundo en la décima de segundo antes; ese hombre que alcanzó sus sueños y que pensó que ya lo había hecho todo, que no había nada más que lo

motivara y que bajó los brazos. Después del silencio, las voces ahogadas y el frenético sonido de los teléfonos. Jesús tenía treinta y siete años.

Nacho Rollán descolgó el teléfono y escuchó la voz de su madre en aquella llamada que nunca quiso recibir. Después se puso en contacto con su hermano José Manuel: «Lo ha hecho». Más tarde, intentó contactar con su padre, Miguel, que estaba un tanto apartado de la familia, pero este colgó dos veces el teléfono antes de conocer la noticia cuando Nacho se personó en su casa.

Posteriormente, llamó a su prima María y a Sergi Pedrerol para que se acercaran a La Garriga y acompañaran a Pilar en aquellos dramáticos momentos a la espera de la llegada de la familia, que, prácticamente al completo, tardó aún unas pocas horas en llegar.

A las ocho de la mañana sonó el teléfono de Dani Ballart. Una amiga le dijo que su hermano, que es *mosso d'Esquadra*, le acaba de dar una malísima noticia. Lo primero que hizo fue llamar a Sergi Pedrerol, íntimo de Jesús y que ya conocía lo que había pasado; después contactó con el entrenador del C. N. Sabadell, Manuel Silvestre.

También sonó el móvil de Toto García. Volvía a Madrid después de asistir a un entierro y le recomendaron no ir al centro ni asistir al funeral de su mejor amigo. En aquellas fechas, llevaba tres años totalmente recuperado. Jordi, *Chiqui*, Sans conducía hasta Salt (Girona) cuando Manel Estiarte le dijo: «Jesús se ha suicidado». Chiqui fue a recoger a Toto a la estación de tren y estuvieron cuatro horas en un *Pans & Company* hablando y llorando.

Miki Oca también recuerda el momento en el que le anunciaron la noticia: «Fui al parque a hacer ejercicio; cuando entro en casa me lo dice mi madre. No me lo dijo directamente, me fue preparando. Esa jornada se suspende la competición, yo estaba en el Ondarreta como entrenador», recuerda.

Gabi Hernández también llevaba meses sin saber nada de Jesús: «Sabía que estaba interno, que estaba mal, le perdí la pista. Nos vimos en agosto, hablamos por teléfono en octubre, pero no fue nada positivo. La noche de su muerte tuve un sueño agradable con él: estaba en un sitio sin puertas, todo muy abstracto. Recién levantado, a los diez minutos, me llamó Ángel Andreo y me preguntó: “¿Sabes lo que ha pasado?”. Dije: “Se ha muerto Jesús”».

Chava Gómez estaba en Valencia, y también a él lo llamó Manel Estiarte: «Sabía que estaba mal, lo había visto hacía poco por Madrid; sabía que estaba en el centro, pero eso era lo último que me esperaba, porque creía que estaba saliendo. Nunca olvidaré aquel 11 de marzo, el día de mi cumpleaños».

Manel Estiarte, como capitán de aquel equipo, fue seguramente el que tuvo que pasar más veces por el mal trago de anunciar el tristísimo final de Jesús, con quien se sentía en deuda emocional, con aquella ruptura una vez que ambos se habían retirado. En su libro *Todos mis hermanos*, Manel dice: «Los dos sabíamos que nos queríamos, que éramos amigos. Pensábamos que nos quedaba tiempo para arreglar nuestros malentendidos. Pero no teníamos ese tiempo. Yo era el que tenía que haber dado el primer paso, que no di».

El teléfono de Leticia Ortega tardó mucho más en sonar. Era una llamada desde Italia. Alberto Angelini, excompañero de Jesús en el Recco, le preguntó cómo estaba; por la respuesta, supo que la pareja de Rollán aún no sabía nada.

## 22

### Al partir

Nadie les advirtió del final y por eso fue más duro.

Aquel lunes, 12 de marzo, en el tanatorio de la Paz en Tres Cantos estaban prácticamente todos para la despedida, la primera de ellas. La familia, sus compañeros, una amplia representación del mundo del deporte e institucional, incluso el alcalde de su patria chica, Puebla de Sanabria, José Fernández Blanco, estaba allí presente.

El tanatorio se tiñó de luto y de lágrimas. Entre los presentes también estaban unos cuantos compañeros del Pro Recco italiano, jugadores de distintas nacionalidades, rivales de siempre, todos con la mirada perdida, buscándose a la espera de encontrar un abrazo de consuelo, un hombro en el que apoyarse, una mano que apretar después de aquel golpe tan duro.

Seguramente todos se sintieron cuestionados, todos pensaron que pudieron hacer algo más para evitar el final de Jesús; más cuando un acto tan íntimo como el suicidio se convierte en una muerte pública, en una cuestión mediática.

Para la selección española, un momento como aquel era una buena oportunidad para el reencuentro después de años de distanciamiento entre muchos de ellos. Diferencias escondidas por las victorias y superadas por el pegamento que supuso aquel militar inicio con Matutinovic.

Un grupo en el que la debilidad de alguno de sus componentes se veía compensada por la virtud de otro, años en que el puzle entre catalanes y madrileños encajó a la perfección. Primero se aceptaron y luego se admiraron; necesitaban al que tenían al lado para apoyarse y, si era necesario, morder; se hablaban de tú a tú, pero cuando el grupo desapareció, surgieron las fragilidades de cada uno de ellos, en Jesús, en Toto, en Chava, en Manel, en Miki, en Sergi...

Aquel equipo, genuino y excepcional, transgresor en su manera de vivir la vida y perfecto dentro del agua, tenía un gran problema fuera de ella, donde afloraban las diferencias y proliferaban las discusiones. Dentro del agua eran *gremlins* ganadores, fuera de ella eran una banda de *rock and roll*.

Y aquella tarde en Tres Cantos se reunieron para una última actuación en la despedida del solista. Estaban hundidos, no estaban preparados para lo que iba a ocurrir en sus vidas fuera de la piscina, por muchos avisos que recibieron. Eran almas competitivas, ahora almas en pena, con lágrimas en los ojos.

Todos se hundieron ante el féretro. Chava se arrodilló, inconsolable. Pilar, la madre de Jesús, se acercó y abrazó a Manel Estiarte y le preguntó: «¿Qué os ha pasado, Manel? ¿Qué os ha pasado? Os queríais tanto...». Manel se vino abajo, consciente de que ambos se habían alejado en los últimos años hasta que su relación se volvió casi inexistente.

«Nos queremos y nos querremos siempre», le dijo Manel a Pilar. Estiarte siempre se echará en cara no haber tenido esos cinco minutos con Jesús para arreglar sus diferencias, como en el pasado hizo con Chava. En *Todos mis hermanos*, Manel admite el problema: «Lo siento, lo siento mucho, siento mucho mucho que en el momento en que te fuiste no estábamos, no éramos».

Al día siguiente, el dolor siguió con una nueva despedida, esta vez una misa en la iglesia de Santa Rita, en el barrio de Argüelles. Allí volvieron a estar todos, tantos que mucha gente se quedó en las puertas, con los coches en doble fila aparcados en la estrecha calle de Gaztambide, que quedó totalmente colapsada.

Uno de los momentos más recordados fue cuando los asistentes escucharon la voz de Nacho, leyendo aquellas palabras de Aury, una de las cuñadas de Rollán, que despidió a Jesús con un «hasta siempre»:

Hoy me entero de que te has ido,  
me entero de que has decidido  
cortar el hilo que unía tu corazón al latido,  
al latido de tu vida.  
Y te vas sin previo aviso.  
Y te vas sin despedida,  
dejando ese gran vacío que deja el invierno frío,  
cuando a aquel al que has querido se va  
sin decir ni pío.  
Fuiste grande entre los grandes y llegaste a tocar techo,

y hoy se apaga un corazón que no te cabía en el pecho.  
Creciste buscando un sueño que con tu vida superaste,  
pero al apagar las luces, te sobrevino el desastre.  
Cuántos triunfos, cuántos logros,  
cuánta pasión sin medida;  
y al final no has terminado  
el partido de tu vida.  
Naciste para ser grande,  
y eso no es cuestión de suerte,  
porque aún hoy, que te marchaste,  
a lo grande fue tu muerte.  
Peter Pan que hoy has querido viajar hasta el más allá,  
buscando un Mundo Perdido,  
buscando un sueño, quizás...  
Yo solo sé que te has ido.  
Yo solo sé que no estás.  
Yo solo sé que vas rumbo al País de No Volverás.  
Ojalá allí seas libre y encuentres felicidad,  
o, cuando menos, que al fin  
tu alma descanse en paz.  
Hasta siempre, Jesús.

Era el final de un hombre bueno, de uno de los más grandes deportistas españoles de todos los tiempos, componente del último equipo español que ganó una medalla de oro olímpica. Como genio, murió joven; por cómo se fue, su historia ha quedado muchas veces arrinconada. Más allá del waterpolo, su vida carecía de sentido; cuando su deporte acabó para él, entró en un bucle de autodestrucción.

Nadie le advirtió del final y no lo superó. No estaba preparado para tomar decisiones y sintió un vacío que solo era capaz de llenar de una manera. La semana antes de su muerte, Jesús parecía animado, pero un pensamiento o un instante lo cambió todo.

Se fue en silencio, después de luchar contra sus demonios, en un combate desigual y contra un rival muy poderoso, aunque silenciado por los grandes medios, lo cual lo convierte aún en más peligroso. El suicidio es la primera causa de muerte no natural en España. En 2006 se suicidaron 3246 personas y murieron por accidente de tráfico 4144; en 2019 (prepandemia), 3671 personas decidieron quitarse la vida y 1755 la perdieron como consecuencia

de un accidente de tráfico. Los datos han ido en aumento: en 2020, en España hubo un promedio de once suicidios al día, el triple que los fallecidos en accidente de automóvil.

Un mes después de aquella pérdida irreparable, el Mediterráneo acogía a la familia Rollán Prada al completo. Los padres, los hermanos con sus parejas, tíos, primos... El clan se había reunido para dar el último adiós a Jesús, su héroe, la persona que había puesto su apellido en el mundo. Solo acudieron tres personas del entorno menos cercano: Montse Balsebre, su primer gran amor, el marido de esta, Massimo, y la hija de ambos.

Desde hacía un tiempo, la familia había comprado un apartamento en El Perellonet, junto a la albufera de Valencia, cerca de El Saler y El Perelló. Allí Jesús había encontrado algunos días de paz, junto al mar. El agua siempre había sido su medio natural, donde había pasado muchas horas de su vida.

Por cuestiones de logística, decidieron que la despedida se produjera en Oliva. Allí fue el último encuentro de todos ellos con Jesús. Se reunieron en la iglesia, donde se organizó una misa en su memoria. Para el último gran momento, unos amigos de los Rollán Prada cedieron una embarcación.

Entre lágrimas, la comitiva se desplazó hasta el puerto náutico por el paseo. Nadie recuerda quién empezó a entonar *Un beso y una flor*, de Nino Bravo, pero al final todos cantaron a coro aquella canción mientras se dirigían a un barquito alquilado para la ocasión: «Al partir, un beso y una flor». Pilar llevaba las cenizas de su hijo. Se subieron a una embarcación y navegaron mar adentro. Y allí, en medio del Mediterráneo, reposa Jesús. Desde hace un tiempo, las olas que un día descubrieron sus debilidades en las aguas del mar Egeo lo acogen como uno de sus grandes tesoros. Jesús Rollán Prada dejó por el camino una huella imborrable. Algunos dicen que fue el mejor portero de la historia del waterpolo; todos coinciden en que fue incluso mejor persona.

## Agradecimientos

A la familia Rollán Prada, porque sin ellos hubiera sido imposible elaborar este libro; a los compañeros de Jesús: Manel Estiarte, Dani Ballart, Jordi Sans, Gabi Hernández, Chava Gómez, Sergi Pedrerol, Pedro García Aguado, Ángel Andreo, Miki Oca, Tibor Benedek, Alberto Angellini, Iván Pérez, Jordi Payà, Viktor Bondarenko e Iván Moro; y a Albert Estiarte, Alejandro Blanco, Montse Balsebre, Beatriz Ferrer-Salat, Fernando Carpena, Víctor Barriga, Rafa Pascual, Sara Domínguez, Jennifer Pareja, Patricia del Soto, Gerard Pla, Gemma Mengual, Andrea Fuentes, Marco Baldinetti, Quim Pujol, Mariano García, Toni Esteller, Joan Jané, Antonio Aparicio, Ramon Geli, Lolo Ibern, Susana Regüela, Jordi Segura, Jordi Puigdel·lívol y Rafa Aguilar por mostrarnos las piezas para resolver el rompecabezas.

A los colegas de profesión Pepe Ruiz Orland, Tomás Guasch, Miguel Ángel Santos, Oriol Olivé y Marc Salvador. A Natalia Arriaga, Juanma Bellón y a Robert Álvarez por la relectura. A Hortensia Graupera y a Geno, que recrearon el ambiente de aquella mítica Residencia Blume; y a Cecilia Borrás, que nos ayudó a comprender el mundo oscuro del suicidio y sus prejuicios.

Un especial agradecimiento a Leticia Ortega, por su predisposición; y sobre todo a Marcelo Nagy, quien nos regaló las mágicas palabras de Tibor Benedek, algo que siempre recordaremos.



Francisco Ávila (Montcada i Reixac, Barcelona, 1964) es licenciado en Ciencias de la Información y diplomado en Publicidad por la Universidad Autónoma de Barcelona en 1987. Periodista de la Agencia EFE desde 1987, jefe y editor de Deportes de Catalunya desde 1996. Es miembro del equipo fundador de *Panenka*. Ha cubierto, entre otras grandes competiciones: tres Juegos Olímpicos (Barcelona, Atlanta y Londres), cuatro Mundiales de Fútbol (Italia, Francia, Japón y Alemania), seis Mundiales de Natación (Barcelona (2), Montreal, Melbourne, Kazán y Budapest), una Eurocopa de fútbol (Alemania-Austria, 2008), un Mundial de Baloncesto (Toronto), así como seis finales de Champions (1989, 1992, 2006, 2009, 2011 y 2015). Recibió el premio de la RFEN como mejor cobertura en 2015. Ha publicado, con otros autores: *Barcelona 92*, *25 años del gran cambio en el deporte español* y *A por más, liderazgo y resiliencia de 29 deportistas ante los Juegos Olímpicos*.

Alberto Martínez (Barcelona, 1984) es licenciado en Ciencias de la Información por la Universitat Ramon Llull en 2006. Es periodista del diario *As* desde 2005. Especialista en deportes acuáticos, ha cubierto tres Juegos Olímpicos (Londres, Río y Tokio) y cuatro Mundiales de Natación (Barcelona, Kazán, Budapest y Gwangju). Recibió el premio de la RFEN en 2014 y en 2019 por la mejor cobertura deportiva y social. Ha colaborado con otros medios como la Cadena SER.

## **Notas**

[1] A Carme, Aina y Maria, por su luz;  
a Euse, a quien le debía esta historia.  
(Nota del editor digital). <<